



F

B

I

EL
CORAJE
COBARDE

por
Alf Manz.

Alf Manz



EL COBARDE





San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (2.^a edición.)

Núm. 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (2.^a edición.)

Núm. 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter.

En preparación:

LUCHANDO EN LA SOMBRA.
CONTRA SCOTLAND YARD.
ESPIAS EN LA NOCHE.
T A N G E R.

D A R L I N G :

Para expresar una idea, antes hay que vivirla.

Vivir una idea, es gozar y sufrir.

El placer no deja huella, el dolor arranca sangre.

Toda novela desgarró el alma de su creador.

¿Quieres ser tú el manantial que lave mis heridas?

A L F.

OBRAS
DE
ALF MANZ
PUBLICADAS POR
EDITORIAL ROLLAN

Colección EXTRAORDINARIA DEL OESTE

- Núm. 1.—Tiger, el Solitario. (Agotado.)
» 2.—El Espía Fantasma. (Agotado.)
» 3.—Corazón de Puma.
» 26.—Eran dos amigos.
» 28.—El Tahur.
» 30.—Yo fui esclavo.

Selecciones NEVADA

- Núm. 18.—Black, el Fugitivo.
» 21.—Caravana maldita.

Selecciones LOTO

- Núm. 5.—Tristeza de amor.
» 7.—Amor en Hollywood.
» 10.—Lucha en el alma.

Colección F. B. I.

- Núm. 1.—¡Culpable! (2.^a edición.)
» 2.—La hora gris. (2.^a edición.)

I

LA COBARDÍA DE CARTER



las tres de la madrugada, la gran ciudad de Washington (residencia de los organismos rectores de La Federación), reposaba de las abrumadoras fatigas del día; sus ciudadanos, sin embargo, no dormían muy tranquilos: en Europa, en el viejo Continente, la guerra asolaba con crueldad insaciable los campos y ciudades, dejando a su paso una estela de llamas devoradoras, que avanzaban cada vez más en el tiempo y en el espacio, como si se alimentasen de petróleo, llegando el año mil novecientos cuarenta y uno.

Aún no habían entrado en guerra los Estados Unidos, pero su

magnífico «Federal Bureau of Investigation» trabajaba presurosamente desplegando una actividad febril en fichar y vigilar a todos los sospechosos de espionaje. Sus precauciones servirían de mucho el siete de diciembre del mismo año, cuando los japoneses atacaron sus bases en Pearl Harbour. Y a esta activa labor preparatoria, se unía la defensa contra los delincuentes comunes, como «gangsters», falsificadores, contrabandistas, y demás gente vulnerable de las leyes federales. Los Agentes Especiales del F. B. I.

eran escasos para tan prolija tarea, y los funcionarios de los Laboratorios Técnicos, no cesaban de estudiar y clasificar huellas, revelar fotografías secretas, identificar armas y proyectiles, analizar tóxicos.

En la parte alta de la ciudad de Washington, justamente en Lincoln Road, casi esquina a la calle Douglas, tres siluetas humanas se confundían en la oscuridad, junto a la puerta de hierro del cementerio Glenwood. En la acera opuesta, una estación de servicio para coches era la única iluminación, viéndose bajo el ancho porche a un negro, en mangas de camisa, sentado y leyendo un periódico, sin dejar de fumar en una cachimba.

Los tres hombres disimulados en las tinieblas no le perdían de vista, insensibles a la brisa nocturna que les traía el perfume de las flores del cementerio abiertas en mayo. Los tres tenían la mano diestra enfundada en el bolsillo de la chaqueta. Uno de ellos, el más corpulento, susurró:

—¿Qué le pasa, Carter? Está usted temblando.

—Nada —repuso el más bajo, pero en su tono había un temblor manifiesto.

Otra vez el silencio, la calma absoluta de la ciudad imponiéndose con su mordaza opresora. Ni un solo viandante a aquellas horas, ni un policía uniformado en su ronda obligatoria; nadie, más que el negro encargado de la estación de servicio y los tres hombres acechando en la sombra.

Súbitamente, se pusieron rígidos: se aproximaba el ruido de un motor. Momentos después, un pequeño Ford aparecía Lincoln Road arriba, deteniéndose frente a la estación de servicio. Apeóse un hombre joven, quedando en el interior una mujer, rubia, delatada por la luz de su encendedor al prender un cigarrillo.

Los tres hombres perdieron su anterior movimiento de ataque, observando la operación de llenar de esencia el depósito del coche; tarea que el negro realizaba no con demasiada rapidez.

Arrancó el Ford, perdiéndose en la oscuridad; debilitándose al rato el ronroneo de su motor. El negro regresó a su asiento, volviendo a tomar el periódico.

De nuevo la quietud; calma siniestra por la presencia de los tres hombres, otra vez a la espera de alguien que se retardaba de alguien que motivaba tener la mano metida en el bolsillo de la chaqueta.

El más corpulento comunicó a sus compañeros en voz baja:

—Cuando lleguen, me adelantaré yo primero. Ustedes cubrirán los flancos. Mucho cuidado con ellos, porque seguramente tratarán de huir —y dirigiéndose al más bajo, volvió a preguntar—: ¿Qué le ocurre, Carter? ¿Está usted malo?

—No, no me sucede nada, inspector. Es que siento frío; la humedad de este cementerio... —Y quedaron cortadas sus balbucientes palabras por el rugido de un motor que se acercaba rápidamente.

La luz blanca y penetrante de unos faros horadaron Lincoln Road; los tres hombres se pegaron contra la verja para no ser enfocados. Un monumental Packard, de color verde oscuro, se paró con un frenazo ante la estación de servicio. Se apearon tres hombres, de anchas espaldas, elegantemente vestidos, con el sombrero calado hasta los ojos, fumando. En el interior no quedaba nadie.

Se oyeron unas palabras al negro:

—¡Eh, tú, caja de betún, mira la gasolina y el aceite! ¡Y no te duermas!

—Sí, «señó». Ahora mismito voy —y mientras desenroscaba la tapa del depósito de gasolina del Packard, con manos no muy ágiles, añadió—: Buena noche de primavera, ¿verdad, señores?

Al oír: «Buena noche de primavera» el más corpulento de los tres hombres al acecho, sacó del bolsillo de la chaqueta un «Colt» del calibre «45», diciendo quedamente:

—¡Ésos son! ¡Cada uno por un lado! ¡Si se resisten, tiren a las piernas; los necesitamos vivos! ¡Adelante!

Y sin esperar a ser seguido por sus dos compañeros,

temerariamente, con grandes zancadas comenzó a cruzar la calle, acercándose a la estación de servicio. Sus pasos despertaron ruido, y el negro volvió la cabeza. Con un gesto de pavor, salió corriendo, tirando la manguera, y escondiéndose detrás de un bidón de aceite. Los tres pasajeros del Packard se quedaron perplejos, ante la inexplicable carrera del negro, pero reaccionaron prontamente, parapetándose tras de su coche, al oír:

—¡Manos arriba, en nombre de la ley!

Orden del hombre que avanzaba, orden prematura, obligada a adelantarse por las circunstancias, cuando él aún se hallaba en medio de la calzada, con el Packard ocultándole en parte a los tres elegantes viajeros. Éstos, con la velocidad de la práctica, se habían llevado la mano a la sobaquera, desenfundando pistolas de gran calibre, que escupieron plomo como granizo una tormenta.

Cayó herido a tierra el inspector, no sin antes agujerear la cabeza de un contrario, y a rastras intentaba aproximarse al vehículo, para protegerse; pero los proyectiles enemigos se centraban en él, y su cuerpo se crispaba a los impactos. Agotado su revólver, sin fuerzas para recargarlo, volvió la cabeza, gritando:

—¡Adelante, vosotros; que no escapen!

De sus dos compañeros, uno atacaba ya por el ala izquierda, a la descubierta, disparando sin cesar; el llamado Carter permanecía pegado a la verja, con un revólver empuñado, pero sin hacer fuego. Con la mano izquierda se agarraba a los barrotes de hierro, mientras en su rostro se adivinaba un terror invencible, brillándole los ojos con un fulgor extraño, de fiera acorralada. Con visible esfuerzo disparó dos veces, pero sus balas pasaron por encima de los adversarios, que, reducidos a dos, se defendían desesperadamente, consiguiendo abatir uno de ellos al hombre que se aproximaba por un lado, mientras el otro comenzaba a dirigir su puntería contra el que atacaba desde la acera opuesta.

El caído en medio de la calzada, antes de morir ordenó apagadamente:

—¡Ataca, Carter, avanza! —Y como el aludido no obedeciese, sino que permanecía inmóvil, sin siquiera disparar, le insultó—: ¡Ataca, cobarde!

Éstas fueron sus últimas palabras, sus inútiles palabras, pues Carter, en vez de obedecer, salió corriendo calle arriba, pegado a la

verja, huyendo cobardemente del tiroteo de los contrarios, que apenas vieron el campo libre, montaron en el coche, sin haberse repuesto de esencia y aceite, dejando un compañero tendido en la acera.

Tras el fragor de los estampidos y el rugir del motor a todo gas, siguió un silencio de muerte; turbado al momento por el negro, que se irguió con múltiples precauciones, descompuestas sus facciones a causa del terror, de color blanco sucio su piel; para luego correr temblorosamente hacia la cabina telefónica.

Uno de tantos dramas se había desarrollado en la ciudad de Washington, mas este drama tendría consecuencias funestas para el hombre que fue cobarde.

II

¡NO SOY UN COBARDE!



N aquella hermosa mañana, de junio se detenían coches y más coches ante la gran puerta del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, en la Avenida de la Constitución.

En el piso quinto del monumental edificio —el piso destinado al Estado Mayor del

F. B. I.

—, la gran sala de sesiones estaba abarrotada materialmente de Agentes Especiales y de funcionarios de la organización anticriminal. En el fondo, una gran mesa, presidida por John Edgar

Hoover, director general del

F. B. I.,

acompañado de los principales jefes. Ante ellos, y de espalda a los otros asistentes. Carter, el hombre que huyó cobardemente en Lincoln Road, esperaba con ansia el veredicto.

El fiscal había expuesto los hechos, pidiendo por último dos duras penas para Carter. Todos los concurrentes observaban expectantes a Edgar Hoover —que parecía meditar, mientras hojeaba unos documentos— y miraban con desprecio al acusado. Éste permanecía en pie, lívido su rostro, retorciéndose las manos, observando los menores gestos del director con una expresión angustiada, desesperada.

Alzose un silencio sepulcral en el salón, cuando Edgar Hoover, levantando la cabeza, carraspeó, disponiéndose a hablar. Se le veía triste, preocupado, como si se encontrase obligado a realizar un acto penoso, pero ineludible.

—Oídas las acusaciones y las declaraciones del único testigo que presenció la muerte de nuestros compañeros el inspector Jennison y el agente especial Murdoch, caídos en acto de servicio por culpa del acusado, en la noche del catorce de mayo, cuando practicaban la detención frustrada de unos «gangsters»; y considerando que el acusado sirvió en la Armada como comandante submarinista, apreciado por sus superiores y respetado por sus inferiores, y que, posteriormente, pasó a nuestra Organización, prestando servicios importantes, quedando descartada su posible complicidad con los delincuentes, este Tribunal desecha la proposición fiscal de enjuiciarle por la ley criminal, limitándose a castigarle con nuestra pena máxima. ¡Peter Carter: Queda expulsado del

F. B. I.,

por cobarde!

La infamante palabra electrizó a todos los asistentes. El acusado, con desesperación infinita, arguyó, rota su voz por la emoción:

—¡No soy un cobarde! ¡No soy un cobarde! ¡Ustedes, en mi caso, habrían hecho igual!

Los miembros del Tribunal mostraron un gesto de escepticismo y pesar, a la vez. Se condolían de Carter, mas ellos estaban lejos de ser cobardes. Leyendo sus pensamientos el acusado, se volvió a la gran masa de asistentes, de compañeros suyos, y comenzó a

explicar:

—Señores, camaradas, porque muchos de vosotros estuvisteis conmigo en la Academia, os pido que me escuchéis. Yo seré expulsado, sobre mi caerá esta deshonra, pero os pido, por lo que más queráis, que me escuchéis; no puedo soportar vuestro desprecio.

Dos componentes del Tribunal se levantaron para obligarle a callar, pero Hoover les detuvo con un ademán: el condenado tenía derecho a defenderse, era lo menos que se le podía conceder. Tras una larga pausa, arrebatando recuerdos al pasado para traerlos al presente, Carter prosiguió:

—Abandoné el ejército voluntariamente, abandoné mi carrera militar, cuando ya era comandante de submarinos, porque mi conciencia me obligaba a intervenir eficazmente contra los enemigos interiores de mi Patria; y en el ejército no había nada que hacer, sino maniobras y maniobras sin ningún fin inmediato. La acción me llamaba, y al leer todos los días en los periódicos los asaltos, robos y crímenes de los «gangsters» solicité el ingreso en el F. B. I.,

pasando de comandante a humilde agente especial, dispuesto a dar mi sangre en bien de la Nación. Yo era casado, y cuando tuvimos el primer hijo...

Carter, conmovido por su propia emoción, había dejado de narrar. Las lágrimas fluían a sus ojos; los labios le temblaban. Tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla; y continuó hablando, ahora con voz mucho más débil, apagada, pero que resonaba extrañamente en la espaciosa sala, dado el silencio de los circunstantes, captados por la emotiva narración, adivinando el calvario de su vida.

—Y al nacer el primer hijo, mañana hará ocho años, murió mi mujer. Seguí cumpliendo mis obligaciones, como un autómatas, pero mi vida estaba rota, Centré todo mi cariño en aquel hijo que había matado inocentemente a mi mujer, a la mujer que yo amaba... — Las lágrimas se deslizaban hasta los trémulos labios—. Vivía para él. Estaba deseando volver a su lado después de cumplir mi deber, de cada día y cualquier enfermedad que tuviese, las naturales en los niños de su edad, me apenaba lo mismo que si estuviese agonizando. La otra noche, en Lincoln Road, mientras esperábamos,

me notaba nervioso; una fuerza me oprimía, como si alguien invisible me estrujase el corazón, diciéndome al oído: «¡Tu hijo! ¡Tu hijo!». Y cuando vi caer al inspector, sonaban las mismas palabras en mi cabeza con una violencia creciente. ¡No pude! ¡No podía abandonar a mi hijo, entregándome a la muerte! ¡Compréndanlo, señores: mi hijo se habría quedado solo, sin amparo de nadie!

Los sollozos ahogaron la voz de Carter; trágica estampa del hombre atormentado. Recibía miradas compasivas, pero un miembro del Tribunal se levantó, diciendo:

—Señor Carter, usted sabía que en caso de morir en cumplimiento de su deber, su hijo sería acogido por nuestra Organización. También el inspector Jennison tenía hijos; muchos de nosotros los tenemos, el peligro no nos acobarda.

Carter volvióse hacia el Tribunal, demudada su faz, y con evidente esfuerzo confesó:

—Mi hijo es diferente a los de ustedes: está lisiado, está cojo, nunca será un hombre normal, que pueda defenderse en la vida. Sobre él pesa un complejo de inferioridad. Tuve que sacarlo del colegio, porque sus compañeros se burlaban de él, de su cojera, y siempre volvía a casa llorando. La vida no tendrá alegrías para él; siempre será inferior a los demás, siempre; sufrirá por su desgracia, y ¿quién sino yo, muerta su madre, podría consolarle? ¡Compréndan mi caso, señores! ¡No es mi vida lo que yo defendía al huir; era la vida de mi hijo!

Un silencio denso siguió a las palabras del acusado; los circunstantes no podían eludir la emoción. Transcurrió un momento, pero un momento que se hizo largo por lo penoso que era, hasta que Edgar Hoover, con acento de profundo pesar, dio por terminado el juicio:

—Señor Carter: los intereses de la nación están por encima de los intereses particulares. ¡Queda expulsado del

F. B. I.!

¡Si cometiese la imprudencia de revelar nuestros secretos, será castigado!

Al paso del cobarde se abrió un desfiladero entre el bloque humano hasta la puerta de salida. Carter descendió las escaleras, olvidándose de tomar el ascensor, tal era su insensibilidad a causa de la deshonra que manchaba su vida. Cuando llegaba al «*hall*»,

tropezando con unos y con otros, como si estuviese ebrio, una mano le retuvo levemente por el hombro.

—Carter, no te preocupes. Pide una revisión de tu causa. Todos los compañeros estaremos de tu parte; hasta el mismo director lo estará. Estoy seguro de que reingresarás.

El expulsado levantó la mirada, fijándola en un hombre de unos cuarenta años, casi calvo, que le contemplaba con pena. Separándose de él bruscamente, Carter dijo en tono desesperado:

—¡Déjame, Cooks! ¡Qué me importa ya el

F. B. I.!

Y se alejó, descendiendo las grandes escaleras, a la calle, tambaleándose, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, haciendo caso omiso del intenso tráfico.

Una voz fuerte a su espalda:

—¡Carter, un momento!

Inconscientemente giró sobre sus talones, encontrándose con un hombre que le disparaba una fotografía con una cámara portátil. Reaccionando rabiosamente, se abalanzó sobre el fotógrafo, mas no pudo alcanzarlo.

—¡Malditos periodistas!... —masculló entre dientes, prosiguiendo su marcha por la acera, lentamente, chocando con cuantos se le ponían por delante.

Dos manzanas más abajo la puerta de un bar se le ofreció amablemente. Entró, dirigiéndose al mostrador.

—¡Un «*whisky*» doble!

Serían las doce del día siguiente, entrando la radiante luz primaveral por los ventanales de la escalera, cuando Carter subía trabajosamente, agarrándose con la mano derecha al pasamanos, y llevando en la izquierda una gran caja de cartón. Entre la crecida barba, los círculos amoratados que rodeaban sus ojos inyectados en sangre, y la palidez cenicienta de su piel, el cobarde presentaba un aspecto repulsivo, de hombre exhausto, destrozado.

Tropezó en un escalón, y al apoyarse, la caja de cartón rodó hacia abajo. Torpemente, con paciencia de beodo, descendió a recogerla, y de nuevo prosiguió subiendo hasta detenerse frente a una puerta. Rebuscóse en los bolsillos, y siendo inútil la búsqueda, pulsó el rojo botón que brillaba junto al marco. Mientras esperaba,

sus espaldas parecían ser atraídas con la fuerza de un imán por la pared.

Abrióse la puerta, y una mujer negra, voluminosa, sonrió cariñosamente, mostrando el teclado marfileño de su dentadura:

—¡Buenos días, señor Carter! ¡Válgame el cielo, viene usted destrozadito! ¡Terminará usted muerto si sigue trabajando de esa forma!

Sin corresponder al saludo, Carter entró en su casa, como un sonámbulo, atravesando un pequeño «*hall*», e internándose en un pasillo, al que daban varias puertas. Se abrió una de ellas, saliendo un chiquillo de unos nueve años, de encrespada cabellera rubia y de ojos azules muy alegres. Se apoyaba en dos muletas; su pie izquierdo no tocaba el suelo.

—¡Papá! ¡Papá!...

Carter le dio un abrazo de hierro, estrechándolo contra su corazón, besándole la frente y el pelo con ardor de fiebre.

—¡Hijo mío! ¿Cómo estás?

—Esperándote toda la noche. Has venido muy tarde. ¿Has olvidado que tenemos que llevarle hoy unas flores a mamá?

—No, hijo; no lo he olvidado, pero este año no podremos ir; tengo mucho trabajo. Rézale tú, y será igual. Iremos otro día. Y tú ¿te has olvidado de que hoy es tu cumpleaños?

—No, papá. ¿Es esto para mí? —preguntó el chiquillo, mirando la caja de cartón con una expresión gozosa, anhelante.

—Sí, para ti es.

—Vamos, entra. ¿Qué es?

Pasaron padre e hijo al comedor; la mujer negra detrás, con las manos cruzadas sobre el vientre, contemplando la dulce escena familiar. El chiquillo rompió la cuerda, y destapando la caja, dejó al descubierto un «mecano»... distribuidas ordenadamente sus piezas y tornillos. Los modelos impresos en un folleto atrajeron enseguida la atención del niño, que exclamó jubilosamente:

—¡Oh, papá! ¡Es estupendo! ¡Voy a hacer de todo: esta grúa va a ser lo primero! ¡Aquí viene el atornillador!

—No, Bob, no —intervino la negra, maternalmente—. Ahora van ustedes a comer. Tu padre viene muy cansado, y querrá acostarse enseguida.

Carter tenía la sensación de que la habitación daba vueltas,

levantándose el suelo para convertirse en pared. Le fascinaba la idea de acostarse, pero quería saborear la primera alegría de su hijo por el juguete. Disimulando, salió al cuarto de baño, lavándose las manos.

Pronto la comida estuvo en la mesa, servida por la negra; sobre el mantel figuraba el «mecano», cerca del niño, que lo miraba y remiraba como si fuese a volatilizarse el juguete.

Carter no podía comer; sentía náuseas al llevarse la cuchara a la boca, pero fingía a costa de esfuerzos; contestando a las preguntas de su hijo, insaciable en interrogar, como todos los niños de su edad:

—¿Podré hacer una ametralladora?

—No sé; pero no hagas ametralladoras. Haz la grúa, y el camión...

—Sí, claro, y también una ametralladora. El chico de la ventana de enfrente tiene una ametralladora que tira balas de madera; como si fuese una de verdad. Suena igual que la que tira por la radio. Anoche hubo un episodio muy bonito. El valiente mató a cinco bandidos con una ametralladora. Los bandidos tienen que ser muy cobardes, ¿verdad, papá?

—Sí, hijo.

—Y ¿por qué son cobardes? Si yo pudiese correr, cuando fuese mayor me haría como tú: agente especial. ¡Nadie me daría miedo! —aseguró el chiquillo, con el brillo loco de la infancia en los ojos—. ¡Los cobardes son los que mueren siempre; los valientes, no!

Carter se levantó del asiento con una brusquedad increíble en su estado alcohólico y, sin decir palabra, besó la cara de su hijo, saliendo de la habitación.

La negra venía de la cocina con el segundo plato y le vio de espaldas:

—¿No termina usted de comer, señor?

—No, Emma; tengo mucho sueño —oyóse débilmente la voz de Carter.

Con un encogimiento de hombros, significando su disgusto, la negra entró en el comedor. El niño se pasaba los dedos por la mejilla, y preguntó a la sirviente:

—¿Qué tendrá papá, Emma? ¡Estaba llorando!

III

RODANDO AL PRECIPICIO



O le pongo ni un vaso más, Carter! ¡Me debe usted treinta dólares! —Gruñó el mozo del mostrador groseramente, atrayendo la atención de los concurrentes a La Bola de Oro, taberna de baja estofa, situada en una miserable calleja junto al puerto fluvial de la ciudad.

Carter apoyó ambos codos sobre el mostrador, mirando a su interlocutor con los ojos entornados, circundados de violáceas manchas. Su barba era de dos días, y la ropa, limpia, pero deshilachada y rozada por las bocamangas. Con voz gangosa, de borracho, lentamente, sin vocalizar apenas, dijo, filosofando:

—¿Qué son treinta dólares, amigo? ¡Nada! ¿Qué es un millón de dólares? ¡Nada! ¡El dinero no vale nada! ¿Puede usted alimentarse de billetes? ¿Se emborracharía usted con un vaso de oro? ¡No! ¿Lo está viendo, amigo mío? Si yo le pago con dinero no le doy nada de valor a cambio de ese vaso de «*whisky*» que me va a dar; saldría usted perdiendo. Démelo usted y le pagaré con amistad, con gratitud, valores humanos y positivos. ¡Vamos! ¡Écheme un dedal solo, sólo un dedal!

El mozo, acostumbrado ya a las habituales borracheras de Carter, hizo caso omiso de sus disquisiciones y se limitó a decir:

—Mientras no pague, no hay bebida; y ahora, lárguese; bastante hago con no llamar a un policía para que me pague usted la deuda.

Sus ásperas manifestaciones se cortaron al llamarle otro parroquiano. Quedó Carter apartado en el extremo izquierdo de la barra; su vista se clavaba en la botella que parecía tener vida sobre la parte interior del mostrador. Con extender un poco el brazo, la alcanzaría, y podría saciar su sed. Pero iban a verle. No, no le verían. El mozo estaba de charla en el otro extremo, con un parroquiano. Los demás concurrentes estaban sentados sobre las sucias mesas del local, empeñados en acaloradas partidas de póker. Nadie le vería.

Y allí estaba el ansiado líquido, transparentándose por el cristal de la botella, con un colorido inigualable. Carter se pasó la lengua por los reseco labios. Echó una ojeada a su alrededor: nadie le miraba. Sí, sí: un hombre entretenido en echar monedas a una máquina «tragaperras» le estaba observando. «¿Por qué me mirará de esa forma? ¡Me va a ver coger la botella y se lo dirá a...! ¡No; ya no mira! ¡Es estúpido; sigue gastando dinero en esa maquinucha! ¡Lo haré una sola vez!... ¡Un trago, y me voy! ¡No beberé más hoy! ¡El último trago!».

Cediendo a una atracción irresistible, Carter extendió el brazo izquierdo disimuladamente, y alargó los temblorosos dedos, que se cerraron alrededor del gollete de la botella. Por fortuna no tenía que descorcharla. Le corría el sudor por la cara, mientras el alcohol caía en fino chorro al vaso. No echó más que un dedo; tenía que dejar la botella en su sitio.

Cogiendo el vaso con las dos manos, para dominarse el temblor, se lo llevó a los labios, tomándose el «*whisky*» de un trago. Una

gota caída en la barbilla, la recogió cuidadosamente con el índice y se la llevó a la lengua sibaríticamente. Un sudor frío le inundó el cuerpo, al darse cuenta de que el mozo le había visto el movimiento. Quiso echar a correr, pero no podía, como al estuviese atornillado al suelo.

El mozo se acercaba, mirándole con aire de sospecha. El mozo se aproximó, y de una ojeada vio que el líquido de la botella aún oscilaba. Una bofetada bestial cruzó la cara del cobarde, haciéndole perder el equilibrio y tirándolo a tierra.

—¡Puerco, borracho! ¡Te voy a patear, por ladrón!...

Y el mozo saltó ágilmente el mostrador, cayendo sobre Carter y levantándolo con la izquierda por el cuello, le golpeó con el puño libre las narices y los ojos. Carter se dejaba hacer, insensible al dolor, con una lacerante vergüenza de su propia deshonra. Comenzaban a sangrarle las narices, cuando el mozo lo echaba de la taberna a empujones y patadas, rociándole de improperios.

—¡Eh! ¡Un momento! ¡Suelte usted a ese hombre! —Sonó una voz metálica, con acento muy nasal.

Carter vio a través de la neblina que le rodeaba las facciones del hombre con sombrero verde que se dedicaba a gastar estúpidamente su dinero en la máquina «tragaperras». El mozo, sorprendido dejó de golpear al borracho, disculpándose, pero sin soltarlo del cuello:

—¡Es que me debe treinta dólares de consumiciones, y además me ha robado un vaso! ¡Es un borracho!

—He dicho que lo suelte —repitió el individuo, hablando en «slang», con un tono seco y autoritario—. Yo le pagaré esa cuenta ahora mismo. No olvide que todos hemos tenido malas épocas en la vida. ¡Y ahora, pónganos una botella y dos vasos! ¡Rápido, que me estoy cansando de verle tan cerca!

Los concurrentes a la taberna, en su mayor parte estibadores del puerto, gente de sentimientos primitivos, se habían levantado, dejando los mugrientos naipes, y contemplaban la escena, dispuestos a ayudar al tabernero, amigo de ellos.

Él individuo del sombrero verde se llevó la mano al pecho, por debajo de la chaqueta, manteniéndola en esta postura. Con una mirada de desprecio ojeó a los contertulios, asegurando en voz alta y firme:

—¡Aquí no ha pasado nada! ¡Y si alguien quiere que pase algo,

por mí no hay inconveniente! —Y dirigiéndose al mozo—: ¡Suéltelo! ¡Yo le pagaré esa deuda! ¡No me lo haga repetir más, porque esto cambiaría pronto de dueño! ¡Aquí no ha pasado nada!

Carter era el primer extrañado: en su vida había visto al hombre del sombrero verde; el mozo obedeció, contento de cobrar la cuenta de Carter, cliente habitual de la casa, pero mal pagador; y los estibadores, sabiendo que no se enfrentaban con ninguno de la «secreta», adivinaron que aquel «tipo» tenía malas pulgas; y si el tabernero obedecía con aire de contento, ellos no tenían nada que objetar. Volvieron a sus puestos, reanudando las partidas.

—¡Vamos, amigo, echemos unos tragos, sentados! ¡No se preocupe usted por la cuenta! ¡Hoy es mi día de las buenas obras!

Apartados en un rincón, y ante una botella de licor, Carter, pese al oscurecimiento de su cerebro, preguntó después de echar un buen trago:

—¿Quién es usted? ¿Por qué ha hecho eso conmigo?

—Me llamo Hunt; y no se extrañe por mi acción. Yo también las he pasado malas y me gusta ayudar al prójimo, cuando veo que el prójimo no es lo que aparenta. Todavía no me explico cómo se le ocurre venir por estos sitios; de aquí no puede usted sacar más que un «chirlo» en la cara o un silletazo en la nuca.

—No sé cómo... cómo pagárselo, señor Hunt —tartamudeó Carter, que no dejaba de servirse y de tomar el cigarrillo que el otro le había dado.

—¡Nada, hombre!; tengo dinero de sobra. Los negocios me van bien, y, unos dólares no... Y usted, ¿qué?

Una sonrisa idiota se dibujó en la escuálida faz de Carter.

—Usted, por lo visto, apalea el dinero; y yo no tengo ni un centavo. Así es la vida. Estoy desde hace cuatro meses y pico buscando trabajo, y no hay quien me eche una mano... ni una mano —repitió pesadamente el borracho.

—¿En qué trabaja?

—En cualquier cosa que me paguen para poder vivir esta perra vida.

—Pero ¿cuál es su profesión?

—¿Mi profesión? ¡Échese a reír, amigo! Comandante de la Armada. Yo he mandado un submarino, con treinta hombres a mis órdenes; y ahora ya me ve usted: no mando ni en mí mismo, que ya

es decir poco.

—¿Lo expulsaron? —preguntó el individuo del sombrero verde, llenando los vasos otra vez.

—No, de ahí no. Me salí yo solito, para trabajar en... ¡bueno!, para hacer otra cosa. De ahí sí me echaron. Y ahora las estoy pasando mal. Faltan empleos, sobramos mucha gente en este mundo. Me he pasado días enteros haciendo antesalas y pisoteando escaleras. Ya estoy cansado; no quiero nada más que dormir, si pudiese dormir.

Hubo una corta interrupción en el diálogo, hasta que Hunt comentó, como para sí mismo:

—Unos tanto y otros tan poco. Claro, en la vida hay que tener audacia y no reparar en muchas cosas... El caso es hacer dinero. Yo estoy bien situado, porque me dedico a negocios de altura, que no requieren mucho trabajo y dan buenos provechos. El dinero lo es todo: con dinero se consigue vivir como un rajah, y el respeto de la gente —y dirigiéndose directamente a Carter—: Si usted es un hombre dispuesto a ganar dinero, puedo ayudarle. Tengo un amigo que necesita personas cultas, que no miren mucho el color del dinero. Usted se haría rico en poco tiempo. Me ha sido simpático y quiero ayudarle, hombre. ¿Cómo se llama usted?

—Carter —repuso el antiguo agente especial, enturbiado su cerebro por el alcohol, emborrachado también al oír hablar de dinero y dinero.

—Si usted quiere, podemos ir a saludar a ese amigo mío. Le presentaré, y posiblemente tendrá un buen empleo para usted. ¿Hace?

Carter, hombre a la deriva, se dejó levantar, y pudo darse cuenta de que su nuevo amigo pagaba la deuda al mozo del bar, y además le daba una propina de príncipe.

Salieron a la calle, tomando un «taxi». Por el trayecto, el individuo del sombrero verde iba discursando sobre el poder del dinero, y la idiotez de alguna gente que necesitaban trabajar como burros para agarrar unos dólares.

Carter apenas le oía, bajo los demoledores efectos del alcohol, mareándole el tráfico rodado de la ciudad, y el desfile de edificios, escaparates y peatones. Le pareció ver el Metropolitan Theatre, con sus grandes cartelones en la fachada, luego la Biblioteca Pública en

Mt. Vernon Square, y después perdió el sentido de la orientación, porque los párpados le pesaban demasiado.

Medio dormido, apoyándose en el brazo de su amigo, tuvo cierta noción de que subían en un ascensor, y al rato se encontraba sentado en una butaca, frente a un hombre desconocido. Un hombre alto, atlético, de facciones enjutas, duras, de unos treinta y tantos años, vistiendo ropa de la mejor clase y confección, tal vez algo exagerada en su amplitud y en su colorido. La corbata era digna de un museo de Historia Natural, por la escala zoológica que en ella se representaba.

Una voz sin matices, metálica, llegó hasta Carter:

—¿Qué hay, Hunt? ¿Por qué lo has traído hoy justamente? ¡Estoy esperando una visita muy importante!

—Es que ya está «maduro», jefe. Temí desperdiciar la ocasión.

—Este hombre está borracho, Hunt. Anda, vete a la cocina y tráele café con sal, a ver si se despeja. ¡Ah, en el cuarto de baño hay amoníaco!; tráetelo...

Cuando le dieron a oler el amoníaco, sintió un estallido en el cerebro, como si las paredes del cráneo se resquebrajasen por una explosión interior: y luego una nebulosa ondulante en su pensamiento embotado, nebulosa que fue disipándose en jirones hasta sentir una claridad mental que le permitía oír perfectamente a Hunt, quien, en pie, a su lado, le decía:

—Carter, le presento al señor Gratt, el amigo de quien le hablé. Ya le he enterado de su situación.

El llamado Gratt tomó la palabra, arrellanado en un sillón, fumando un cigarrillo que sostenía con enjoyados dedos.

—Señor Carter, no me gusta perder el tiempo con preámbulos; soy hombre de negocios, y el tiempo es oro. Sabemos quién es usted. Sabemos que ha sido usted expulsado del

F. B. I.

por cobarde. Desde aquel día mis socios le han seguido a todas partes, comprobando que era usted tratado a puntapiés por todo el mundo. Estamos enterados de que su hijo está pasando necesidades, recogido por una vecina suya. No ignoramos que su reingreso en la Armada le ha sido negado a cansa de los informes del

F. B. I.

Usted ha llegado a una situación peor que la de un perro: hambre,

sed, y palos a granel. Sus compañeros le creen cobarde, y yo no pienso igual. Estoy dispuesto a ayudarle, cosa que no ha hecho ninguno de sus amigos. ¿Qué puede usted hacer en correspondencia a mi ayuda?

Los residuos de vapores alcohólicos que enturbiaban la mente de Carter se desvanecieron por completo, al oír una historia sucinta de su vida, en labios de un desconocido. La perplejidad le rebosaba, y así preguntó:

—¿Cómo está usted enterado de todo eso? ¿Por qué quiere ayudarme?

—Mi querido señor Carter —inició con cierta ironía Gratt—: yo le debo un gran favor. No, no ponga ese gesto de duda. Usted me hizo un gran favor sin sospecharlo. Aquella noche de mayo, en Lincoln Road, en la estación de servicio, dos hombres a mi servicio lograron escapar con vida de la encerrona preparada por el F. B. I.

Inútil es decir que el negro aquel ya no pertenece a este barrio; el mes pasado fue a mejor vida. Había dado el soplo de una conversación oída por casualidad. Y usted, a causa de eso que sus compañeros llaman cobardía, nos salvó del apuro. Le estoy muy reconocido. Después, leímos en el periódico aquella noticia indiscreta de su expulsión, y vimos la fotografía. El resto fue fácil: seguirlo a todos sitios.

—¿Por qué? ¿Para qué? —preguntó Carter, roncamente, intuyendo algo turbio.

—Déjeme explicarme. Yo dirijo un negocio clandestino muy interesante y muy productivo. Tengo muchos hombres a mis órdenes, pero fuera de Hunt y de otros más, ninguno tiene dos dedos de frente, aunque manejen bien las pistolas. No sé cómo se me ocurrió que no me vendría mal tener a mi lado un antiguo agente especial del

F. B. I.;

muchos errores que cometemos se podrían subsanar teniendo un consejero técnico que conozca la forma de trabajar de esa maldita organización que amenaza con dejarnos sin respiración siquiera. Concretando: ¿quiere usted unirse a nosotros?

Carter no contestó, no podía contestar de momento; en su cabeza bailoteaba una turbamulta de pensamientos opuestos. Gratt,

guiñando un ojo a Hunt, prosiguió, en tono insinuante:

—¿Qué hace usted ya en la vida, Carter? Sin dinero, viendo a su hijo pasar hambre, y si no la pasa es por la caridad de una pobre mujer; despreciado de todos, y, lo que es peor, sin la más pequeña luz que le dé una ilusión de mejorar de posición. Usted es hombre al agua, a no ser que se avenga a que yo le salve. A cambio, quiero su lealtad, sus consejos, sus informaciones; y le prometo que si usted no quiere intervenir materialmente en nuestras «operaciones comerciales», yo no le forzaré; para esto tengo a gente que no repara en apretar el gatillo por cinco dólares.

—No puedo traicionar al

F. B. I.

—aseguró Carter.

—¿Será posible? ¿De forma que lo apalean y le escupen, y usted sigue siéndoles fiel? ¡Jamás creí oírlo de un hombre en su caso! ¿Es que usted no tiene sangre en las venas? ¿Acaso no se ha dado cuenta de que el no encontrar trabajo se debe a los informes del

F. B. I.?

Al mismo tiempo que le seguía uno de mis hombres, le seguía los pasos otro del

F. B. I.

¿Cómo iba usted a encontrar una colocación? Hasta hace una semana no dejaron de vigilarle; y por eso no pude traerle antes aquí. Piénselo bien, Carter; usted no se expondrá y el dinero le entrará a montones en el bolsillo. Necesito ayudantes hábiles a mi lado. Piénselo y decida; tiene diez minutos de plazo. Si no accede, usted quedará en libertad plena de irse a morir de hambre en un rincón, en compañía de su hijo.

Carter estaba anonadado; no sabía qué hacer. Su cabeza aún se hallaba torpe para razonar, pero sí veía el indigno proceder de sus antiguos compañeros, que no contentos solamente con expulsarlo, le habían seguido para impedir que se colocase y pudiese vivir decentemente, haciendo de él un desesperado, un miserable capaz de aguantar los golpes de un vulgar tabernero.

La creciente turbulencia de su espíritu se paralizó momentáneamente al sonar un timbre con estridencia. Gratt ordenó a Hunt:

—Acompaña a Carter a la biblioteca, y vuelve enseguida a abrir.

El cobarde fue llevado a la biblioteca. Hunt echó con suavidad la llave por fuera, regresando sobre sus pasos a abrir la puerta de entrada al piso. Un hombre delgado en extremo apareció en el umbral, con el sombrero calado hasta los ojos.

—Hola, Hunt. ¿Está el jefe?

—Sí. Pasa, Rhode.

Gratt esperaba en pie al visitante, apoyado ligeramente en la mesa del despacho. Sonreía demasiado al saludar:

—¡Hola, Rhode! Te estaba esperando; estoy esperándote desde hace dos días. Creí que estabas enfermo.

Poco debía de gustarle a Rhode la sonrisa de Gratt, pues estaba palidísimo, y repuso balbuciente:

—Sí, ya me dijeron que me buscabas. Me encontraba enfermo... en casa de un amigo; por eso no vine antes. Aquí te traigo el dinero, la cantidad justa.

—¿Justa? —preguntó Gratt con un tinte de burla en su entonación.

—¡Justa, justa! —Y Rhode extrajo del bolsillo derecho del pantalón un rollo de billetes de a cien dólares, cogidos con una goma.

Gratt no sé molestó en sacarse la mano derecha del bolsillo de la chaqueta para coger el dinero, sino que ordenó a Hunt, sin dejar de clavar su fría mirada en Rhode:

—¡Tómalo tú, Hunt! ¡Cuéntalo! ¡Tienen que ser diez mil!

Mientras el hombre del sombrero verde contaba los billetes, Rhode sonreía estúpidamente, de puro nervioso que estaba, terminando, por decir:

—¿No hay un trago para un sediento?

—Ahora, ahora te daré —aseguró Gratt, suavemente, con suavidad de terciopelo en su voz.

Hunt notificó:

—¡Está bien, jefe! ¡Diez mil!

El puño derecho del «boss» salió del bolsillo de la chaqueta con velocidad de relámpago para incrustarse con la fuerza de una catapulta en la barbilla de Rhode, que cayó al suelo sin sentido, igual que si hubiese recibido una coz. De la boca comenzaba a salirle sangre a borbotones. En el puño derecho de Gratt vióse entonces una llave inglesa ajustada a sus dedos; a este traicionero

aparato se debía la contundencia de su golpe. Forzosamente tenía que haber fracturado la mandíbula inferior de su secuaz. Después de recoger el dinero con la izquierda, sin ninguna alteración visible en su rostro, se dirigió hacia la biblioteca, manifestando a Hunt:

—¡Voy a ultimar con éste! A éste lo reanimas enseguida y me avisas.

Carter se levantó al ver entrar a la persona que se había ofrecido a ayudarle.

—Siéntese, siéntese, Carter —insistió Gratt, amablemente—. ¿Qué ha decidido?

Hondos y desesperados tuvieron que ser los pensamientos del cobarde mientras había permanecido a solas, para responder:

—Yo dejé de ser quien era hace unos meses. Mientras no se me obligue a matar, estoy dispuesto a lo demás, con tal de tener dinero y poder vivir como una persona. Mi experiencia la pondré a su servicio, señor Gratt.

—Magnifico, Carter. Me satisface haber conseguido su cooperación, y ahí tiene cinco mil dólares. Necesita usted vestirse y vivir bien. Estos cien tómelos para su chiquillo; hágale un buen regalo.

—Gracias, señor Gratt —dijo Carter, guardándose los billetes lentamente, tal vez herida su conciencia (su conciencia de desesperado y de borracho) por un agujón que actuaba tardíamente.

—He de advertirle que si me traiciona, castigo con la muerte. No olvide esto. Carter.

En aquel momento penetró Hunt en la biblioteca, avisando:

—¡Ése ya está!

—Espere aquí un instante, Carter; aún hemos de charlar un rato —advirtió Gratt al cobarde.

Rhode, echado en un sillón, más que sentado, tenía su mano derecha puesta en la mandíbula inferior, observándosele en el rostro una crispación de dolor intenso. Miró a Gratt con miedo cervical, quiso manifestar algo, pero no pudo articular más que un gemido ronco. El «boss» comenzó a hablar, fumando placenteramente a la vez:

—Estás sufriendo las consecuencias de tu mal comportamiento, Rhode. Siempre te pagué bien, tuve consideraciones contigo, y no se

te ocurre otra cosa mejor que gastarte el importe de la venta. ¿Por qué olvidaste que yo me entero de todo? Supe enseguida lo de tu derroche en un «*cabaret*», tus apuros para reunir los diez mil y poder dármelos. Desapareciste de tu casa, pero yo sabía dónde te escondías. No quise buscarte ni dar escándalo; estaba seguro de que vendrías con el dinero completo, aunque tuvieses que robarlo.

Rhode parecía querer expresar algo con la mirada, mas no podía decirlo con los labios. Gratt proseguía hablando:

—Ahora, Hunt te acompañará a un hospital. Cuidado con las explicaciones que se den. ¡Marchaos! Tú, Hunt: te veré esta noche en el Gayety Theatre. En la taquilla dejará dos localidades a tu nombre; lleva pareja si quieres. La vigilancia de Carter, que no cese; hemos de asegurarnos.

Dando media vuelta, Gratt abandonó a sus secuaces, regresando a la biblioteca. Ofreció una copa de coñac a su nuevo aliado, y pronto se entabló una conversación sobre distintos temas. Carter, despejada su cabeza, respondía adecuadamente, pero no se daba cuenta de que el propósito de Gratt al tratar de tan distintos asuntos era sondearle e irle conociendo.

—No, no creo que entremos en guerra, Carter; hay mucha oposición a intervenir en el conflicto europeo. La experiencia de la Gran Guerra pesa mucho todavía.

—Está equivocado totalmente, Gratt. Le aseguro que los Estados Unidos entrarán en guerra.

—Pero ¿lo dice usted por presentimientos o con motivos fundados?

—Con conocimiento de causa. Nosotros estábamos preparados, en el

F. B. I.

Los aislacionistas en el Congreso llevan las de perder; eso si no surge antes cualquier incidente que nos arrastre, y, ¡claro está!, nos arrastrará en favor de Inglaterra.

Gratt parecía impresionado por la seguridad de Carter, y tras meditar unos momentos, manifestó con una fina sonrisa:

—¡Creo que eso me favorecería! ¡A río revuelto...! Ahora la Policía nos tiene en jaque, y el «negocio» no produce lo que debía producir; pero si hubiese guerra...

—¿Cuál es su negocio? —inquirió Carter, con bastante

curiosidad.

—Estupefacientes. Principalmente, heroína. Tengo una magnífica red de vendedores, bien introducidos en todos los lugares de diversión. Mis hombres obtienen una comisión de la venta.

—Y ¿piensa usted dedicarme a eso? —preguntó Carter, con un ligero gesto de repulsión.

—No; usted me servirá de algo más. Ya le explicaré los planes que tengo.

Una hora más tarde, Carter entraba en su piso. Lucía un buen traje de confección, se había afeitado, y en los brazos llevaba un montón de paquetes.

—¡Bob! ¡Bob! —llamó desde el vestíbulo.

No obtuvo respuesta alguna. Pasó al comedor, depositando sobre la mesa los paquetes, y llamando a su hijo recorrió las pocas habitaciones. El chiquillo no estaba. Carter salió apresuradamente de su piso, y en el mismo rellano de la escalera pulsó el timbre de la puerta contigua.

Al abrir, se encontró con su hijo, apoyado en las dos muletas. Los rubios rizos de su cabellera orlaban ahora una carita más pálida y delgada. En sus ojos lucía el júbilo de siempre, tomándose en asombro gozoso al ver la nueva vestimenta de su padre.

—¡Hola, papá!

—¡Hola, Bob! —Correspondió Carter, inclinándose y besándole la frente—. Anda, ven: te he traído unos regalos y caramelos.

Desde el interior del piso llegó una voz femenina, preguntando:

—¿Quién es, Bob?

—¡Es papá! ¡Y me ha traído muchas cosas! —repuso el chiquillo, en voz alta, alegremente; y luego, en voz baja, interrogó a su padre—: ¿Le has traído algo a ella?

Carter asintió con un movimiento de cabeza solamente, al ver venir por el corredor a «ella». Ella era una joven de unos veintiséis años, de estatura corriente, cuerpo delgado y de faz pálida, enmarcada por una cabellera rubia de pelo liso, recogido atrás, en moño. Los ojos reflejaban una vida interior intensa. Vestía una sencilla bata. Su voz era muy dulce al saludar:

—¡Buenas tardes, señor Carter! —Y se quedó mirando curiosamente al hombre que ahora veía, completamente cambiado.

—¡Buenas tardes, señorita Leary! ¿Cómo se ha portado Bob?

—Como siempre: muy obediente. Y, ¿qué?... —Ella volvió a enmudecer, sin dejar de contemplar a su vecino.

Carter sonrió, diciendo:

—Al fin he encontrado trabajo. Me han dado un anticipo —y al decir anticipo algo extraño atenzó su garganta. Rápidamente, disimulando la vacilación, invitó con alegría—: ¡Venga, venga! ¡Va usted a ver lo que le he traído!

Los tres entraron en casa de Carter. El niño delante, mirando por todos sitios, buscando los anunciados regalos. Detrás, la joven, preocupada de que Bob no tropezase.

Sobre la mesa del comedor aparecieron juguetes, libros, golosinas y hasta unas latas de conservas Carter separó un pequeño paquete y desliándolo, mostró una pulsera. Con la joya en las manos, tartamudeó, mirando al suelo:

—Señorita Leary: le ruego que me acepte este regalo. Le estoy muy agradecido por cuanto ha hecho en beneficio de Bob. A no ser por usted, no sé qué hubiera sido de mi hijo. Nunca lo olvidaré. Acéptemelo, por favor.

La joven pareció infantilizarse con la sonrisa que inundaba su rostro; era delicioso su modo de sonreír, mostrando una dentadura blanca y perfecta. Se la veía atraída por el regalo, más sus labios dijeron:

—No, señor Carter. ¿Por qué ha hecho usted este gasto? Necesita usted comprar muchas cosas necesarias, y...

—Desde hoy tendré dinero, las privaciones han pasado. Empiezo una nueva vida.

Al pronunciar esta última frase, Carter enrojeció visiblemente; maldijo en su interior aquella timidez, aquella vergüenza de su nueva alianza con unos forajidos; algo que antes no había sentido tan hirientemente.

—¿Dónde se ha colocado, señor Carter? ¿Es un buen puesto?

A duras penas él pudo responder:

—En... en una fábrica. Soy una especie de capataz, para dirigir al personal y hacerles trabajar, aparte de llevar la contabilidad de la producción. Me han puesto un sueldo que yo no esperaba.

—¡Cuánto me alegro! Por Bob, y por... usted. Volverá a ser el hombre de antes, ¿verdad?

Ella se refería a que abandonase sus días de ausencia,

regresando luego destrozado, ebrio, maldiciendo contra todo y contra todos.

—Sí; volveré a ser el de mis primeros tiempos. Esta última época será enterrada. Ahora Bob no tendrá que vivir a sus expensas.

—¿Va usted a separarlo de mí? —preguntó ella, con un sobresalto.

—No, señorita Leary; usted ha sido una madre para él en este tiempo. No sé cómo pagar cuánto ha hecho. Yo me daba cuenta, y me humillaba más ver que una mujer, que tenía que trabajar para vivir, alimentaba a mi hijo, mientras yo me gastaba los pocos centavos en bebida. Nunca, pase lo que pase, olvidaré su proceder, señorita Leary. Por favor, acépteme este regalo.

La pulsera se ciñó a la muñeca de la joven; Carter rozó levemente una piel suave, cálida. Con brusquedad, propuso:

—¡Esta noche nos vamos a ir los tres a cenar a un buen restaurante! ¡A un sitio de lujo!

—No puedo, no, señor Carter. Aún me quedan varias cartas por contestar.

—Por esta noche, deje de contestar a sus alumnos. Tenemos que celebrar mi nuevo empleo. Olvídese usted de que es una maestra por correspondencia, y échele la culpa a Correos. ¡Tenemos que beber *«champagne»*!

—No puedo, de verdad, señor Carter. A un sitio así yo no puedo ir: estaría violenta viendo a otras mujeres mejor...

—Bueno, bueno, iremos a un sitio modesto, pero que nos den bien de comer; y *«champagne»* beberemos de todas formas. ¡Arréglese pronto, mientras yo visto a Bob! ¡Hasta bailaremos!

Aquella noche, Carter, al beber *«champagne»* veía tintas en sangre las burbujas, burbujas que ascendían desde el fondo de la copa, para romperse en la superficie con un leve rumor que a él le sonaba: «¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!...».

A partir de aquella tarde, Carter se convirtió en la eminencia gris de Gratt. Carter no intervenía en las violencias realizadas por la banda, ni tampoco las dirigía, sino que siempre procuraba eliminarlas o disminuirlas, mediante consejos acertados que iban haciendo mella en el carácter duro y cínico de Gratt. Sólo aconsejaba a éste en sus actividades de contrabandista de drogas,

indicándole los puntos peligrosos para el paso de los tóxicos, enseñándole la forma de trabajar de la Policía y así evitarla. La banda tomaba cada vez más incremento, asimilando agentes de otras cuadrillas dedicadas al mismo comercio.

Gratt había llegado a tomar estima al expulsado del

F. B. I.,

aunque en varias ocasiones se burlase de él, de su horror a la violencia, de su cobardía innata. Había llegado a más. Gratt visitaba a menudo a Carter en su casa, y gustaba de jugar con el niño, al que atosigaba con regalos costosos. Posiblemente la señorita Leary, la maestra por correspondencia, fuese el principal motor de estas visitas; su encantadora sencillez, su belleza humilde y su bondad e inocencia, forzosamente habían de chocar a un hombre como Gratt, hundido en el fango de la perversión, acostumbrado a tratar con mujeres vendidas al mejor postor. La joven fue la causa del primer choque entre Gratt y Carter. Este último, ante las asiduas visitas de su jefe y observando sus bromas y miradas a la maestra, aprovechó la ocasión de estar en un «*cabaret*» para decirle, tuteándole ya:

—¿Tú eres capaz de querer a alguien de verdad?

El «boss» frunció el entrecejo, extrañado de la pregunta. Sonriendo, mientras llenaba las copas de «*champagne*», repuso:

—Creo que no, Carter. Antes sí, cuando era muy joven, quise de verdad. Pero aquello pasó, y desde entonces... Ya te contaré algún día mi vida; nadie la conoce.

—¿Tú me aprecias, Gratt?

Con la botella aún en la mano, el contrabandista miró fijamente a su interlocutor. Respondió tras una pausa meditativa:

—Sí, puedes creerlo: te aprecio. Hace poco tiempo que nos conocemos, pero tu ayuda ha sido eficaz, debo reconocerlo. Gracias a ti hemos montado una organización disciplinada y dirigida. Basta el detalle de que nuestros hombres no han sido descubiertos, cuando antes siempre caían cuatro o cinco al mes. Y aparte de esto, me has frenado mucho; tu repugnancia a verter sangre influye en mí. Créeme: te aprecio. Te considero hoy como mi amigo más fiel.

—En nombre de esa amistad, Gratt, quiero pedirte mi favor —inició Carter, algo nervioso—. Estamos hundidos en el vicio, encanallados, destrozando vidas con las drogas, medrando a costa de la degeneración ajena, pero hemos de tener un límite. ¡No

podemos manchar más víctimas inocentes! Ya ves a lo que he llegado, a ser un canalla; pero aún queda algo bueno en mi corazón, y yo sé que también en ti hay algo noble. ¡No destroces cuanto toques, Gratt; sé bueno por una vez!

El «boss» escuchaba a su secuaz con gran interés prendido de sus palabras; tanto que, con un ademán despectivo, rechazó a una mujer que se le acercaba para invitarle descaradamente a bailar. Parecía querer descubrir la raíz de aquella petición extemporánea de Carter. Muy serio, inquirió:

—¿A cuento de qué viene esto? De verdad te digo que te aprecio, y cualquier favor que me pidas puedes darlo por concedido. Si necesitas más dinero, o mayor participación...

—No se trata de eso, Gratt. Se trata de una mujer. No enamores a la señorita Leary. Es una buena muchacha, de espíritu puro, que no pertenece a esta generación moderna. He observado que intentas conquistarla; no lo hagas. No eres el hombre que a ella le conviene, y la pobre caería en tus redes enseguida, perdiéndose paja siempre. Nosotros no tenemos derecho a amar, Gratt; somos lo último de la sociedad. ¿Para qué engañarnos?

El «boss» sonrió irónicamente, entre convencido y burlón:

—Seamos francos, Carter: ¿la quieres mucho?

La más viva sorpresa se reflejó en el rostro del cobarde.

—¡No!... ¡Si... si esa mujer no...! ¡Oh, Gratt, tú siempre igual! Siempre crees que los demás tratan de engañarte; vives en perenne desconfianza. Te aseguro que esa mujer no significa nada para mí, en el terreno amoroso. No estoy para querer, como comprenderás. Sólo quise una vez en la vida, y fue a mi mujer, a la madre de Bob. Lo que trato es de convencerte de que no debemos hacer daño sin necesidad. Y es peor matar un alma que matar un cuerpo. Tú tienes mujeres de sobra; todas éstas —y echó una mirada alrededor, sobre las parejas que bailaban a los compases vertiginosos de un «boogie-woogie»— se volverían locas de alegría si te molestases en guiarles un ojo siquiera. Y la señorita Leary es muy diferente. Intento defenderla de ti porque es buena. Lo demostró cuando yo estaba hundido, alimentando y cuidando a mi hijo como no lo hubiese hecho una madre. Ella se merece todo, y por esto me atrevo a pedirte este sacrificio, Gratt, en nombre de nuestra amistad.

La sonrisa burlona había desaparecido de los acerados ojos del

«boss». Algo, un hálito purificador había entrado en su corroído corazón. Alargó el brazo, y palmoteó amistosamente el hombro de su compinche.

—Cuenta con este favor, Carter. Es verdad que me gusta la chica, y pensaba divertirme con ella unos días, justamente por su aire de inocencia. Ya verás cómo cambio respecto a ella; la veré lo menos posible, y si nos encontramos por casualidad, no trataré de conquistarla. Te doy mi palabra. ¿Ultimado este asunto, Carter? Pues adelante, y, ¡vamos a divertirnos esta noche!

Pasaron los días y las semanas. La criminal organización aumentaba en poderío, eliminando a las bandas rivales astutamente, gracias a las directrices marcadas por el cerebro de Carter. Gratt descansaba en él todo el peso de la jefatura, y entre ellos se fortalecía una amistad que les llevaría a los infiernos. Los miembros de la banda ganaban más dinero que nunca y estimaban a Carter más que al «boss», porque en aquél encontraban al que los salvaba de todos los apuros con sólo unas palabras de reprimenda, unas palabras dichas a tiempo, que herían y corregían más que el puño armado de la llave inglesa.

En una mañana de diciembre, aún no serían las diez, Carter entraba en el piso de Gratt, abriendo con la llave que él tenía. El criado, otro de la banda, indicó que el jefe estaba durmiendo. Carter lo echó a un lado, y penetrando en el lujoso dormitorio del «boss» le despistó con unas sacudidas bruscas:

—¡Gratt, Gratt, despierta!

—¿Qué ocurre a estas horas? —preguntó el jefe, revolviéndose en el lecho, viéndosele el rameado pijama de seda natural.

—¡La guerra! Hemos entrado en guerra con el Japón. ¡Despierta, hombre!

Gratt dio un salto en la cama, incorporándose, despierto totalmente.

—¿La guerra? ¡La guerra! ¡Tenemos que decidir algo! ¡Yo no voy a luchar como un idiota, dejándome matar! ¡Llama a los muchachos para dentro de dos horas! ¡Que vengan los jefes de grupo!

—¡Calma, Gratt! Todavía no llegan los cañonazos aquí —dijo Carter, divertido en parte al observar el desconcierto del «boss»—. Hablaremos antes, mientras desayunamos. Anda, levántate; a ver si el agua fría te despeja la cabeza y decidimos nuestro futuro.

Desayunaban en el gran comedor, y Carter explicaba los pormenores del ataque de los japoneses a la base de Pearl Harbour, la situación internacional y los debates en el Congreso para la declaración de guerra. Al terminar, Gratt le preguntó:

—¿Cuál es tú consejo?

Carter dijo al cabo de un rato, muy seria su expresión:

—Mi consejo no puede valer en este caso, Gratt. Por mi parte, pienso ofrecirme a la Armada y luchar como comandante de un submarino. Ése es mi puesto y mi deber. Si mi patria, esta patria a la que yo he traicionado está en peligro por el ataque de unos extranjeros, la defenderé. ¡No quiero ser un desertor!

La explosión colérica de Gratt fue estruendosa, la primera que había tenido con Carter desde que se conocían. Era evidente que el «boss» había tenido tiempo de meditar sobre la situación mientras se bañaba y vestía, momentos antes.

—¡La patria! ¿Tu patria? ¡No digas estupideces! ¡Tú no tienes patria! ¡Nosotros no tenemos patria! O ¿es que puede darse ese nombre a la comunidad que te tiró a la calle a que te murieses como un perro miserable? ¿Que tienes tú que defender? ¿Quién se merece que tú mueras? ¿Por esos que te escupieron, y te tacharon de cobarde, y se hubiesen alegrado de que comieses polvo? Quien tenga algo que defender que vaya a luchar. Tú no puedes ir; yo, tampoco. Nosotros nos aprovecharemos de la guerra para enriquecernos más todavía, valiéndonos del jaleo que se armará. Estaba esperando esta ocasión desde que Inglaterra entró en guerra. Ha llegado, y voy a aprovecharme. ¡Y tú estarás a mi lado!

Serenamente, Carter se opuso:

—No, Gratt; no seré un desertor. Me alistaré voluntariamente en la Armada; aunque sea de marinero iré a luchar, para demostrar que no soy un cobarde.

—Déjate de gestos heroicos, y no hagas locuras. Pero Carter: ¿será posible que no veas claro en esta decisión? ¿A quién vas a defender tú? A esos mismos que te pisotearon, que disfrutaban viendo enfermar de hambre a tu hijo, al que tú quieres por encima de todo. Y cuando la guerra acabe tú estarás muerto, y tu hijo se quedará solo, sin que nadie le cuide, porque ¿no supondrás que la señorita Leary va a estar toda su vida al cuidado de un niño extraño? Ella se casará o se irá de aquí. ¿Quién sabe lo que será de

ella? Y tu hijo será un desgraciado, recogido en un asilo, soportando hasta que se muera las burlas de los demás. ¡Tu hijo es tu patria; defiéndelo!

Tras las duras y equivocadas afirmaciones de Gratt, siguió un silencio embarazoso, pesado, denso, cargado de tragedia. Carter, espíritu débil y herido, reaccionó cobardemente por segunda vez:

—Tienes razón: ¡que vayan ellos a la guerra!

—¡Así se habla, Carter! Y ahora, escucha: ¿recuerdas que te hablé de grandes proyectos si había guerra? ¡Ha llegado el momento! Mis planes son fabricar heroína en grandes cantidades y meterlas en Estados Unidos, para cuando la guerra haya terminado. Entonces los excombatientes vendrán deshechos, rotos sus nervios y enloquecidos. Las drogas les calmarán, les harán olvidar los horrores del frente, sumergiéndolos en un paraíso artificial. Y la heroína es el mejor tóxico para ellos, mucho más fuerte que la morfina.

Gratt comenzaba a excitarse, brillándole las pupilas ante la perspectiva de tan magnas ganancias a costa de pobres vidas deseosas de olvidar. Horrorizaba su semblante, crispado por el ansia de oro. Proseguía diciendo:

—Yo estudié Química; soy ingeniero químico, y dejé la carrera porque me prohibieron ejercerla; sucedió algo que ahora no hay tiempo de contar. Necesito montar un laboratorio en algún sitio tranquilo, aislado y adquiriremos opio de la India, y obtendré morfina. Actuando el cloruro de acetilo sobre la morfina conseguiremos la heroína. Los productos necesarios son fáciles de encontrar.

—Y ¿dónde vamos a escondernos en cuanto ordenen el reclutamiento?

—Tenemos que salir de los Estados Unidos. Mañana mismo nos iremos a cualquier puerto del Pacífico; Europa no nos interesa. No podremos alejarnos de la India, por el opio. El dinero hemos de transferirlo hoy mismo a cualquier nación que sepamos o adivinemos que conservará la paz; antes de que bloqueen las cuentas en los Bancos. Entérate tú de eso.

—¿Quiénes nos vamos a ir?

—No más de cinco: Hunt, tú, Shertey, Cabot y yo. Al resto de la gente les liquidas sus comisiones, y les dices que a causa de la

guerra dejamos el negocio. Nos tienen que perder la pista. Los cinco nos reuniremos aquí, a medianoche, a fin de ultimar los preparativos. Estoy pensando que el puerto de San Francisco nos convendría para la huida. Iremos cada uno por nuestro lado.

A la mañana siguiente, Carter llamaba a la puerta del piso de la señorita Leary. Ella salió a abrirle, con unas cuartillas y un lápiz en las manos, manos de dedos largos y piel blanca, nacarada. Hizo un gesto de extrañeza, enseguida disimulado:

—¡Buenos días, señor Carter!

—Señorita Leary, vengo a hablar con usted. Mis asuntos me obligan a salir de viaje, y permaneceré bastante tiempo fuera. Quisiera que usted cuidase de Bob. Voy a dejarle dinero; gaste sin miedo.

Y como era tan confuso, atropellado e inconexo el lenguaje de él, la joven preguntó con inquietud:

—¿Adónde va usted? ¿Qué asuntos son esos? ¿Se relacionan con el señor Gratt?

La efectiva culpabilidad de Carter le obligó a mentir, consiguiendo con ello confirmar a la joven en sus sospechas.

—No se trata de Gratt. He terminado con él. Voy a... —Y no sabiendo qué motivo aducir, dijo:

—... A incorporarme a la Armada.

Hubo una llamarada de alegría en los bonitos ojos de ella.

—¡Me alegra saber que se ha separado del señor Gratt! Nada bueno podía resultar de su amistad; no es bueno ese hombre. He estado muy intranquila en este tiempo, comprobando que... las actividades de usted no eran normales. No sé, ni tiene por qué darme explicaciones sobre la clase de asuntos que le ocupan, pero... ¡hace usted bien en marcharse a la Armada! Encontrará una nueva ilusión, una nueva vida que le purificará al luchar por una causa noble.

Carter escuchaba, abochornado, remordiéndole la conciencia por haber mentido a la joven. Ella proseguía:

—Me preocuparé de su hijo, como si fuese mío. Márchese tranquilo, y a su regreso, porque usted volverá, se encontrará con un hombrecito orgulloso de su padre, orgulloso de que fuese usted voluntariamente a defender nuestra patria.

Cuando unos minutos después, Carter salía a la calle y tomaba

un «taxi» que le llevaría a la Union Station, su corazón iba sufriendo aún con el eco de la voz de su hijo, del hijo al que posiblemente no volvería a ver más. Sintió intensos deseos de llorar como un chiquillo desvalido, reconociéndose triste juguete del Destino. Su vida era una farsa y aún no había caído el telón final.

IV

¡DESERTOR! ¡PIRATA!



N un reservado de la más escandalosa taberna de San Francisco, tres hombres se hallaban sentados alrededor de una mesa sobre la que campeaban una botella de «*whisky*» y unos vasos. Los tres hombres eran: Peter Carter, Shertey, de constante expresión brutal y fornido como un gorila; y Cabot, embutido su delgado y nervioso cuerpo en un elegante traje azul eléctrico.

Hablaba Shertey en voz baja, gutural, que resonaba demasiado, manifestándose con frases cortas y rotundas:

—Repito que estamos perdiendo el tiempo. Llevamos aquí varios

días y sin ver la salida. Nos van a cazar en cuanto movilicen para el Ejército. Esto se está poniendo feo. Gratt se pasa de listo, y nos va a meter en un lío.

Le cortó la palabra Cabot, con su peculiar tono suave, sazonado por una sonrisita perenne en sus finos labios:

—Cuidado, amigo Shertey. El «boss» está haciendo todo lo posible. Ya nos podíamos haber escapado; pero nos conviene hacerlo con un plan maduro; no a la ventura. Tú, Carter, sabrás más de esto que nosotros, ¿no?

El aludido, sin dejar de jugar con el vaso a medio llenar de licor, repuso:

—No creáis que es tan fácil salir de aquí y encontrar una tierra donde refugiarnos y poder trabajar en la fabricación de la heroína. Hay que pensarlo detenidamente y obrar con precaución. Los Servicios Secretos; el

F. B. I.

y la Policía están alerta, vigilando el puerto y los aeródromos, y no habría cosa peor que nos tomasen por espías. Estoy seguro de que el servicio militar obligatorio se impondrá muy en breve; y si nos calificasen de desertores, podríamos pasarnos una buena temporada en prisión. Mi consejo ha sido comprar un avión comercial y largarnos a cualquier isla del Pacífico, o bien meternos en la India; allí nos perderían la pista. Lo primero es...

Y cesó en sus explicaciones, a causa de dos golpes que sonaron en la puerta, seguidos de otros dos tras una pausa. Cabot se puso en pie, acercándose a abrir. Los tres tenían ya la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta, preventivamente. Sus precauciones fueron inútiles, puesto que penetraron Gratt y Hunt. El primero tomó asiento en la única silla libre, sirviéndose un vaso de «whisky». Parecía preocupado; bajo el cónico resplandor de la lámpara cenital, en sus facciones enjutas se formaban sombras que le endurecían más los rasgos. Como tardaba demasiado en encender un cigarrillo, Shertey preguntó bruscamente:

—¿Hay novedades?

El jefe hizo caso omiso de él, y, dirigiéndose a Carter, le interrogó:

—¿Serías capaz de mandar un submarino?

Los otros, excepto Hunt, mostraron su asombro con expresiones

de perplejidad. Carter contestó:

—Sí, ¡claro! ¿A qué viene esa pregunta?

—¡Es imposible comprar un avión o un yate! Todo está intervenido y vigilado. Brujuleando por el puerto, Hunt se enteró de que nuestras fuerzas han traído un submarino capturado a los japoneses no se sabe dónde. Está atracado al puerto, esperando el estudio de los técnicos, pues parece ser de construcción alemana. Hay noticias de que estaba en servicio, y eso indica que puede navegar perfectamente. ¿Te atreverías a manejarlo, Carter? Tú fuiste comandante submarinista.

—He estudiado el funcionamiento de los «U» alemanes, y más o menos, en lo fundamental, viene a ser igual a los construidos por nosotros. Hay dos graves impedimentos, por no decir obstáculos insuperables, que estropean esa posibilidad de huir; ¿cómo apoderarnos de él si está vigilado?, ¿dónde vamos a encontrar la tripulación necesaria?

Hunt intervino:

—Está pegado al muelle, custodiado por un centinela. Estuve toda la tarde merodeando por los alrededores, y los centinelas se relevan cada cuatro horas. Al «bicho» ése habrán entrado y salido unas cinco personas, todas militares. Su procedencia la he sabido por unos marineros, después de unos cuantos vasos de ron; afirman que está en buenas condiciones de navegación; yo creo que...

Shertey exclamó, con miedo en sus ojillos simiescos:

—¡A mí no hay quien me haga entrar en ese «cacharro»! ¡Tiene que ser espantoso meterse en ese cajón e irse al fondo del mar, a hacerle compañía a los peces! ¡Conmigo no contéis!

—¡Tú harás lo que se te ordene! —le indicó secamente Gratt, intimidándole con la mirada, su especial mirada de jefe acostumbrado a no admitir réplicas ni vacilaciones. Y, dirigiéndose a Carter, prosiguió—: Hacernos cargo del submarino no sería muy difícil, por la noche, quitando de en medio al centinela; eso lo haría un niño. El principal inconveniente es la tripulación. ¿Cuántos hombres suele llevar un submarino?

—Depende del tonelaje; pero lo general es de veinticinco a treinta, especializados.

—No, no; los indispensables, ¿cuántos?

Carter meditó durante unos momentos, asegurando al fin:

—Con menos de diez no hay nada que hacer. Ahí está el problema; será imposible encontrar ese número de entendidos, que se presten a desertar de la Armada.

—¡Bah! Eso está arreglado, por las buenas, ofreciéndoles dinero, o por las malas, a la fuerza, llevándolos amarrados o narcotizados. Entre Hunt y yo organizaremos una redada en esta misma taberna; el dueño es amigo mío. Dadme vuestra dirección escrita en un papel, y ya os avisaré en el momento de obrar. Tú, Sherthey, mucho cuidado con meterte en peleas que llamen la atención de la Policía; como cometas alguna de las tuyas tendré que cortarte las orejas.

—Descuida, jefe; pero eso de vivir en un submarino me... a mi dame una buena ensalada de tiros y verás cómo disfruto, pero siempre sintiendo la tierra bajo los zapatos.

—No tengas miedo, Sherthey —le aconsejó Carter—. Todo es acostumbrarse; si llegamos a conseguirlo, estaremos a salvo. Es el medio ideal para huir.

—Asunto terminado, amigos —dijo Gratt, casi optimista—. Vámonos de este tugurio, cada uno por un lado. Ya os avisaré a estas direcciones en cuanto el «negocio» esté maduro.

Dos días después, en una noche sin luna, tres sombras humanas se deslizaban furtivamente por entre las montañas de fardos en el muelle. Deteníanse a trechos, agazapados en las tinieblas, oyendo los pasos de los vigilantes. Pasado el peligro, reanudaban su avance, como reptiles amantes de la oscuridad. El mugido del agua en la bahía no era el rugir del mar abierto, pero coadyuvaba a la emoción de la aventura.

En una de aquellas paradas forzosas se pudo escuchar a Gratt, decir en voz baja:

—Nos queda un centenar de yardas. Dejadme a mí el centinela, y vosotros preocupaos de cubirme por si se produjese alarma. En el momento que pongamos el pie en el submarino, mandarás tú, Carter, ya que conoces su funcionamiento. Y tú, Cabot, te encargarás de que si hay alguno dentro no se resista; si es preciso tira a matar. ¿No habrás olvidado poner el silenciador a la pistola?

—No, jefe —contestó la voz untuosa de Cabot.

Prosiguieron adelantando, y cuando rodeaban unas pilas de balas de algodón, divisaron una silueta humana recortándose sobre la superficie líquida que reflejaba débilmente el leve resplandor de

las estrellas. Brillaban las partes metálicas del fusil al hombro. Flotando en el agua, distinguíase difusamente la fea torreta de un submarino. Entre el muelle y la nave no se llegaba a ver la pasarela, tal vez por su posición horizontal.

—¡Ahí está! —susurró Gratt, pegándose materialmente a unos cajones—. ¡Voy por él! ¡Atentos a si viniese alguien!

Y cuando iba a avanzar en cuclillas, un súbito resplandor surgido del centro del submarino, de la torreta, le contuvo. Aguardaron, intranquilos.

Vieron a un hombre, con uniforme de marino, que saltaba a la cubierta y llegaba hasta el muelle, sonando sus pasos a hueco sobre la pasarela. El centinela correspondió a su saludo. El hombre pasó a poca distancia de los escondidos, tan cerca, que Carter habría podido agarrarle de una pierna. Aquel individuo sería algún marinero que iba a dormir en tierra o a divertirse en cualquier «*night-club*».

Transcurrieron unos instantes de tensión, hasta que la calma volvió al lugar, calma siempre escoltada por la persistente canción del mar. El centinela paseaba ahora, sin bajarse el fusil, recorriendo una y otra vez sus propios pasos.

Con la serenidad del hombre habituado a enfrentarse con graves situaciones, Gratt se incorporó, acercándose tranquilamente al centinela, justamente por el mismo sitio que había recorrido el individuo que salió del submarino. Gratt silbaba entre dientes una cancioncilla popular; sus manos se ocultaban en los bolsillos de la chaqueta. Era evidente su propósito de fingirse miembro de la tripulación, y así se demostró cuando el centinela se bajó el arma, empuñándola.

—¡Soy yo! —anunció a media voz Gratt—. Se me ha olvidado la llave de mi casa; tengo una cabeza que...

Y no siguió hablando porque había llegado junto al centinela, que no tuvo tiempo de descubrir la suplantación. Un culatazo de revólver en el cráneo le obligó a arrodillarse, soltando el fusil; otro golpe, y el pobre soldado de Infantería de Marina cayó al suelo exánime, amortiguado su derrumbamiento por el brazo musculoso del «boss». Quedó tras unos fardos.

El primero en cruzar la pasarela fue Carter, empuñando una pistola, cuyo cañón se prolongaba en el cilindro del silenciador. El

submarino semejaba un enorme cetáceo dormido, balanceándose suavemente al empuje del pequeño oleaje.

Carter hizo señas para que pisasen de puntillas, y así no resonasen en el interior los pasos sobre las férreas planchas de la cubierta. Llegaron al puente, dejando a un lado la pieza artillera, y se encaminaron a la torreta. Con el tacón del zapato Carter dio tres golpes en la hoja que cerraba la escotilla.

Aguardaban anhelantes el resultado, comprendiendo que se jugaban el todo por el todo; un pequeño error y el plan fracasaría.

Entre un chorro de luz brotó por la escotilla la cabeza y los hombros de un marinero; se quedó sin habla al ser izado por dos manos misteriosas agarradas a sus axilas, y un golpe firme en la nuca le produjo el desvanecimiento. Intrépidamente, desmintiendo en esta ocasión su condición de cobarde, Carter, arma al frente, descendió por la escala seguido de sus compañeros, bajando al quiosco central. Una iluminación deslumbrante bañaba el compartimiento, brillando y mostrándose un verdadero laberinto de reóstatos, palancas, manivelas, tubos, manómetros, los péndulos para asiento y escora, contadores de revoluciones de los ejes de transmisión, las bocas de los tubos acústicos, y aparatos y más aparatos, blanquísimas esferas rayadas, y los periscopios.

Ni una persona allí. Carter, sin dudarle, se dirigió al mamparo de la derecha, abriendo la puertecilla metálica. Una camareta ocupada por una larga mesa, y sentados a ella, cinco marineros jugando a las cartas.

—¡Manos arriba!

Los sorprendidos tripulantes obedecieron, con gesto de estupor en su cara, amedrentados por las armas asestadas.

—¿Dónde están los demás?

Uno de los marineros, el más jovencillo, un mozalbete de unos diecinueve años, de piel rosada y cabellera rubia, repuso, balbuciente:

—No hay más que dos; en las literas.

Carter indicó a Gratt y a Cabot:

—Registrad todas las cámaras. Yo me cuidaré de éstos.

Mientras realizaban sus compañeros la tarea, Carter interrogó a los asustados marineros:

—¿Dónde están los jefes?

—El comandante y el segundo están en su casa; no vendrán hasta mañana. Hace un momento se fue el oficial de derrota; aquí no quedamos más que...

—Y ¿el jefe de máquinas?

—Yo soy —repuso una voz a espaldas de Carter, quien al girar sobre sus talones vio a dos individuos en camiseta y calzoncillos, con los ojos hinchados de dormir, sintiendo en sus espaldas el duro contacto de las pistolas empuñadas por los asaltantes.

—Éste es el que ha dicho que es el jefe de máquinas —indicó Cabot, empujando rudamente con el arma al de más edad, completamente calvo.

—Somos del

F. B. I.

—mintió Carter—. Tenemos noticias de que hay aquí un traidor compinchado con unos espías que van a venir esta noche a apoderarse del submarino. Es urgente zarpar de este muelle. ¿Funcionan las máquinas?

El aludido, aturdido por el sueño y las rápidas frases de Carter, repuso impremeditadamente:

—Sí.

—¡Todos de frente a esa pared! —ordenó secamente Gratt, con una llama de contento en sus pupilas.

Y cuando los tuvo en fila, de espaldas, ayudado por sus compinches los amarró con cuerdas y correas, amordazándolos también. El jefe volvía a tomar el mando, considerándose dueño del sumergible. Ágilmente subió la escala y en el puente de cubierta sacó una linterna de bolsillo. Enfocando la dirección del este, la encendió por dos veces, después una, y luego otras dos; repitiendo la operación al rato.

El ruido de una sirena de barco le sobresaltó; incrementándose su excitación al ver cruzarse en el firmamento los conos luminosos de los reflectores de costa en busca de aviones enemigos. Las grandes moles de acorazados y destructores se levantaban a la izquierda, con sus luces apagadas, tomadas las medidas preventivas para no ser objeto de un «raid» aéreo enemigo, casi imposible por la gran distancia de las bases japonesas, mas la guerra exigía estas precauciones.

Gratt se daba cuenta ahora por primera vez en la noche de que

la gran bahía estaba despierta, y es que su alegría por el triunfo obtenido le hacía temer un fracaso rotundo si eran descubiertos en la huida.

No habrían pasado diez minutos, cuando el chapoteo de unos remos al entrar en el agua llegó a sus oídos. Y poco después la voz de Hunt surgió de la oscuridad:

—¿Todo bien, jefe?

—¡Todo bien! ¡Daos prisa!

Gratt respiró con fruición el yodado aire marino: la segunda parte de su hazaña estaba a punto de ultimarse. Y así fue: Hunt y Shertey saltaron a la baja obra muerta de la nave, y depositaron en la cubierta cinco hombres desvanecidos, y atados de brazos y piernas. Empujaron después la lancha, que ya no les era útil.

Trasladaron a los inanimados individuos al interior de la nave. Shertey miraba y remiraba los aparatos con manifiesto temor, como si fuesen a estallar de un momento a otro, a pesar de que ninguna máquina estaba funcionando.

—¡Todo arreglado, Carter! —anunció Gratt, satisfecho—. ¡Arranca cuando quieras!

—¿Son éstos los hombres que me tenías preparados? —preguntó el cobarde, contemplando perplejo el montón de cuerpos.

—Éstos van a revivir en unos momentos. Ya verás. Les apliqué unas inyecciones de un producto de mi invención, y ahora voy a despertarlos con otro. De algo me valen mis estudios de Química. Justamente el abuso de mi invento me costó la carrera. Es que no me fiaba de ellos, y así no había peligro de que nos delatasen.

De Hunt recibió una jeringuilla y fue inyectando en los brazos de los dormidos pequeñas dosis de líquido, color blanco lechoso. En tanto se reanimaban, Carter revisó toda la nave, comprobando con satisfacción que la despensa estaba llena de víveres, los tanques de agua potable estaban repletos, el pañol con municiones, y rebosantes los «ballasts» destinados al petróleo y aceite. El submarino constaba de tres tubos lanzatorpedos, dos a proa y uno a popa, contando con una docena de los mortíferos artefactos guerreros, que a ellos no les servirían de nada, puesto que no pensaban combatir.

Al regresar a la camareta y comprobar que, pese a la jactancia de Gratt, los hombres desvanecidos no daban muestras de recobrar

el conocimiento, expuso sus temores a ser descubiertos por alguna maldita casualidad y cazados antes de salir de la bahía. El «boss», sin decir palabra, sonriendo canallescamemente, agarró a uno de los atados tripulantes del sumergible con la mano izquierda, mientras con la derecha, armada de la demoledora «llave inglesa», le sacudió un golpe al pecho, arrancándole jirones de ropa y piel, derribándole al suelo.

Asqueado de la repugnante acción. Carter quiso interponerse, pero Gratt le objetó acremente:

—¡Tú te callas! ¡Cuando yo hago una cosa es por algo! —Y dirigiéndose a los demás tripulantes con un tono amenazador—: ¡Ya habéis visto lo que le ha ocurrido a vuestro compañero, sin dar motivo; a vosotros voy a destrozaros si no obedecéis a mi amigo!

Como borregos los desatados tripulantes se pusieron a las órdenes de Carter. Por suerte, el jefe de máquinas y los timoneles estaban entre ellos. Bajo la vigilancia de Hunt, Gratt, Shertey y Cabot, empuñando las pistolas y revólveres, ocuparon sus respectivos puestos, decididos a obedecer.

En cuanto los motores Diésel estuvieron en marcha, con su característico martilleo de válvulas que tomaba una sonoridad ensordecedora en el interior de la nave, Gratt salió a cubierta a cortar la amarra y bajarse el hombre allí golpeado un rato antes. Fue cerrada la escotilla herméticamente.

—¡Listos para zarpar! ¡Listos para zarpar! ¡Listos para zarpar! — Llegaron las voces reglamentarias por los tubos acústicos a la caseta de mandos, viniendo del timonel de proa, de popa y de la cámara de máquinas.

—¡Avante! —gritó Carter, ocupado en zallar[1] el ancho periscopio de noche mediante el ascensor eléctrico.

El retemblor producido por los motores Diésel pareció disminuir algo al comenzar las hélices sus vertiginosos giros; notándose enseguida un suave balanceo. El submarino empezaba a navegar, a flor de agua siguiendo la provisional derrota marcada por Carter al timonel: hacia la «Golden Gate» para salir a mar abierto. Todo su temor era chocar con algunas de las naves ancladas o aboyadas en la bahía; por ello, no se separaba de los oculares del periscopio de noche, y cuando lo creyó conveniente, basándose en sus conocimientos acerca de las profundidades del lugar, se preparó

para la inmersión, no sin antes haber indicado a Gratt que repartiese a los demás tripulantes en sus respectivos puestos, con la orden de que acudiesen a los mandos que se citasen, aunque no fuesen de su cargo.

—¡Listos para navegar a inmersión a tres metros!

Al momento llegaron las respuestas de los distintos compartimientos:

—¡Listo a proa!... ¡Listo a popa!

—¡Paren los Diésel! ¡Embraguen los eléctricos!

Como por arte de magia cesó el golpeteo de las válvulas de los motores a petróleo naciendo un susurro continuo que fue haciéndose más intenso, hasta convertirse en un ronroneo monótono, conforme las revoluciones aumentaban. A este cantar ronco se unió el silbido del aire escapando de los tanques dejando espacio al agua, y comenzó a sumergirse el submarino.

Shertey sudaba copiosamente al sentir que la nave se inclinaba de proa, como avión que inicia un picado, para luego bajarse de popa y tomar la horizontal; miraba el «gangster» a Carter como si fuere un dios, sabiendo que en manos del cobarde se hallaba su existencia.

Éste no se separaba del periscopio temiendo que el timonel de navegación le hiciera una mala jugada; pero conforme transcurría el tiempo iba comprobando que no era así, pues pasó el submarino por la «Golden Gate», adentrándose en mar abierto.

La impaciencia colérica de Gratt hizo que los hombres desvanecidos recibiesen otra picadura de la jeringuilla, exponiéndose a asesinarlos, y entonces sí comenzaron a recobrar sus sentidos. El «boss» explicó con grandes risas, medio disculpándose, el truco empleado para que no se arrepintiesen a última hora de haber desertado de la Marina. Eran hombres elegidos inteligentemente, y pronto comprobó Carter que poco tenían que envidiar en ruindad a los antiguos secuaces de Gratt. Éste tenía buen golpe de vista para seleccionar gente desalmada, capaz de vender a su patria por un puñado de dinero.

Todos ellos eran submarinistas, y hasta había un segundo comandante, que se turnaría con Carter en los mandos, un suboficial torpedista, y un artillero. El segundo haría también de oficial de derrota.

Eran las cinco de la mañana cuando los puestos quedaban debidamente atendidos, y ya el sumergible estaba lejos de la costa americana, y, por tanto, de los peligrosos ataques de los «destroyers» y lanchas patrulleras. Gratt discutía acaloradamente con Carter acerca de la suerte de los tripulantes del submarino. El primero quería «eliminar» a los que no accediesen voluntariamente a servirle; el segundo se oponía, terminando por triunfar su criterio, como solía ocurrir casi siempre, empleando su astuta forma de argumentar, principal cualidad suya. Acordaron hablarles.

—¡Preparados para emerger!

Sonó el silbido del aire comprimido inyectado en los tanques a fin de desalojar el agua, y apenas comenzaron a salir a flote, se dio orden de parar las máquinas.

Reunidos todos en la camareta general, sobre cuyas paredes se hallaban las literas de la marinería, Gratt expuso en tono persuasivo a los capturados tripulantes el fin que perseguía y las cuantiosas ganancias a la vista. Su oratoria era elocuente, destinada a inflamar la natural ambición de los hombres, haciendo resaltar la esterilidad de servir a una patria que luego no les pagaría sus sacrificios. Apoyábase para convencer en su timbre de voz, grave, varonil, envolviéndolo en un tono amable y engañoso. Con un arte diabólico pasó seguidamente a infundirles miedo con terribles amenazas y, como broche a su argumentación, volvió a ofuscarles mediante la perspectiva de las fabulosas riquezas que se repartirían al final de la guerra.

En sus criminales redes cayeron tres de los tripulantes, entre ellos el muchacho rubio de cara sonrosada, dispuestos a traicionar su juramento de fidelidad a la patria. Los restantes prefirieron soportar la ira del malhechor, a la vez que sus bestiales golpes, reprimidos a duras penas por Carter, decidido a adormecer la fiera que se cobijaba en el corazón del «boss». Hunt, Cabot y Sherthey habían vigilado la escena, pistola en mano. La última advertencia de Gratt fue:

—El que intente traicionarme irá a servir de pasto a los tiburones. Ahora cada uno a su puesto.

Los pocos que no habían querido unirse a la banda fueron amarrados sólidamente por si intentaban rebelarse en un momento de descuido.

El ácido carbónico de las respiraciones y los venenosos gases sulfúricos que desprendían los acumuladores enrarecían el ambiente. El hercúleo Shertey se ahogaba y maldecía a cada instante.

Las mangueras de ventilación comenzaron a funcionar activamente y no contento con esto, Carter abrió la escotilla sobre el quiosco central, saltando a la torreta, seguido de sus compañeros de «gang»; tras ordenar que el jefe de máquinas pusiese en marcha los motores Diéssel.

La luz grisácea del amanecer tintaba el mar de un colorido especial, como si fuese un mar de cenizas formando móviles y pequeñas dunas al soplo del suave viento del noroeste. La nave avanzaba a media máquina, cabeceando levemente, cortando con su tajamar las aguas y dejando a popa una blanquecina estela espumosa.

Cogido a la barandilla del puente, Shertey aspiraba ansiosamente el aire puro, diciendo en alta voz:

—¡Estoy como si me hubiesen dado un palizón! ¡Ahí dentro no se respira más que veneno!

—¡Eso ocurre al principio; todo es acostumbrarse! —aseguró Carter, y a continuación, deseoso de quedarse a solas con Gratt, gastó una broma a sus compañeros, afirmando con acento inquieto —: ¡El submarino está hundiéndose! ¿No lo notáis? ¡Esa gente va a hacernos la trastada de sumergirse y dejarnos aquí agarrados a las olas!

Fue realmente cómica la escena: Hunt, Shertey y Cabot descendieron por la escala a todo gas, tropezando, pisándose entre sí, renegando como condenados. El «boss» no pudo seguirles por tenerle cogido Carter de un brazo, diciéndole al mismo tiempo en tono quedo:

—¡No temas! ¡Ha sido para que nos dejen solos!

—¡Me has metido el susto en el cuerpo, Carter; vaya una bromita!

—Oye, Gratt, a esos individuos hay que ponerlos en libertad cuanto antes: aquí no hacen más que estorbar.

—Y ¿cómo?

—Llevamos dos lanchas neumáticas; en una cabrán; y si no queremos dejarlos a la deriva en medio del océano, podremos

entregarlos a cualquier mercante o transatlántico que se nos cruce.

—¡Bien! Como tú quieras, Carter; ya te dije que en el submarino mandabas tú; estamos en tus manos.

—Hay otra cuestión que me preocupa: de provisiones andamos bien, pero de petróleo no tendremos dentro de unos días. Este sumergible tiene gran radio de acción, sus «ballasts» de petróleo son grandes y estaban llenos, pero ni pensar llegar a la India. Y acercarnos a Hawái sería entregarnos inocentemente.

—¿Hay alguna solución?

El cobarde meditó unos momentos, manifestando después:

—Sólo hay una: detener a cualquier barco petrolero que nos encontremos, si no va escoltado o en un convoy.

—Bien, confiemos en la suerte. Oye, Carter, desde que zarpamos me bulle una idea en la cabeza, y quería pedirte consejo. ¿Sería muy arriesgado detener a los transatlánticos y «paquebots» que vayan solitarios y hacernos con el dinero y las joyas que lleven los viajeros? Recuerdo que en la Gran Guerra se hizo algo de esto; piratería moderna. Con menos esfuerzo obtendríamos más ganancia que fabricando heroína.

La respuesta de Carter tardó bastante en ser dada. En la mente de éste fueron sopesados los pros y los contras, venciendo la realidad de que desvalijar a gente rica siempre sería menos criminal que fabricar heroína para enloquecer y matar impunemente a pobres excombatientes.

—No es mala tu idea, Gratt, siempre que me prometas limitarte al dinero solamente. Derramar sangre es inútil, no conduce más que a dificultar la situación. No olvides que si se nos concede demasiada importancia, el gobierno americano pondrá sobre nuestra pista a escuadrillas de hidroaviones, que no tardarían en destrozarnos con sus bombas. Nos fingiremos de distintas nacionalidades, pues en el pañol he visto en una caja banderas de señales y banderas japonesas, alemanas y norteamericanas. Sí, tu plan puede tener éxito; pero recuerda que sólo buscamos dinero, no derramar sangre.

—¡De acuerdo, Carter! —aseguró Gratt contentísimo, imaginándose tener ya en su poder un botín fabuloso.

—Ahora vamos a acostarnos; estoy cansado. Usa el camarote destinado al segundo; yo utilizaré el del comandante; y Hunt el que correspondía al oficial de derrota. Tenemos que organizar los

descansos de forma que esta gente nunca se quede sola con los mandos; los que «enganchaste» en San Francisco son gente poco recomendable y muy levantisca. Casi prefiero a los tripulantes que has convencido, al menos el miedo les hará ser obedientes. Después de dormir esta tarde, haremos prácticas hasta la noche a fin de cerciorarme de las facultades de cada uno; un submarino es difícil de manejar, porque se necesita una tripulación disciplinada y entendida. Hunt, Shertey y Cabot también se encargarán de algo, aparte de vigilar a los demás: que se turnen como serviolas[2] aquí en el puente.

—Lo que tú digas, Carter; yo me encargaré de que nadie se desmande. Tengo ahora la ocasión de ser millonario y no voy a consentir que un idiota de estos eche mis planes a rodar. ¡Vamos adentro! Yo también tengo sueño.

La superficie del mar brillaba con reflejos de nácar, oro y púrpura a la luz del alba. El sumergible avanzaba ahora a toda máquina con rumbo a tierras muy lejanas.

Pasaron cinco días y la monotonía de la vida en el sumergible comenzaba a excitar los nervios de los «gangsters»; sobre todos, Gratt, hombre de carácter impulsivo, renegaba constantemente, traduciendo su mal humor en palabras insultantes a la tripulación. Pasábase muchas horas durmiendo, oyendo la radio y el resto en el puente, con la mirada perdida en la lejanía, como si quisiese correr más que la nave y llegar pronto a tierra firme, a lugares de diversión. Gratt, sin bebidas y fáciles amores se encontraba desesperado. Odiaba aquel sol de fuego y también el lívido resplandor de las luces interiores, sufriendo crisis nerviosas al hallarse entre los férreos mamparos como en una cárcel.

Sólo a medias lograba Carter animarle, hablándole de los beneficios en perspectiva, aun cuando él mismo, a solas en su camarote, sentía una desesperación infinita por su comportamiento, al que había sido arrastrado a causa de su propia debilidad de carácter. Se veía encenagado y no llegaba a vislumbrar un medio de liberarse. Contemplaba horas y horas el retrato de su hijo Bob, en una fotografía que se había hecho con la señorita Leary. Inconscientemente, Peter Carter amalgamaba en sus recuerdos la deliciosa figura de su hijo con la delicada silueta de la joven

maestra por correspondencia.

Se hallaba aquella mañana tendido en su lecho y fumando, cuando por el tubo acústico que unía el puente con su camarote le llegó una importante noticia:

—¡Una columna de humo a 185 grados!

A medio vestir, con el cerebro completamente despejado por el ansia de acción, subió rápidamente a la torre de mando, donde ya estaba Gratt y otro hombre. Era una soleada mañana, no corriendo la menor brisa, y por ello la esfumada columna oscura que apenas se divisaba ascendía rectamente. No se distinguía nada más.

—¿Qué será, Carter? —preguntó Gratt, impaciente.

—No sé. Por el poco humo, será una motonave ¡Vamos a ver!

Sus órdenes restallaron secamente, mandando arrumbar a la columna divisada, a toda marcha. Trepidaba toda la nave bajo las veloces revoluciones de los motores Diésel y con su tajamar levantaba una gran bigotera, cabeceando a causa de las olas que su misma velocidad creaba, salpicando de espuma la cubierta.

En las manos de Carter había ya un anteojito, oteando alrededor, en busca de más señales reveladoras de otros barcos, temiendo que se tratase de un convoy de mercantes, los cuales llevarían su correspondiente escolta de acorazados. No logró divisar otras señales.

Enfocó el instrumento óptico en la columna de humo viendo ahora que paulatinamente surgían de la línea del horizonte los extremos de unos palos, más tarde las dos chimeneas, y al fin la monumental superestructura de un transatlántico que avanzaba sobre las aguas con la pesadez de un mastodonte, aun cuando su marcha efectiva alcanzaría las veintitrés millas.

Prestó el anteojito a Gratt, quien lanzó una exclamación de gozo:

—¡Éste va a ser nuestro! ¡Vamos a él, Carter; cuanto antes! ¡Así nos divertiremos!

—Tenemos que sumergirnos, a fin de que no se alarme.

Bajaron al interior, y pronto el submarino avanzaba sumergido, y sus tripulantes recibían las órdenes pertinentes para un ataque. Gratt, como un chiquillo, se agarraba al zallado periscopio de día y miraba atentamente. Veía un trozo de cielo y olas verdes, alternativamente, cortados por el retículo. Carter le sustituyó en los oculares, centrándose en la futura presa.

El sumergible iba cortándole el rumbo, a toda velocidad de sus motores eléctricos y media hora después estaban a corta pero prudente distancia del buque, que era una motonave de unas siete mil toneladas.

Bajo las órdenes y consejos del comandante, el submarino emergió rápidamente con su peculiar silbido del aire insuflado a presión en los tanques de agua. Abierta la escotilla, apresuradamente saltaron a la torreta Carter y Gratt, seguidos de los nombrados timonel y artilleros, los cuales llevaban en la mano el cierre del cañón, pieza aquella que no debía mojarse en la sumersión, y que ajustaron en su debido sitio al cañón de proa, que no excedería de los 100 milímetros de calibre, con un campo de tiro de 180 grados solamente, puesto que por la popa del quiosco iba instalada una ametralladora antiaérea, montada de forma que su puntería pudiera elevarse hasta el cénit.

—¡Un disparo de aviso por la proa!... ¡Fuego! —rugió Carter, pareciendo otro hombre, al encontrarse en su verdadero elemento.

Retumbó el poderoso estampido del cañón sobre la superficie marina. El proyectil levantó un fugaz surtidor de agua a unas cien yardas de la proa de la motonave.

—¡Listos señaleros! —gritó Carter.

Rápidamente fueron izadas en el mástil de señales las tres banderas del Código, significando: «¡Paren máquinas!».

La orden surtió el efecto apetecido. La motonave se detuvo en su carrera, como corcel frenado al galope, quedando aboyada. A popa mostraba su numeral y la bandera tricolor francesa. Blancos chorros de vapor soltaba por el tubo de descarga, desperdiciada ahora la potencia de sus calderas a toda presión.

—¡Avante a media máquina! ¡Los serviolas en sus puestos! —Mandó Carter.

Y después, en cuanto estuvieron cerca, y también aboyados, pidió un megáfono, con el cual se puso en comunicación con los del barco, empleando el lenguaje francés. Les pedía enviasen una lancha con el capitán. Hubo una breve discusión, pues el capitán se negaba a abandonar su nave, pero la amenaza de un torpedeamiento le obligó a acceder.

—Preparados para pasar al barco, Gratt —dijo el cobarde a su jefe—. El capitán se quedará aquí en tanto, como rehén; no creo

que ocurra nada, si no cometes demasiados desmanes. Recuerda que me prometiste evitar el derramamiento de sangre. Que te acompañen tres o cuatro de tu confianza. Y entérate del petróleo y aceite que llevan, a ver si conseguimos reponer nuestros «ballasts». Ellos tendrán mangueras.

A golpe de remo, una lancha de gran desplazamiento se iba acercando al submarino. Cuatro hombres la tripulaban, y en medio, un individuo sentado, vestido de uniforme. Él fue el primero en saltar a la cubierta del sumergible, llevando una cartera bajo el brazo. Comenzó su sorpresa al ver que ninguno de aquellos hombres llevaba uniforme de marino, cuando él esperaba encontrarse con tripulantes alemanes, puesto que Carter astutamente había hecho colocar desde un principio en la popa la bandera de esta nacionalidad.

Carter le anunció en francés que no le interesaban los permisos de navegación ni su documentación; sino solamente invitarle a tomar una taza de té, mientras sus hombres registraban la motonave. El capitán sabíase cogido en el cepo, no ignoraba que estaba a merced de unos espías o piratas, mas tenía que resignarse. Pasó al interior del sumergible, mientras Gratt, eligiendo como acompañantes a Hunt, Shertey y Cabot, saltaban a la lancha, empuñando las pistolas.

Subieron a la nave francesa por la escala de babor. Gratt no las tenía todas consigo y había repetido sus instrucciones de alerta a los que le acompañaban. Calmóse su miedo al ver el temor de los pasajeros y de los tripulantes: estaban alineados en cubierta con los salvavidas puestos, en silencio, demostrando conocer las normas que se seguían en tales casos. El «boss» no ignoraba que toda aquella gente, dispuesta a echarse al agua a la menor señal de torpedeamiento, llevaban sobre sí lo más valioso: joyas y dinero. La tarea de despojarles sería facilísima; mucho más de lo que él pensaba. En inglés, por ignorar la lengua francesa, preguntó en voz alta y enérgica, sin dejar de empuñar la pistola:

—¿Quién de la tripulación sabe inglés?

Un marino, con galones en la bocamanga de su uniforme, se adelantó hasta él con pasos de militar, diciendo a la vez, en un inglés demasiado académico:

—Soy intérprete, señor.

—Muy bien, muy bien, «my boy». ¿Está todo el mundo aquí?

—Sí, señor.

—Adviértales que a la menor muestra de rebeldía, dispararemos, y, además, torpedearemos el barco. Si se portan bien es muy posible que puedan escapar. Tenemos a su capitán en rehenes.

Con voz algo temblorosa, el intérprete comunicó en francés y en tono elevado la amenaza. Cabot, símbolo del cinismo, contemplaba burlonamente la galería de caras asustadas, deteniéndose con placer en los bellos rostros femeninos que le miraban implorándole la vida. Sentíase conquistador: habían pasado muchos días de aburrimiento en el submarino.

—Hunt, entra en los camarotes de lujo y en los de primera clase. Regístralo todo; no hace falta que te acompañe nadie. No tardes más de media hora. Dispara si necesitas ayuda urgente —mandó Gratt a su hombre de mayor confianza, y dirigiéndose después a Shertey y a Cabot—: Vosotros dos, comenzad a registrar a esta gente por si llevasen alguna «documentación sospechosa».

Con manifiesto placer, arrastrados por sus instintos de rapiña, los dos bandidos iniciaron el saqueo, cacheando especialmente a las mujeres y hombres bien vestidos, haciendo caso omiso de los tripulantes. Hubo un leve murmullo de indignación por parte de las víctimas al darse cuenta de que iban a ser robadas; sonó como un aullido la tonante voz del «boss» en inglés:

—Intérprete, diga que se callen, o no va a quedar uno vivo.

Cabot, siempre con su sonrisita conejuna, iba despojando a todos de cuánto llevaban de valor: carteras, relojes de oro, sortijas, pulseras, collares; y no reparaba en cachear repugnantemente a las mujeres que se resignaban con ojos aterrorizados, sin aliento siquiera para respirar. Los largos y finos dedos de Cabot —reptiles viscosos— iban depositando en los bolsillos de Shertey y en los propios las piezas del botín; acariciaron la fina oreja de una bella mujer que se resistía a entregarle los pendientes, diciéndole en inglés aun cuando ella no le comprendiese:

—No seas terca, palomita, o tendré que cortarte las orejas.

Sus palabras no serían comprendidas, pero su gesto sí y la mujer, temblándole las manos, se quitó las alhajas, entregándoselas con un suspiro.

Gratt vigilaba la larga fila de pasajeros, encañonándoles,

cubriendo la criminal actividad de sus hombres; nadie se atrevía a moverse ni a ocultar sus joyas bajo la amenaza siniestra del oscuro orificio del arma y la no menos acerada vista del «boss».

Distrájose un momento al ver que Hunt aparecía, acercándosele y manifestando:

—En el salón restaurante hay una mujer; no quiere moverse. ¿La mato o la dejo? Lleva buenas joyas encima.

—¿Le has dicho que se juega la vida?

—Y hasta le he metido la pistola por los ojos, y sigue tomando su «cocktail» como si tal cosa. ¡Es un bicho raro de mujer! ¡Más guapa que la Turner!

Gratt mostró extrañeza, terminando por decir:

—¡Quédate aquí, y vigila! ¡Voy a verla! ¿Será posible?...

Gratt penetró en el gran «*hall*», recargado de un lujo asiático por sus bronce, mármoles, dorados, espejos y tapices, y después entraba en otra gran estancia, no menos suntuosa, en la que brillaban las botellas en distintas anaqueladas del bar. Al principio parecía estar desierto el amplio salón, ocupado solamente por mesitas de tallada madera y grandes butacones tapizados en rojo granate. Y en uno de estos Gratt vio a una mujer sentada, a la izquierda, en un rincón, saboreando tranquilamente el ambarino licor de un alto y estrecho vaso con trozos de hielo.

Ni siquiera se molestó en volver la cabeza al oír los pasos de una persona, y Gratt pudo contemplarla a placer mientras se aproximaba. Lucía una esplendorosa cabellera rubia, suavemente ondulada, cayéndole en cascada sobre los hombros, apenas cubiertos por una blanca blusa calada. Sostenía en la mano izquierda un cigarrillo: su brazo era largo, bien moldeado, de piel alabastrina. Fulgían algunas gemas en sus dedos, de uñas pintadas.

Rodeando un tresillo, el «boss» llegó hasta ella, pudiendo verle la cara: facciones correctas, excepto las aletas de su nariz, demasiado abiertas, confiriéndole un aire, especial, una expresión de mujer de los trópicos. La boca grande, de labios jugosos. Recostada en el respaldo del sillón, apenas se dignó en levantar los párpados para mirar a Gratt; este pudo ver a medias unos ojos azules, ojos grandes, rasgados, con un velo de pereza cálida en ellos.

—Señorita, ha de acompañarme a cubierta —inició el «boss» en

inglés, subyugado instantáneamente por la singular belleza de la mujer—. Se me ha dicho que usted se resiste a obedecer. Sentiría mucho tener que matarla; estoy acostumbrado a tratar con mujeres, y ninguna se me ha resistido.

—¡Ah! ¿No? ¡Qué interesante! —exclamó ella con una voz aterciopelada, de tono irónico, llevándose tranquilamente el vaso a los labios.

No llegó a beber, pues Gratt, encolerizado, sintiendo la indignación brutal del hombre de las cavernas, dio un manotazo al vaso, arrojándolo lejos, y manchando con su contenido la deliciosa faz de la joven. Ésta quedó inmóvil, durante unos momentos, algo más pálida, con la rigidez de un cadáver, terminando por rogar en un tono calmoso, lento y sereno:

—¿Tiene la bondad de darme su pañuelo? ¡Me ha manchado!

Todo se lo esperaba Gratt menos aquella reacción, tan incomprensible en una mujer y, como ofuscado, se inclinó, ofreciéndole su pañuelo de bolsillo, por cierto no muy limpio. Y al inclinarse recibió una bofetada que le hizo vacilar sobre sus pies. No pudiendo creer lo que había pasado, embotado su cerebro para pensar y decidir, quedó alelado, contemplando a la mujer que se había atrevido a pegar al famoso «boss», ¡a él!, y que ahora se llevaba el cigarrillo a los labios parsimoniosamente, dirigiendo la mirada a la lejanía, a través de la abierta ventana.

La reacción de Gratt no se hizo esperar: tenía los ojos desorbitados, las venas hinchadas y el rostro congestionado de ira. Guardóse la pistola en el bolsillo y dio un paso adelante, alargando sus grandes manos para destrozar a la mujer que le había golpeado.

—¡Quieto, idiota! —dijo la mujer en inglés, apuntándole con una pequeña automática que había tenido oculta a su espalda, en el asiento del sillón.

Gratt se contuvo; en otro momento de igual situación, pero menos excitado, él habría sabido desarmarla, mas algo extraño le tenía sobrecogido, y ese poder extraño sólo podía ser la belleza y la serenidad imperturbable de la singular pasajera, que le estaba mirando con un gesto duro, frío, impregnado de desprecio.

—¡Voy a matarla! —masculló él rabiosamente.

—¡Hágalo y déjeme en paz! —fue la sorprendente respuesta de ella—. Pero como se acerque a tocarme, antes le mataré yo.

—¡Suelte esa pistola!

—¡No diga tonterías y respóndame! ¿De qué nacionalidad es ese submarino? ¿A qué nación defiende usted?

La confusión del «boss» llegó al límite; aquella mujer tenía el poder de desconcertarle; más que nunca echó de menos la inteligencia de Carter. Bastante aturrullado repuso:

—A ninguna; no defendemos a nadie; luchamos por nuestra cuenta.

Ahora quien mostró extrañeza y perplejidad fue ella. Con una vida desconocida en su grave voz, preguntó:

—¿No pertenece a ningún bando?

—No. ¡Queremos sus joyas y su dinero! Lo demás no nos importa.

Como loca, ella se echó a reír a carcajadas, enseñando la línea perfecta de sus blancos dientes; había dejado descuidadamente la automática sobre la mesa. Gratt la empuñó.

—¡Vamos! ¡Véngase conmigo, a cubierta!

Sin dejar de reír, entrecortadamente, con visos de histerismo, ella manifestó, a la vez que se levantaba:

—¡No, a cubierta, no; me voy con usted a ese submarino! ¡Le pagaré el alojamiento en la moneda que usted quiera, querido amigo!

La perplejidad pasó nuevamente a apoderarse de Gratt: creía estar soñando o jugando a los despropósitos.

—Pero...

—¡Vamos, no se quede ahí con esa cara de pasmo! ¡Acompáñeme a mi camarote; es ahí mismo, en la serie de lujo! He de recoger algunas cosas.

Temblándole las piernas, Gratt la siguió, sin haber conseguido aún normalizar su pensamiento. Era un conquistador de mujeres, las conocía a fondo y, sin embargo a ésta no podía catalogarla para tratarla en consecuencia.

La serie de lujo habitada por la mujer era realmente de un fasto maravilloso. Se componía de alcoba de un saloncito y de cuarto de tocador, con muebles finísimos, de depurado estilo. Cuando la rubia joven —pues no tendría más de treinta años—, se inclinaba, preparando una regular maleta, la mata de su cabello le cubrió el rostro como cortina áurea. Gratt la agarró por los hombros,

deslumbrado, palpitando de pasión, y dijo roncamente, atrayéndola hacia sí con sus fuertes brazos:

—¿Quién es usted? ¿Quién es?

—No es tiempo ahora de hablar —manifestó ella, no resistiéndose, manteniéndole la mirada osadamente.

Y cuando la hambrienta boca de Gratt descendía a besar los rojos labios ella rehusó el beso, girando la cabeza y diciendo:

—¡No sea impulsivo!

—¡Es usted una mujer maravillosa! —musitó el «boss», embriagado por el hechizo de la joven.

—¡Ya lo sabía! ¡Déjeme! ¡No sea chiquillo!

Entre ofendido y galante, él la dejó terminar su equipaje.

Momentos después salían a cubierta. Gratt —pobre esclavo de su temperamento— llevaba la maleta de la dama desconocida.

Sherthey y Cabot estaban finalizando el saqueo de los viajeros, que seguían en fila, amedrentados, fijos en el flotante submarino que se mecía suavemente en el mar, a poca distancia: esta nave era, con sus tubos lanzatorpedos, la que les obligaba a soportar el robo por unos cuantos hombres nada más, que, aun armados, no habrían podido resistir el acoso de toda una tripulación.

—¡Ve a la cabina del

T. S. F.

y no dejes un aparato sano! ¡Seguramente estará pidiendo auxilio! ¡Date prisa! —ordenó el «boss» a Hunt.

El intérprete se atrevió a manifestar:

—No, ya se lanzaron los S. O. S, al principio; ahora no queda nadie allí.

—Ve, Hunt, y destrózalo todo —insistió Gratt; y a continuación preguntó al intérprete—: ¿Llevan reservas de petróleo y aceite? Necesitamos reponer los depósitos de nuestro submarino. ¿Hay mangueras?

Y como sus interrogaciones más bien eran afirmaciones secas y cortantes, el aludido repuso con exagerados movimientos de cabeza:

—Sí, señor; justamente...

—Bien. Dígame al segundo que necesitamos llenar nuestros tanques; que tenga todo preparado para no perder tiempo.

Cabot y Sherthey se acercaban, y el primero, satisfecho del botín conseguido en una operación tan fácil que parecía de juego, lanzó

un silbido de admiración al ver a la misteriosa dama que acompañaba a Gratt.

—¡Buen ejemplar, jefe!

—¡Cállate y no digas tonterías! ¿Habéis terminado?

—Y de qué forma, «boss» —aseguró Sherthey, palpándose con sus grandes manazas los bien repletos bolsillos.

—Entonces, bajad esta maleta a la lancha y vamos al submarino. Tenéis que volver enseguida a vigilar la operación de tomar petróleo. Cabot, acércate a llamar a Hunt. Está allí, en la cabina del radiotelegrafista.

Unos minutos más tarde, los cuatro «gangsters» y la bella mujer navegaban en la pequeña embarcación tripulada por unos marineros del transatlántico francés. La rubia joven iba sentada en el centro, mirando con fijeza al frente, inescrutable su faz; Gratt la contemplaba satisfecho, besándola mentalmente, mientras Cabot le dirigía extrañas miradas a hurtadillas.

Los serviolas colocados en el puente del sumergible, en su misión de vigilar el horizonte por si se aproximasen otros navíos tuvieron que avisar al interior del acercamiento de la lancha, pues Carter apareció en la pasarela, seguido del capitán de la motonave.

Caballerosamente Gratt ayudó a la mujer a poner pie en el submarino; ella lanzó un suspiro, aspirando después con deleite la marina brisa que también acariciaba su suelta cabellera. Carter se acercó a ellos, preguntando:

—¿Cómo ha ido eso?

—Muy bien —repuso Gratt, orgulloso—. Asunto terminado felizmente. Llevan petróleo. Ya di órdenes de que se preparasen. Cuando quieras podemos acercarnos —y dirigiéndose a la joven, dijo—: Señorita, le presento al comandante de nuestra nave; es uno de mis hombres. Ha tomado usted posesión de este submarino. Él la acondicionará confortablemente.

—¿Qué significa esto, Gratt? —preguntó Carter, sorprendido.

—Esta señorita va a acompañarnos hasta llegar a puerto. Prepárale el mejor camarote; el mío podrá convenirle.

—Pero...

El capitán de la motonave francesa no dejó seguir hablando a Carter, interviniendo en la conversación con un inglés chapurreado:

—No poder ser eso. «*Mademoiselle*» venir vigilada como espía

alemana; ella está esperada por tribunales franceses. A ustedes ser igual, y yo tener gran responsabilidad.

La aludida cambió su hermética expresión por otra totalmente distinta; en sus ojos, dirigidos a Gratt, lucía un mundo de promesas. Él se dejó seducir, halagado en su vanidad, y afirmó calurosamente, agarrando por las solapas del uniforme al capitán:

—Esta señorita se vendrá conmigo, ¡conmigo! ¿Lo ha entendido bien, maldito franchute? ¡Aquí mando yo!

—Vamos, Gratt, no discutamos ahora. Estamos en una ruta muy frecuentada y nos exponemos a que vengan más barcos.

—Es un deseo mío y nadie se opondrá. ¡Esta mujer es mía! Hunt, acompaña a mi camarote —mandó Gratt, y señalando a sus otros dos secuaces de confianza—: Encerrad en el cajón de mi mesa todas las joyas y echadle la llave; aquí la tenéis. Tú, Carter, maniobra para acercarnos al barco, y dile a este mequetrefe que se calle, porque le voy a meter un cargador en el cuerpo como rechiste siquiera.

Con la majestuosidad de una reina, la bella pasajera descendió por la escotilla al interior del sumergible.

Un cuarto de hora más tarde, mientras los tripulantes de ambas naves se ocupaban en la faena de rellenar de petróleo y aceite los correspondientes «ballasts» del submarino, en el camarote de Gratt se celebraba una interesante sesión entre él, la mujer y Carter; afuera, en la camareta, el capitán francés era vigilado como rehén.

Sentada, procurando mostrar descuidadamente la esbelta línea de sus pantorrillas, la joven comenzaba a narrar parte de su vida:

—He hecho algunos buenos servicios a Alemania, y hace poco tiempo, en Hong Kong recibí orden de regresar a Londres, al cuartel general de De Gaulle, con falsa documentación. Se me recomendó que tomase este barco. Estábamos ya en alta mar cuando me di cuenta de que había caído en una trampa. El agente que me transmitió estas órdenes en Hong Kong estaba vendido a la Resistencia francesa. Me enteré al saberme vigilada y el mismo capitán me lo confirmó a fuerza de argucias; él tenía que entregarme a partidarios de De Gaulle apenas llegásemos a puerto aliado, para que se me llevase detenida a Londres. En cuanto salía de mis habitaciones, un hombre era mi sombra y estaba prisionera, mi fin era morir fusilada. Por eso, al detener ustedes el barco me

daba igual que lo torpedearan o no, todo antes que ponerme delante de unos fusiles.

Carter la interrumpió sagazmente:

—Pero usted vería que nosotros enarbolábamos una bandera alemana, una bandera de los suyos. ¿Por qué no salió a recibirnos, puesto que nosotros suponíamos su liberación?

Por primera vez ella dirigió una mirada escudriñadora al cobarde, al que hasta entonces había considerado como un humilde peón de Gratt. Repuso enseguida, aunque perdiendo su anterior serenidad de tono:

—Es que... es que también con los alemanes tengo unas cuentas pendientes.

—¡Ah, vamos! ¡Ha jugado usted con dos barajas!

—Y a nosotros, ¿qué nos importa eso, Carter? —inquirió irritadamente el «boss»—. Prosiga, señorita...

—Lil, llámeme solamente Lil, con confianza —y su sonrisa al jefe era tan melosa, que éste se arregló el nudo de la corbata cuidadosamente. La joven continuó—: Por eso, cuando ustedes me amenazaron con matarme si no subía a cubierta, me quedé igual. Si tenía que morir, cuanto antes mejor. No sabía entonces que eran ustedes tan... tan amables.

Hubo un corto silencio. Gratt sólo tenía ojos para ella; Carter meditaba y de sus meditaciones surgieron las siguientes palabras:

—¿Quieres acompañarme un momento a mi camarote, Gratt?

Casi a regañadientes le siguió el jefe, no sin antes asaetear a la bella pasajera con una mirada de admiración. Cuando estuvieron ambos hombres a solas el cobarde se encaró con el «boss», comenzando a decir en tono razonable, pretendiendo convencerle:

—Comprendo que quieras salvar a esa muchacha de la muerte, Gratt, pero aquí, entre nosotros, será una carga y, posiblemente, nos traerá conflictos.

—¡No sigas por ese camino! —indicó rudamente el jefe—. Esa mujer nos acompañará; es un capricho mío.

—¡Esa mujer será nuestra perdición! —aseguró Carter elevando un poco el tono de voz, mas sin exagerarlo—. ¿No te das cuenta de lo que puede ocurrir con una mujer a bordo durante muchos días de estar encerrados en este submarino? Es un capricho tuyo, y como jefe puedes permitirte todos los caprichos, siempre que no nos

traigan la ruina. En días anteriores he observado tu aburrimiento, y te doy la razón, pero... así están los demás y tienen que aguantarse.

—¡Basta de «peros»! —exclamó despectivamente Gratt, encaminándose hacia la puerta.

El cobarde le agarró por un brazo, deteniéndole.

—Es archisabido que las mujeres sólo nos traen la perdición; ellas han sido, son y serán, mientras el mundo sea mundo, las causantes del fracaso de las grandes empresas. Siempre existió una mujer en cada desgracia, en cada frustramiento de una empresa heroica. Y ahora, en nuestro caso, cuando tenemos que luchar a vida o muerte, cuando ya tocamos de cerca el éxito de nuestros planes, mezclas a una aventurera sin escrúpulos, a una desesperada que terminará con nosotros, enloqueciéndonos, porque todavía tú no sabes lo que es la vida en un submarino y más en tiempo de guerra. ¿Es que no eres hombre? ¿Es que un hombre como tú va a ser un muñeco en manos de una cualquiera?

—¡Déjate de cuentos Carter! —dijo coléricamente Gratt, comprendiendo los razonamientos de su aliado, mas no queriendo verlos.

—Me opongo a tu decisión, como comandante de este submarino como responsable de la vida de estos que nos acompañan. Tú dijiste que aquí mandaba yo; pues bien, te exijo que eches a esa mujer, que la devuelvas al barco.

Gratt separó su mano derecha del picaporte de la puerta, para coger por el cuello a Carter. Sacudiéndolo como a un pelele, rabioso, le escupió a la cara:

—¿Me exiges? ¿Tú? ¿Y quién eres tú para exigirme nada? ¡Tú eres un cobarde asqueroso que no me llega ni a la suela de los zapatos! ¡Un borracho indecente con la suerte de saber manejar un submarino, nada más! ¡Si intentas siquiera amotinar a la tripulación, o traicionarme, te voy a patear! —Y fuera de sí, el jefe abofeteó repetidas veces a Carter, que no se atrevía a defenderse por ver un brillo asesino en las pupilas de Gratt, y él no podía morir, no podía morir: en Washington su hijo le esperaba.

Rodó por el metálico suelo del camarote a impulsos del empujón bestial que le dio el «boss». Al quedar a solas, el cobarde lloró, lloró de verse hundido en el fango del deshonor, cada vez más sumido, en una caída vertiginosa que le arrastraría a la absoluta

desesperación.

De peldaño en peldaño Carter iba descendiendo a los abismos más impuros, a las profundidades más tenebrosas del Mal; su vida había sido, y continuaba siendo, un largo y doloroso peregrinar.

EL SUBMARINO FANTASMA



ASARON las semanas en la vida de los tripulantes del submarino. En este tiempo, animados por el feliz éxito del saqueo en el primer transatlántico abordado, asaltaron y desvalijaron otros varios, de diferentes nacionalidades, aprovechándose de la amenaza de sus torpedos. El botín iba incrementándose en proporciones fabulosas: los secuaces de Gratt saboreaban por anticipado los fáciles placeres que les proporcionarían las riquezas mal conseguidas.

En el primer transatlántico abordado obtuvieron el petróleo, el

aceite y las provisiones que les eran necesarias; y en él dejaron a aquellos tripulantes del sumergible que se habían negado a cooperar con el cruel «gangster». Y tras este tiempo de navegación, siempre proa a la vasta y misteriosa Asia, nuevamente los «ballasts» comenzaban a quedarse exhaustos.

Carter no se había equivocado. Su pronóstico no fue erróneo; desde que la bella Lil entró en el sumergible, solamente con su presencia había hecho variar los caracteres de los tripulantes, como si en su perfume fuese diluida la ponzoña del mal. Aquellos hombres, de torcidos principios morales, encerrados días y días en una estrecha nave, donde apenas podían moverse, bajo un sol ardiente, odiaban al «boss» por su valiosa presa humana. Desgana en las maniobras, maldiciones masculladas y miradas torvas eran el fruto de la presencia maligna de Lil, quien, con una habilidad de mujer perversa había logrado encadenar a Gratt, reduciéndole a simple monigote vivificado bajo sus caricias.

Ella, la mujer aventurera, poseía la cualidad de la astucia y procuraba captarse la simpatía y admiración de todos los tripulantes, conversando con ellos amigablemente, envenenándolos con el fuego de sus pupilas. Por ellos habíase enterado de la historia de Peter Carter, y, a la vez, de su inteligencia y de su posición respecto al «boss» como «eminencia gris» del mismo. La consecuencia fue una política de seducción a Carter, mediante insinuaciones disimuladísimas; sólo ella conocía los ambiciosos planes que bullían bajo la tersa piel de su frente.

Aquella mañana estaba puesta la radio, como en otras muchas ocasiones, y por su altavoz vertía las noticias de guerra de los distintos cuarteles generales de los combatientes. Habían conectado con Nueva York, cuyo locutor, después de dar las noticias más importantes de guerra, dio el siguiente comunicado:

«Continúan las actividades piratas del submarino robado en nuestra base de San Francisco, beneficiándose de la intensa actividad de nuestras unidades navales en los mares de lucha. Noticias oficiosas afirman que el Alto Mando norteamericano ha decidido destacar una escuadrilla de bombarderos con el fin de destruir el submarino, cuya posición aproximada se conoce por referencias de sus propias

víctimas. Esperemos que muy pronto sus tripulantes reciban el merecido castigo por su traición a la patria».

Con un gesto de cólera, Gratt apagó el aparato. Lil, Hunt y Carter se le quedaron mirando. Vieron miedo en los acerados ojos del «boss». Tenía contraídos los labios de ira, mas en sus pupilas lucía el terror y las manos le temblaban. Con esa característica crueldad sádica de ciertas mujeres, Lil le preguntó, sin disimular su ironía:

—¿Tienes miedo, querido?

—No, no tengo miedo —estalló el «boss»—. Pero esos perros terminarán por cazarnos con sus aviones. Y nos hundirán en el fondo del mar, en este cajón de hierro moriremos como un enterrado en vida.

Lil se echó a reír despectivamente gozándose en la cobardía del hombre que siempre había alardeado de su valor. Carter tuvo que contener a Gratt para que no abofetease a la mujer.

—¡Vamos no seas crío! ¡Es imposible que nos encuentran: el océano es muy grande! Son patrañas de la radio, por decir algo.

Como ella siguiese mofándose con su sonrisa, Gratt lanzó un bufido, salió, encerrándose en su camarote. Hunt miró pensativamente a Carter; este limitóse a encogerse de hombros y, abandonando a los otros, subió a cubierta.

Era una mañana tranquila; el mar parecía aún soñoliento por su pereza, y el sol brillaba fuertemente, tostando la piel del serviola que en el puente permanecía oteando el horizonte con los prismáticos de largo alcance. El submarino avanzaba a media máquina, fácilmente, apenas inclinando su proa a causa de la falta de oleaje.

De mal humor por sus constantes remordimientos desde que había entrado en la mala vida, Carter, agarrado a la barandilla, contemplaba la vasta superficie líquida, sintiendo la atracción del abismo como único descanso. Tenía excitados los nervios por la anterior escena, e inexplicablemente, en su afán de distraerse, preguntó al serviola, que era el mozalbete de cabellera rubia y tez rosada:

—¿Alguna novedad, Tierney?

—Ninguna, señor Carter.

Volviéron a quedar callados hasta que el muchacho saltó del

punto a la cubierta, aproximándose al cobarde:

—Señor Carter, quisiera hablar con usted.

El aludido giró su cabeza para mirarle. Vio que el marinero estaba más pálido que de costumbre y sus labios temblaban ligeramente al proseguir diciendo:

—Desde que estamos juntos he observado que usted es muy diferente a estas personas. Usted es mejor, más humanitario; todos lo dicen. Si no fuese por usted, ya se habrían amotinado. Señor Carter, no sé cómo...

El mozalbete enmudeció, mientras por su faz corrían las lágrimas. Conmoverlo, el cobarde le puso la mano en el hombro, y le habló cariñosamente:

—Dime: ¿qué te ocurre? ¿Tienes alguna preocupación?

—Señor Carter, en varias ocasiones le he visto mirar el retrato de un niño. Me han dicho que es su hijo, y me imagino que usted lo querrá mucho. Yo quisiera que usted me considerase como un hijo suyo; ¡estoy tan preocupado!

Sin llegar a adivinar lo que podía sucederle a Tierney, Carter le animó a hablar:

—Habla con franqueza; te prometo que nadie se enterará y, si me es posible, te ayudaré.

Entre sollozos, el muchacho confesó:

—Yo no tengo padre, no lo conocí, y desde pequeño vi que mi madre envejecía, agotándose en trabajos fuertes. La oferta de Gratt me tentó de tal forma que decidí hacer dinero, mucho dinero y muy pronto, para que mi madre no tuviese que trabajar más. Me acuerdo de aquella noche y de todas las siguientes; no he podido dormir tranquilo desde entonces. Oigo la voz de mi madre, diciéndome que no he hecho bien, que el dinero sólo debe conseguirse con el trabajo, no con el robo ni haciendo daño a nadie. ¡Estoy arrepentido, señor Carter!

El cobarde también estaba emocionado de hallar un alma pura en aquella gente sin honor. Ya había observado anteriormente que Tierney se comportaba con disciplina, muy comedido en sus palabras y actos, pero siempre apartado de los demás en cuanto dejaba su servicio.

—Y ¿qué quieres de mí, muchacho?

—Que me ayude usted a salir de aquí, señor Carter. He oído que

vamos a tocar tierra, a reponernos de víveres. Deme usted ocasión de desembarcar, y retenga a Gratt para que no me busque cuando yo escape, sea donde sea, conseguiré incorporarme al ejército y servir a mi patria. ¡Yo no quiero ser un desertor!

Hubo un corto silencio tras las últimas palabras del mozalbete. Carter le había escuchado religiosamente, como si escuchase la voz de su propia conciencia: la desgarradora llamada de los remordimientos. Con sinceridad, dispuesto a todo con tal de ayudar a Tierney, prometió:

—Cuando lleguemos a tierra, podrás escapar. Te lo aseguro —y dejó de hablar, al ver que por la escotilla de la torreta salía Gratt, En tono quedo, dijo al muchacho—: ¡Vuelve a tu sitio; viene el jefe!

Conservando difícilmente el equilibrio, Gratt se cruzó con el serviola, que procuró mirar en dirección opuesta a fin de que no se le viesan las lágrimas. Carter, disimulando, preguntó al «boss» sonriente:

—¿Qué, se pasó el enfado?

—¡Esa mujer me crispa los nervios! ¡A veces parece que le gusta hacerme daño! —Y como observase que Carter no le recriminaba por haber llevado a Lil al submarino, le animó irritablemente—: ¡Habla! ¡Dime lo que piensas! De sobra sé que no puedes ni verla.

Con absoluta calma en la entonación, el cobarde manifestó:

—No, Gratt, no es momento de hablar contra ella. El daño está hecho; por ahora no hay remedio. Tú eres lo suficientemente hombre para saber lo que conviene.

Como una balsa de aceite quedó la turbulencia del «boss»; la astuta diplomacia de Carter siempre le desarmaba. Más que nunca, Gratt, hombre sin sentimientos, admiró la inteligencia de su cómplice. Cambiando de conversación, preguntó:

—¿Qué planes tienes en cuanto a desembarcar, Carter?

—Hacerlo en cualquier sitio que no esté en poder de los aliados; se darían cuenta enseguida de quiénes éramos. Prefiero desembarcar en la costa china, o en cualquier isla japonesa, donde no nos entiendan. Llevamos banderas de distintas nacionalidades y sacaremos la más conveniente. Deja eso de mi cuenta. Oye, Gratt, ¿no consideras que ya tenemos suficiente dinero? Estados Unidos está sufriendo graves reveses en Asia; los japoneses se han comportado canalllescamente. ¿Por qué no echamos una mano a los

nuestros cuando naveguemos en aguas chinas? Conozco ya a fondo este submarino y al personal lo tengo adiestrado y distribuido. Hay torpedos y munición para el cañón y la ametralladora.

—No sigas por ese camino, Carter. No estoy de acuerdo contigo. A mí no me importa Estados Unidos ni nadie. No quiero meterme en líos que no me atañen. Que se defienda cada cual como pueda. Y a nosotros sólo nos interesa el dinero. ¿Que tenemos ya mucho? ¡Mejor! ¡Y si conseguimos más, mucho mejor! Quítate de la cabeza esas ideas patrióticas. Si nos cogen, verás cómo te colocan ante un piquete de ejecución, por más que alardees de patriotismo.

Fracasado en su noble intento, el cobarde hizo un gesto de resignación. Ambos forajidos bajaron al interior del submarino. El segundo comandante atendía el puesto de mando. Pasaron a la camareta de la tripulación, saliéndoles al encuentro Cabot, con una sonrisa más pérfida que nunca en su angulosa cara.

—«Boss» —anunció—, si quieres ver algo interesante, pásate por el camarote de tu «querida» Lil.

Como un tigre corrió Gratt al compartimiento destinado a la bella mujer, seguido de sus dos compinches. Abrió la puerta y la escena que se ofreció a la vista tuvo el poder de asombrarlos. En medio del camarote, en pie, Sherthey abrazaba a Lil, y ella no se resistía a los besos del hercúleo bandido. No se dieron cuenta de que eran observados, hasta que Gratt, de un salto, a la vez que introducía su mano derecha en el bolsillo del pantalón, llegaba a ellos, y con la izquierda agarraba por el rufo cabello a Sherthey, apartándolo bruscamente.

El coloso, sorprendido del ataque, quedó un momento paralizado el suficiente para ver la cara de su jefe: faz descompuesta, pálida de cólera, con ojos congestionados. Cuando Sherthey quiso aprestarse a la defensa, ya fue tarde: la mano derecha de Gratt había surgido del bolsillo del pantalón, y en su puño cerrado brillaban las prominencias aceradas de la «llave inglesa» que nunca le abandona.

El golpe a la mandíbula del mastodonte fue seco, tajante, y lanzando un alarido de dolor, Sherthey se desplomó, con el hueso partido. De la boca, al querer quejarse, le brotaron espumarajos sanguinolentos. La intensidad de su sufrimiento podía medirse por su insensibilidad a las patadas de Gratt, quien, como loco,

descargaba la violencia de su ira por lo que había visto.

Se hizo necesaria la intervención de Carter, interponiéndose y tratando de sacarlo del camarote. No lo consiguió. Ahora Gratt se acercaba a la mujer, con el puño amenazando la linda cabeza rubia.

—No, Gratt, no; yo no tengo culpa —declaró ella, retrocediendo, hasta quedar arrinconada—. Ha sido él; me cogió a la fuerza. Me resistí y no pude huir. ¡Él tiene la culpa! ¡Mátalo! ¡Tú sabes que sólo te quiero a ti!

El veneno embriagador de la joven surtió su efecto habitual: el «boss» la creyó, y cuando se revolvía para matar al supuesto culpable, Carter le contuvo:

—Déjalo en paz. Bastante le has castigado. No habrá sido de él toda la culpa. Cálmate y estudia fríamente la cuestión. Gratt. Recuerda lo que me decías hace un rato en cubierta. Además, un jefe es un jefe; todo antes que perder la calma.

A duras penas consiguió retenerle, en tanto que Cabot, sin dejar su sonrisa conejuna, arrastraba a Shertey hasta sacarle del camarote. Dentro sólo quedaron Lil y Gratt.

Más tarde, Carter vería salir sonriente al «boss». La perversa mujer conocía a los hombres.

Eran poco más de las tres de la tarde del día siguiente. Sesteando en sus literas la mayor parte de la tripulación del submarino, cuando la voz del serviola en el puente anunció por los tubos acústicos:

—¡Siete columnas de humo a ciento noventa y cinco grados!

Como una exhalación subió Carter la escala, llegando al puente. Con los prismáticos comprobó que el vigía no se había equivocado. Hunt, a su espalda, preguntó:

—¿Van o vienen?

La respuesta fue tajante:

—¡Todos abajo! ¡Cerrad la escotilla!

Obedecidas sus primeras órdenes, Carter, en el quiosco central, zallando el periscopio, mandó a la vez:

—¡Listos para inmersión! ¡Paren los motores! ¡Preparado tanque central!

En cada compartimiento los tripulantes, despiertos por la voz de alarma, estaban prestos a actuar en sus respectivos volantes. Sonaron las respuestas de los timoneles.

El rugido de los motores Diésel cesó al morir el funcionamiento de sus válvulas; escuchándose el golpeteo del agua al estrellarse con los costados de la nave. Alrededor de Carter, intranquilos, Lil, Gratt y sus otros cómplices, callados, comprendiendo que algo grave ocurría.

—¡Inmersión! ¡Todos quietos!

Rasgaron escandalosamente el silencio los silbidos del aire al escapar de los «*water-ballasts*», dejando que el agua les ganase espacio. Pegado a los oculares del periscopio, Carter veía las columnas de humo cada vez más cercanas, y luego, al descender verticalmente el sumergible, sólo recogió con la vista agua verdosa, paulatinamente más impenetrable, hasta no ver nada; mientras a su lado, el segundo comandante decía en voz baja las indicaciones de los manómetros:

—¡Cinco!... ¡Doce!... ¡Dieciséis! ¡Veinte!... ¡Veinticinco!...

Lil, Gratt y los otros estaban asustados; se cogían las manos nerviosamente, mientras tragaban saliva; sus rostros estaban lívidos a la fuerte luz eléctrica. Se imaginaban que alrededor del submarino sólo existía ya la inmensidad desconocida de los abismos oceánicos; veían ya sus cuerpos flotando en la gran masa líquida, entre seres monstruosos, extraños, de leyenda.

El submarino se detuvo suavemente en su descenso, quedándose inmóvil; la labor de los tanques había rendido el máximo y ya no podrían descender más.

Aquel opresor silencio era angustioso para cuantos no estaban acostumbrados a la vida de un submarino. Lil, perdiendo por única vez la serenidad, había necesitado apoyarse en un mamparo para no caer. Le asfixiaba el cerrado ambiente, en realidad todavía puro, por no haber transcurrido tiempo para viciarse. Gratt murmuró algo ininteligible al oído de Carter. La respuesta de éste sí se entendió, aunque su tono era levísimo.

—Es un convoy; vendrá escoltado por acorazados y destructores, si sus aparatos escuchas nos descubren, estamos perdidos. Hay que aguantar todo lo posible.

Fueron transcurriendo los minutos con una lentitud agotadora. Corría el sudor por la viril faz del «boss», quien, de buena gana, se habría fumado un paquete entero de cigarrillos con tal de acallar sus nervios, y ni siquiera podía fumarse uno. Con un auricular

puesto, auricular que se unía por un cable a un extraño aparato, Carter escuchaba. Llego hasta él un pequeño rumor, y luego aquel ruido fue en *crescendo*, hasta sentir como el aullar de una tormenta en la montaña; el convoy pasaba por encima del submarino en aquellos momentos y el rugir de sus motores y hélices se transmitía en el agua.

Después, una hora más tarde de haberse extinguido el poderoso sonar, convencido Carter de que no quedaría ningún barco rezagado, mandó emerger, a motor parado.

Las bombas de inyección de aire soplaron los tanques, expulsando el agua y la nave comenzó a subir con la suavidad de un ascensor, en perfecta estabilidad, sin oscilación alguna.

Las piernas de Lil temblaban. Ella acusaba más que nadie el enrarecimiento de la atmósfera por el ácido carbónico de las respiraciones y el desprendimiento de gases sulfurosos de las baterías eléctricas. Parecía estallarle la cabeza, y de buena gana habría golpeado con sus puños los férreos mamparos, a fin de escapar de aquella prisión hermética.

Siguiendo las indicaciones de los manómetros, a la altura justa, Carter zalló el periscopio, girando con él: nada alrededor. Mandó emerger. Con verdadera ansia salieron a cubierta a respirar el yodado aire marino, como quien logra escapar de un desconocido e interminable subterráneo. La alegría de ver el sol, de vivir, en suma, les hizo mostrarse felices, olvidando muchos de sus disgustos anteriores.

En los días siguientes, Gratt, Lil y Carter pasaban bastante tiempo en cubierta, charlando de temas muy diferentes. La joven prefería hablar poco de su vida pasada, y lo poco que contó, posiblemente algo cambiado, no le favorecía en cuanto a su honradez. Había llevado una vida aventurera, desde muy joven, en distintas profesiones artísticas, visitando los lugares más opuestos de la tierra y alternando con los más encopetados asistentes a los lugares internacionales de diversión. Carter se confirmó en su primera impresión: Lil era una mujer fría, calculadora, capaz de todo con tal de alcanzar la meta de sus ambiciosos y materiales propósitos.

Fue en una de estas ocasiones que paseaban por cubierta, en las primeras horas de la mañana, navegando el submarino en aguas

surcadas por navíos de guerra con rumbo a las Carolinas y a los Establecimientos Franceses, cuando el serviola de turno llamó la atención del comandante sobre dos débiles columnas de humo que se divisaban en el horizonte.

Mediante los prismáticos, y al rato, Carter se convenció de que se trataba de dos petroleros, a juzgar por su estructura, y así se lo comunicó a Gratt, quien aguardaba anhelante, temiendo tener que bajar otra vez a las profundidades del océano.

—¿Qué hacemos?

—Lo mejor sería sumergirnos y cambiar de rumbo. Si son americanos o aliados, no nos verían, y no podrían dar nuestra situación. También pueden ser japoneses; ellos andan por estas aguas. En cuanto distinga sus características podré decírtelo.

Aguardaron un rato más en el puente, hasta que Carter exclamó:

—¡Son japoneses! Cuando estudiaba aprendí su estilo de construcciones navales.

—¿Qué hacemos?

—Echarnos a un lado y pasar de largo; van sin escolta.

—Sin escolta, ¿eh? —Y Gratt quedóse meditabundo unos momentos, diciendo seguidamente con una sonrisa de matón—: ¡No estaría mal darles un buen susto! ¿Qué te parece lanzarles unos torpedos? Tengo ganas de ver cómo funcionan esos «bichos».

La proposición no tardó en ser aceptada por Carter, deseoso de ayudar en algo a su patria; indirectamente, y por un estúpido capricho del «boss» iba a conseguir en parte uno de sus deseos. Despejó la cubierta, y cuando todos estuvieron en el interior del submarino, y cerradas las escotillas y caladas las mangueras de ventilación, ordenó zafarrancho de combate.

Por el periscopio Carter observó con sorpresa que los dos petroleros japoneses se separaban y comenzaban a navegar en zigzag; era evidente que sus vigías habían visto al submarino antes de sumergirse dada la calma de las aguas, y pretendían huir cada uno por su lado. Elijió el de la izquierda, y dando avante a toda velocidad de los motores eléctricos, dirigió el rumbo del sumergible a fin de cortar el del barco elegido.

Zallando y calando el periscopio, a fin de que no fuera divisada la débil estela de este aparato fueron acercándose lo bastante para distinguir el numeral y un nombre escrito a popa con caracteres que

le eran extraños. No se había equivocado: se trataba de un barco japonés.

Cuando justamente el sumergible se hallaba por su misma popa, emergió, y Carter, sus cómplices y la dotación del cañón, salieron a cubierta, preparándose esta pieza artillera con la rapidez de un relámpago.

—¡Disparo de aviso!

Tronó el cañón, y su proyectil, describiendo una rama de parábola, pasó por encima del petrolero, hundiéndose en el agua, delante de su proa.

Mas el aviso no fue atendido, y el barco navegaba a toda marcha, intentando escapar. Cuando se ofrecía de babor en una de sus guiñadas, Carter ordenó a la dotación de la pieza artillera:

—¡Apunten! ¡Fuego!

El proyectil dio en el blanco, algo más arriba de la línea de flotación, a la vez que levantaba una columna de humo. Al segundo impacto, tal vez comprendiendo los japoneses que llevaban todas las de perder, el petrolero se detuvo y se desarrolló una escena indescriptible, fielmente reflejada por lo vívido de su horror. La tripulación de la nave cañoneada empezó a arriar los botes precipitadamente, mientras algunos se tiraban de cabeza al agua, temiendo la explosión de los depósitos de petróleo.

—¡Torpedéalos ahora! —aconsejó Gratt a Carter, con una expresión fiera en su cara.

No repuso el cobarde de palabra, pero la mirada en que envolvió al «boss» fue tan fría, que éste se mordió los labios: habría sido inhumano, infrahumano, matar a aquella gente que no podía defenderse, y que trataban de salvar su vida luchando con el mar. Una de las lanchas que arriaban se volcó en el aire, a causa de la precipitación, arrojando a varios al agua, donde se debatían por conseguir alcanzar alguna de las barcas que ya flotaban. Hasta el submarino llegaban sus gritos de terror, conmoviendo la inmensa soledad oceánica. Veíanse brazos que luego desaparecían, absorbidos por el agua, arrastrados los japoneses a las lúgubres profundidades abisales.

Tomando el tubo acústico, Carter ordenó a la cámara de torpedos de proa:

—¡Listo tubo uno!

—No, Carter, ya que nos has querido disparar antes, me gustaría verlo ahora por el periscopio, hundido el submarino, como si estuviésemos atacando a un acorazado.

El cobarde conocía la importancia de los caprichos del «boss», hombre acostumbrado a satisfacer sus menores deseos, como había demostrado muchísimas veces; y este capricho podía concedérsele. Bajando todos al interior, dio orden de inundar, desde el quiosco central, y el submarino inició la inmersión; mientras, el jefe se hacía zallar el, periscopio para contemplar el espectáculo; a su lado, Lil le apartaba a intervalos de los oculares, a fin de saborear también la emoción del torpedeamiento.

Al sumergirse, el submarino se había inclinado de popa, y Carter esperaba que el timonel correspondiente consiguiese la horizontalidad para ordenar hacer fuego. Unas voces de alarma por la parte de proa le inquietaron y corrió hacia aquella parte, atravesando los distintos compartimientos.

Cuando penetró en la cámara de torpedos de proa una escena horrorosa se ofreció ante sus ojos: a causa de la inclinación tomada por el sumergible, un torpedo había salido en parte de su tubo y resbalaba lentamente hacia atrás, a pesar de que tres hombres hacían desesperados esfuerzos por volverlo a su sitio, sabiendo que si llegaba a caer al suelo destrozaría la nave con su tremenda explosión. Uno de los que contenían el terrible artefacto bélico era Tierney, el joven rubio de la piel rosada, que empujaba y empujaba, a la vez que de su boca salía la sangre a borbotones. El torpedo se apoyaba en su pecho: había recibido un golpe mortal, produciéndole una hemorragia interior. Sus dos compañeros trataban inútilmente de ayudarle, pese a que tenían los músculos en tensión, mientras por sus rostros corría el sudor a regueros, sabiendo inminente la muerte de todos. Si la nave seguía tomando más grados a popa no podrían contener el torpedo y el fin habría llegado.

En lugar de ayudarles, con una serenidad loable, Carter retrocedió a todo correr y, en el quiosco central, derribando de un empujón al timonel, agarró él los timones de profundidad y, maniobrando adecuadamente, aproó el submarino.

—¡Corre a ver si han logrado meter el torpedo en su tubo! ¡A proa! —Mandó con un aullido al atropellado timonel.

Momentos después el mismo tripulante regresó comunicando que el torpedo había vuelto a su sitio, pero que Tierney yacía en el suelo, vomitando sangre.

Angustiado, como si se tratase de la muerte de su propio hijo, Carter corrió a la cámara de proa. El mozalbete descansaba sobre el duro suelo, con una palidez cadavérica en su cara de ojos cerrados. De la boca continuaba brotándole sangre con más abundancia todavía; sus miembros desmadejados, desarticulados. Peter Carter, temblorosas sus manos por el sufrimiento, le desnudó el pecho; una concavidad notoria a simple vista, indicaba que el pobre muchacho tenía el esternón hundido y las costillas rotas; y la sangre indicaba que sus pulmones estaban destrozados.

Arrodillado, Carter le tomó en brazos por los hombros, estrechándole contra su pecho con el cariño de un padre.

—¡Tierney! ¡Tierney, hijo mío! ¡Despierta!

Su voz afligida, desgarradora, tuvo la virtud de reanimar al malherido muchacho, pues abriendo los ojos, con una mirada vacilante que terminó por fijarse en el demudado rostro del cobarde, dijo:

—¡Carter! ¡Me muero!... ¡Ya no podré huir!...

—Te salvarás, muchacho. Te curarás pronto.

Parecía que una sonrisa infinitamente triste flotaba en los exangües labios de Tierney al decir, ya con voz desfallecida:

—¡Ya he terminado de... sufrir! ¡Pronto!... Carter, mi madre... En Wyoming... Dígle que... he muerto en... en el frente. Que no sepa nunca... ¡nunca!... que fui un de... desertor. ¡Dios mío!... ¡Madre!... ¡Madre!...

Y esta sagrada palabra quedó flotando en sus labios crispados ya por la presencia de la muerte.

Con el cadáver del muchacho en brazos, afluyendo a sus ojos las lágrimas, Carter anduvo hasta la camareta de la tripulación, depositándolo sobre la gran mesa. Alrededor todos los tripulantes. El jefe de máquinas, antiguo compañero de Tierney en la Armada, estaba a punto de llorar, a pesar de su edad y de su hombría. Carter levantó la vista del cadáver y clavó sus ojos en Gratt, que estaba al otro lado de la mesa. Le miraba rabiosamente, con odio. El «boss» se dio cuenta y preguntó extrañado:

—¿Por qué me miras así, como si yo fuese el culpable?

—¡Y lo eres! Tu capricho, estúpido capricho ha matado a este pobre muchacho que valía más que todos nosotros juntos. Era lo único bueno que vivía en el submarino, y tú lo has matado.

—¡No digas tonterías, Carter! ¡Cómo iba yo a imaginar todo esto! ¡No sabes lo que dices! ¡Tenía que ocurrir y ha ocurrido! La culpa habrá sido de él y de sus compañeros, pero no mía; yo estaba a tu lado.

El cobarde pareció recobrar parte de su serenidad, pues preguntó en tono casi normal a los que acompañaban a Tierney en la cámara de torpedos de proa:

—¿Qué pasó? ¿Cómo pudo salirse del tubo?

—No sé, comandante, no sé —repuso uno de ellos, todavía tembloroso—. Yo estaba ocupado en otra cosa y de pronto sentí que él gritaba, pidiendo ayuda. Entonces me di cuenta de que la cuña impedía que el cierre obturase el tubo. ¡Hicimos lo posible por ayudarlo! ¡Usted mismo lo vio!

Hubo un largo silencio en el compartimiento. Hasta el mismo Gratt parecía conmovido; solamente Lil permanecía con gesto de aburrimiento, como si la muerte de Tierney no tuviese importancia. No obstante, callaba.

Dominando sus nervios, Carter manifestó:

—Seguramente el otro petrolero estará radiando a su base nuestro ataque, y si estamos aquí más tiempo nos exponemos a un ataque de aviones bombarderos. Hay que hundir ese buque-tanque y marcharnos cuanto antes. ¡Cada uno a su puesto!

Desde el quiosco central, el cobarde ordenó:

—¡Tubo dos! ¡Atención! ¡Fuego!

Al salir el torpedo, lanzado por el aire comprimido, el submarino vibró perceptiblemente. Mediante el periscopio, Gratt observaba la estela blanca del proyectil, y después vio una llamarada monumental, a la vez que se escuchaba un golpe sordo. Herido el buque-tanque en el centro, se partió en dos partes, que mostraron por último la popa y las hélices a la luz del petróleo incendiado, flotante en las aguas.

A lo lejos divisábanse unos puntitos: los botes tripulados por los japoneses que huían en busca de tierra.

Un largo rato permaneció Carter inclinado sobre la carta de navegar eligiendo un punto para el desembarco, necesario además

para hacer algunas reparaciones en una de las máquinas rotativas soplantes de los «*water-ballasts*», en el husillo del timón vertical y en el presaestopas del periscopio de noche.

Aquella misma tarde, en sencilla ceremonia fúnebre, el cadáver de Tierney fue sepultado en el mar, envuelto en una sábana. Carter se preocupó de rezar unas oraciones. Cuando las aguas recibieron amorosamente el cuerpo, un sollozo estranguló la garganta del cobarde: recordaba dolorosamente a su pequeño Bob.

También se preocupó él de ajustar la fracturada mandíbula de Sherthey, recordando las enseñanzas médicas aprendidas en la Academia de Quántico[3]. El vigoroso «gangster» se retorció de sufrimiento, y, al no poder hablar, dejaba escapar un lamento de animal herido.

Las tribulaciones de Peter Carter continuaron en aumento y agravándose. Fue en fechas posteriores, en un día gris, cuando algo vislumbreado y sospechado se hizo evidente.

Harto de hallarse entre los mamparos del sumergible, navegando en emersión, Carter subió al puente, cubriéndose con el impermeable encerado. Era un día de tormenta, de esos pocos días que se dan en estas latitudes pero, posiblemente por raros, terribles en su violencia.

El cielo no se veía, oculto por un toldo denso de nubes plumizas y negras, causantes de aquella luz difusa y gris también, luz triste, cenicienta, como si estuviese anocheciendo. Galopaban espesos nubarrones multiformes, mezclándose unos a otros, desgarrándose cual guerreros en lucha cuerpo a cuerpo, con la furia del vendaval como motor. Las nubes más bajas descargaban su agua en distintas zonas, formando cortinas impenetrables a la vista, limitando la línea del horizonte. Imponía el aspecto del mar: monstruo desencadenado, fiera rugiente de voraz apetito.

Carter experimentaba una reconfortante sensación en aquel mundo convulsionado; amaba aquella tormenta porque tenía la virtud de calmar parcialmente la tormenta de pasiones que corroía su espíritu. Queriendo estar a solas, para estar más cerca de sí mismo, de su alma, mandó al serviola de turno que bajase al interior a reponerse, mientras él vigilaba.

Le complacía ver los esfuerzos del submarino luchando contra las altas olas coronadas de penachos blancos, que se acercaban

amenazadoras y veloces para romperse con la fuerza de titanes por encima de él, y morir después en murmuradoras cascadas espumosas por los costados de la nave, en tanto que ríos burbujeantes se enroscaban sobre la cubierta.

El cobarde se cogía a la barandilla fuertemente, temeroso de que un golpe de mar le arrastrase fuera de la nave.

El sumergible semejava un tiburón de acero encaramándose jadeante sobre las movedizas dunas acuosas, para luego hundirse en abismos de aterradoras fauces; cabeceaba, trepidaba cuando sus hélices giraban loca e inútilmente fuera del agua, segando el aire en infinitos tajos.

Ensimismado en sus pensamientos, Carter se sobresaltó al notar la presencia de una persona a su lado. Era Lil, cubierta con un impermeable encerado que le estaba graciosamente grande y una capucha que enmarcaba en óvalo su deliciosa faz. El gesto de fastidio no debió de notarlo ella, pues se le aproximó, gritándole al oído:

—¡Es maravilloso!

Carter asintió con un movimiento de cabeza, mientras le indicaba con un ademán que se cogiese por el cinturón a la barandilla. La joven, sonriente, se negó a ello, irguiéndose con la misma elegancia que si se hallase en el trampolín de una piscina.

A la canción horrísona del mar uníase el resoplido jadeante de los motores Diésl: como música de fondo, el aullar del huracán.

Carter notó que algo oprimía su mano sobre la barandilla; era la izquierda de Lil, quien le miraba a los ojos, incitante, seductora, como símbolo del Pecado. Un latigazo de repulsión obligó al cobarde a retirar la mano; de buena gana hubiera descendido al interior, huyendo, mas... no quería mostrar a la mujer el miedo que le tenía. Aguantó en la torreta, la cabeza al frente, desafiando a los elementos y a las voces turbias de sus pasiones.

El océano aumentaba su encrespamiento, alcanzando las olas una altura amedrentadora. Súbitamente, un muro de agua verdosa y atronadora cubrió el sumergible por completo. Carter se asió fuertemente a la barandilla, en medio de la fugaz oscuridad total, resistiendo a la vez un golpe de muerte.

Luego se hizo la luz y pudo observar que Lil había desaparecido de su lado. Dirigió la mirada alrededor y la vio colgando sobre el

mar, agarrándose a la borda; su desobediencia la había puesto en peligro. De tres saltos Carter llegó hasta ella, izándola con dificultad. Y con la bella mujer en brazos regresaba a la torreta.

Lil, que se había repuesto con suma facilidad del susto —tal vez debido a su enfoque desesperado de la vida—, acercó su rostro. Carter sentía la valiosa carga en su cuerpo, y un estremecimiento inconfesable le recorrió la piel. Cuando ella le besó en los labios, con un beso de «fuego húmedo», él quedó pasivo, aturdido.

Con un esfuerzo sobrehumano la dejó en pie, y aprovechando una corta encalmada entre dos olas, la obligó a bajar con él al interior del sumergible. Un torrente de agua les empujó por la escala hasta el quiosco central; más tarde los tripulantes se encargarían de expulsarla con las bombas de achique.

Tembloroso aún, Carter, en su puesto de mando, ordenó parasen los motores Diésel y embragasen los eléctricos, a fin de sumergirse y burlar la violencia de las olas en la calma de las profundidades.

Pero él no encontraría la calma; sus noches eran de pesadillas.

VI

EN EL IMPERIO DEL SOL NACIENTE



UCHAS horas pasó Carter en los días sucesivos inclinado sobre la carta de navegar, tratando de marcar una derrota definitiva que le llevase a un puerto seguro, donde pudieran repostarse de esencia y víveres. Navegaban por mares orientales, y en estas aguas no podían repetir el ataque a buques-tanques para robarles petróleo, porque constantemente aparecían convoyes y destructores de diferentes nacionalidades, a mas de cruzar el cielo muy a menudo los metálicos halcones portadores de bombas, que les obligaban a sumergirse en cuanto los serviolas daban el aviso.

Tuvo que hacer un esfuerzo por recordar sus estudios como marino, para tomar una decisión desesperada; atracarían en la isla Matsushima, designada así en lenguaje japonés por los bosques de pinos que en ella crecen. Esta isla se halla situada en la parte noreste del Japón. Era meterse materialmente en la boca del lobo, pero peor sería arribar a un puerto en poder de los norteamericanos o de los ingleses, quienes enseguida les detendrían.

Sus propósitos costaron largas horas de discusión con Gratt, Lil y Hunt. Los tres deseaban pisar tierra firme, hartos de la cárcel flotante, mas temían cambiar una tumba de agua por otra de tierra. Al fin se decidieron a seguir los consejos del cobarde, y éste mandó preparar unos cuantos uniformes de marineros alemanes, encontrados en un arcón del pañol, pertenecientes con toda seguridad a la primitiva tripulación del submarino. Después dio a todos las instrucciones pertinentes, a fin de engañar a los japoneses.

Sumergida la nave, puso proa a la isla, emergiendo cuando entraban en su espaciosa y maravillosa bahía. Era una cálida y apacible mañana. Sobre la cubierta del submarino, que avanzaba a media máquina, la tripulación libre formaba en una fila, vestidos todos con uniforme alemán. Carter llevaba en la gorra las insignias de comandante.

El paisaje, de la isla era realmente encantador: arcos de rocas volcánicas destacándose en el verdor de la empinada ladera, altos pinos en las cumbres, sombreando los delicados mantos rosa pálido de los cerezos en flor, vivificados los tapices florales por el brillo de los arroyos cayendo en cascadas. Era un paisaje de ensueño, la isla paradisíaca que todo poeta ha soñado.

Al avance majestuoso del submarino, en dirección al poblado que se divisaba más adelante, los veloces y estrechos juncos usados por los pescadores huían a refugiarse en el seno de la bahía, tal vez temerosos del navío que ostentaba una bandera desconocida en la popa. Carter había mandado enarbolar la bandera alemana con la cruz gamada. En la playa hubo un revuelo indescriptible: infinidad de chiquillos de ambos sexos, completamente desnudos, abandonaron su juego de saltar como delfines entre la espuma de las olas, y corrieron por la arenosa playa a refugiarse en sus casas.

Una lancha motora salió al encuentro del sumergible. Gratt, apenas la vio, llevóse la mano a la sobaquera:

—¡Calma, déjame actuar! ¡Todo saldrá bien! —le recomendó en tono bajo el cobarde.

Cada vez más próxima la motora, distinguióse a sus tripulantes: iban cinco, con uniforme japonés y la bandera de la misma nacionalidad izada.

—¡Saluden! —Mandó Carter.

Con perfecta disciplina, los tripulantes del submarino repitieron un ejercicio que habían ensayado numerosas veces el día anterior; en posición de firmes, rígidos, levantaron los brazos en alto, a estilo del saludo germano. Los de la lancha, tal vez sorprendidos, se llevaron maquinalmente la mano a la visera de la gorra, correspondiendo al saludo, justamente cuando el sumergible pasaba ante ellos, aproximándose al pequeño muelle, donde algunos barcos de pesca permanecían atracados.

Con el rabillo del ojo, Carter veía cómo la motora les seguía a todo gas, y cómo la ametralladora que se erguía en su proa continuaba inactiva. La primera impresión estaba causada, y los resultados no eran muy decepcionantes.

En el interior del navío, el jefe de máquinas y el timonel hicieron las maniobras necesarias para el ataque. El sumergible quedó a corta distancia del muelle. La motora les alcanzó y Carter hizo señas a sus tripulantes de que subiesen.

Ya en cubierta, las herméticas caras japonesas, con sus negras pupilas y ojos oblicuos, quedaron visibles. El más adelantado, un tipo bajo y delgaducho, debía de ostentar un cargo en el ejército nipón, a juzgar por sus insignias.

Saliéndole al encuentro, Carter saludó en alemán:

—«Das grosse Deutschland grüsst Sie!».

El japonés permaneció mudo, como no comprendiendo lo que se le decía. Carter repitió el saludo, obteniendo igual resultado negativo. Disimulando su gozo por el primer triunfo obtenido, preguntó a fin de cerciorarse definitivamente:

—«Sprechen Sie Deutsch?».

El japonés se encogió de hombros, y luego dijo algo en una jerga incomprensible, sin dejar de escudriñar a la tripulación visitante.

—«Do you speak English, *sir*?» —interrogó Carter.

Los japoneses se miraron unos a otros, dubitativos. Aquel caso no se les había presentado nunca; era evidente por sus muestras de

vacilación. Carter se decidió a hablar en francés, satisfecho de no tener que emplear el alemán, del cual tenía escasos conocimientos lingüísticos.

—«Parlez vous français, *monsieur*?».

No fue el jefe quien repuso, sino uno de los que le acompañaban; un individuo de cara regordeta con gafas de concha.

—«Oui, *monsieur*».

Lentamente, en idioma francés, Carter le contó que pertenecían a la Armada de la Gran Alemania, la aliada del heroico pueblo japonés, que recorrían aquellos mares en viaje de saludo fraternal, con rumbo a Tokio, a fin de entregar un mensaje del Führer. La falta de combustible y provisiones les había obligado a acercarse a Matsushima, donde esperaban hallar ayuda para zarpar nuevamente.

El improvisado intérprete iba traduciendo las palabras de Carter al jefe japonés, que escuchaba atentamente, sin hacer el menor gesto de asentimiento o disconformidad. Solamente de verle tan impasible, Gratt sentía tentaciones de echarle manos al cuello y obligarle a decir algo con los ojos o la cara, pues lo mismo podía ser que se creyese el cuento o que sospechase algo extraño.

Cuando Carter terminó de hablar y el intérprete de traducir, el jefe japonés se adelantó, ofreciendo su diestra a Carter, que la estrechó calurosamente, a pesar de que le pareció apretar un sapo de piel viscosa. El intérprete manifestó que eran bien recibidos al Imperio del Sol Naciente, extendiéndose a continuación sobre los frutos de la alianza de los dos grandes pueblos, futuros dominadores del Mundo, empleando metáforas muy del gusto de los lenguajes orientales. Insistió en invitarles a desembarcar, por invitación de su jefe, que se trataba de un simple teniente en funciones de comandante de puesto.

Dándole las gracias, y deseando calar más en las impenetrables mentes de los amarillos, el cobarde les invitó a su vez a descender al submarino para enseñárselo y hacerles tomar unas copas de «*whisky*». Los japoneses se extasiaban ante la perfección mecánica del submarino, y no perdían detalle de la maquinaria. Cuando se hallaban sentados alrededor de la gran mesa de la cámara de la tripulación, apareció intempestivamente Lil, con un vestido de líneas audaces, que la hacía más provocativa que nunca.

Carter pasó un verdadero apuro para explicar la presencia de una mujer en un navío de guerra. Narró la segunda historia: se trataba de una mujer alemana recogida en un naufragio. Los japoneses, raza que considera a la mujer como un ser inferior al hombre, parecieron no advertir la magnética belleza de la rubia joven. Continuaron hablando de la guerra, de sus avances en territorio birmano, y del pueblo alemán, al que aseguraban tener grandes simpatías por luchar valerosamente contra el viejo y caduco leopardo inglés.

El «*whisky*», bebida a que no estaban acostumbrados, les hizo ser más expansivos, y los cinco trataban de hacerse comprender por señas, pidiendo constantemente la ayuda del intérprete. Carter sudaba para explicar a Gratt y a los suyos las manifestaciones amistosas de los orientales.

El resultado fue espléndido: obtendrían petróleo y aceite, pues en aquel pequeño puerto había depósitos destinados a aprovisionar las naves japonesas. De alimentos no podían ofrecerles carnes, porque la religión budista les prohibía matar animales. Huevos, arroz, cereales, verduras y pescados serían puestos a su disposición en las cantidades que necesitasen. Cabot, al oír tal menú, lanzó un silbido de decepción, que tuvo que ser explicado a los japoneses como una señal alemana de agradecimiento.

Dejaron la reposición de los tanques para las horas de la tarde, y Lil, Carter, Gratt y Cabot saltaron a tierra, en compañía de los orientales, mientras en el submarino quedó Hunt al cargo de la tripulación, vigilándola, por si alguno intentaba traicionarles o huir.

Era pictórico el cuadro de la playa, bajo un sol dorado y brillante, por la que corrían los desnudos muchachos de piel bronceada, llevando en brazadas montones de algas multicolores: púrpura, amarillo y verde básicamente, cesando en su incomprensible parloteo alegre cuando los extraños visitantes pasaban junto a ellos. El intérprete explicó que aquellas algas eran recogidas y puestas a secar, sirviendo luego de alimento como aderezos.

Entraron en el pequeño poblado de casitas bajas, de madera, con tejidos grises de pizarra. Al fondo destacaba la alta techumbre de un templo, construido a media ladera entre la arboleda. Las calles eran rectas, estrechas. Por ellas transitaban mujeres y hombres. Ellos

llevaban trajes de algodón azul oscuro, de pantalones cortos, ceñidos a las piernas, y una especie de chaqueta que les bajaba hasta las rodillas. Calzaban a modo de zuecos, consistentes en una tablilla como plataforma, separada del suelo por dos trozos de madera. Otros hombres, campesinos, a juzgar por sus herramientas, vestían una simple túnica cruzada por delante y ajustada mediante una faja; liada a la cabeza una banda de tela. Todos ellos eran de avanzada edad; los más jóvenes se encontrarían seguramente en los frentes de batalla.

Lindas caras de piel de porcelana tenían las mujeres, luciendo unos kimonos de tonos oscuros con dibujos geométricos, o bien figurando hojas y flores sus bordados. Las más elegantes lucían unos peinados complicadísimos, adornados con horquillas, peinetas y borlas de diferentes colores.

Se detuvieron ante la casa mayor y más nueva, siendo invitados a entrar por el teniente, con un ademán ceremonioso. El intérprete les rogó humildemente que se descalzasen. Carter tuvo que ponerse serio con Cabot, que se resistía a tal tontería —como él especificaba—, haciéndole comprender que debían respetar las costumbres japonesas si querían escapar con bien.

Subiendo dos gradas y transponiendo el umbral, se hallaron en un espacioso salón de desnudas paredes y sin un solo mueble. Al fondo, una ventana daba a un cuidado jardín. Gratt miraba a su alrededor, creyéndose encontrarse en una casa deshabitada. El teniente dio dos palmadas y seguidamente aparecieron por una puerta lateral varias silenciosas mujeres empujando unos bastidores de papel opaco con dibujos. Momentos después, como por obra de magia, había formada una habitación, en cuyo centro colocaron una mesita de cortísimas patas y a su alrededor varios almohadones, y un brasero de bronce con una tetera.

Muy dignos en su seriedad, los japoneses tomaron asiento en los almohadones, cruzando las piernas. Gratt y los suyos les imitaron y al momento estaban fatigados de la postura. El intérprete les comunicó que el teniente les invitaba a «una humilde y despreciable comida». A la palmada avisadora, tres camareras penetraron en la estancia, portando sendas bandejas de laca con innumerables tacitas de porcelana, tapadas con platitos; todo pequeño como si se tratase de una comida para liliputienses.

Comenzaron a destaparse los reducidos recipientes, quedando a la vista un variadísimo menú. Entre lo conocido se observaba: pescado cocido, sopa de algas, trozos de verduras, frutas preparadas de varios modos y un sinfín de alimentos desconocidos. Sustituyendo al pan, un tazón de arroz seco cocido con agua, y al vino, té sin azúcar. Los cubiertos brillaban por su ausencia, y en su lugar, los desesperantes palillos de variadas formas, que los japoneses manejaban con perfecta desenvoltura, mientras los americanos maldecían interiormente al quedar en ridículo.

En toda la comida no se habló una palabra; pero después de retirar las doncellas los servicios, mediante el intérprete los japoneses comenzaron a hacer preguntas sobre la organización de los ejércitos alemanes y los fines concretos de los tripulantes del inesperado submarino. Carter se defendía cómo podía, mintiendo constantemente, sospechando que los japoneses dudaban de «su secreta misión». Su astucia chocaba con la astucia característica de los orientales, mas al cabo de largas disertaciones creyó haber vencido cuando el teniente comunicó, mediante el intérprete, que daría órdenes a varios soldados de su destacamento de que comenzasen a servir petróleo, aceite y provisiones al submarino. Un médico militar se encargaría de examinar y curar la fracturada mandíbula de Shertey, que vivía ahora apartado de la banda, sufriendo un dolor insoportable, sin poder hablar.



La geisha comenzó a danzar al son del "samisen".

Fueron acompañados los americanos hasta el mismo muelle, donde una lancha japonesa les volvió al sumergible para dar órdenes a la tripulación.

Carter había temido en todo el tiempo anterior que los nipones le hubiesen pedido algún documento acreditativo de su identidad o

misión; tal vez debido a la cortesía exagerada de los orientales, éstos no se habían atrevido a hacerlo, impresionados aún por el aspecto de los tripulantes extranjeros formados sobre la cubierta, con uniformes alemanes y saludando brazo en alto, a la entrada en la bahía.

De la conversación dedujo Carter que había tenido gran acierto al elegir el lugar de desembarco; si hubiese llegado a hacerlo en otro puerto de más importancia, donde existiese un Cuartel General japonés y, por lo tanto, algún conocedor del idioma alemán, la superchería habría quedado patente a las primeras frases cambiadas. Era urgentísimo repostarse y huir de allí cuanto antes.

Una hora más tarde, comenzaban a rellenar los «ballasts».

Aquella noche, una noche de luna maravillosa, los jefecillos japoneses llegaron al submarino, invitándoles a una fiesta a estilo del país. Gratt vio el cielo abierto ante tanta amabilidad y sus temores primitivos se disiparon, igual le ocurrió a Cabot, y la misma Lil se quedó a regañadientes en el sumergible, porque el intérprete explicó a Carter delicadamente que la fiesta no era propia para mujeres; en desagravio llevaban a Lil un regalo consistente en una preciosa cajita de laca con incrustaciones de nácar, marfil y oro labrado, representando un paisaje japonés; fue ofrecido como «despreciable cajita».

Era sugestivo el espectáculo de la ciudad dormida bajo la luz plateada del astro nocturno; quietud, calma en el muelle, a excepción del rumor del oleaje y de las pisadas de un centinela haciendo la guardia.

Fueron conducidos a una casa de las afueras. En una decorada salita esperaron sobre mullidos almohadones. Los japoneses habían perdido su hermética expresión para sonreír gozosamente, como saboreando por anticipado la fiesta, mientras una doncella le servía una bebida alcohólica, que resultaba llamarse «sake», obtenida de un arroz especial.

Cuatro mujeres aparecieron suavemente, deslizándose más que andando por el suelo, y saludaron con una graciosa reverencia a los asistentes. Después, la doncella entregó a dos de ellas sendos instrumentos musicales. Uno se asemejaba a una pequeña guitarra de tres cuerdas, el otro parecía un piano de juguete, consistiendo en nueve cuerdas tendidas sobre una caja sonora alargada. Según el

intérprete, el primero se llamaba «samisen» y el segundo, «koto». Las mujeres eran las famosas «*geishas* japonesas».

A una inclinación de cabeza del teniente, una de ellas, figurina de porcelana por su carita aniñada de piel tersa, de blanda mate y boca chiquita al rojo vivo, comenzó a danzar al son del «samisen» con la ligereza y elegancia de un hada. La música era dulce y triste a la vez, incomprensible a oídos no orientales.

Los diminutos pies femeninos se deslizaban suavemente sobre la fina esterilla, mientras sus manos trenzaban en el aire figuras deliciosas. Con el precioso kimono floreado, abierto unos centímetros en la parte baja de su falda, la «*geisha*» simulaba unas veces el aleteo de las mariposas, el balanceo ondulante del grácil bambú, y otras el vuelo majestuoso de las aves. Tenía posturas mimosas, que pasaban a ardientes, para deshacerse después la pasión en una frialdad glacial que de nuevo se fundía al calor de la danza.

El «sake» abundaba y la mente de los espectadores comenzaba a excitarse. Los americanos, Carter a la cabeza, bebían sin cesar, no yéndoles a la zaga los orientales.

Sustituyó a la primera «*geisha*» una segunda, aún más bonita, luciendo unos ojos soñadores y unas mejillas como pétalos de magnolia. Llevaba un peinado alto, complicado y brillante, adornado con flores doradas y horquillas de ámbar. Parecía ingrátida a los compases marcados ahora por el «koto», colocado horizontalmente sobre el suelo, y al que arrancaban sonidos graves y melódicos unos delgados dedos con uñas postizas de marfil.

Sucedieron las danzas, las sonrisas, y la atmósfera iba caldeándose. La bebida humedecía los labios frecuentemente, hasta que llegó un momento de general alegría.

Tal vez la influencia de la triste música fue la causa de que, súbitamente, Carter, casi embriagado, sintiese una nostalgia infinita, un ansia devoradora de llorar, de pedir consuelo, de desahogar las penas que le corroían el corazón. Comprendió que allí no podía encontrarlo y, furtivamente, salió de la estancia y de la casa.

Anduvo perdido por las solitarias calles del poblado, respirando con fruición el tibio aire nocturno, despertando paulatinamente su cerebro al eco de sus propias pisadas. Noche de luna, maravillosa;

cuajado de estrellas parpadeantes el firmamento.

Recordó que el intérprete le había dicho durante la entrevista de la mañana que, a la izquierda del pueblo, corría un riachuelo de cierta profundidad, donde podrían bañarse en agua dulce. Recobrando poco a poco la firmeza de sus piernas, salió a las afueras en busca de las aguas que entibiarían su fiebre y acallarían el aguijón de los recuerdos.

Pasó junto a un majestuoso «torii» shintolista, con dos elevados y macizos pilares de piedra, unido en lo alto por un arquitrabe recto, y por otro más corto con los extremos curvados hacia arriba, como brazos de peregrino levantados al cielo en bello gesto de súplica y oración al Todo Misericordioso. Carter sabía que aquello era un símbolo religioso, de unas creencias paganas, pero envidió la fe de los que creían en algo. Él vivía apartado de la religión, sin fe, hundido en el materialismo feroz de su época, sin el apoyo de un consuelo que nunca falla. Sintióse desgraciado, miserable, hundido para siempre en el Mal.

Flotaba vaporosamente la imagen de su hijo sobre los arbustos leñosos de la ladera, las matas de azalea, las wistarias y las esbeltas campánulas. El murmullo del riachuelo a su izquierda le volvió a la realidad, a la cruda realidad de su vida, y aún más que antes, ansió meterse en el agua para calmar la efervescencia de sus pensamientos.

Allí estaba la corriente de brillante mercurio a la luz de la luna. Los matorrales y bambúes crecidos a las orillas ponían sombras y penumbras delicadas en el agua sembrando un encantado país.

Curso arriba, continuó avanzando en busca de un remanso profundo donde poder nadar y desentumecer sus miembros.

Al rato de caminar lo halló. Más adelante, la cortina plateada de una pequeña cascada servía de telón de fondo. Quitóse la chaqueta del uniforme alemán descolgóse del hombro la pistolera; y a su lado dejó la camisa y la gorra militar; quedándose desnudo de medio cuerpo arriba. Iba a descalzarse, cuando unas suaves manos, surgidas misteriosamente a su espalda, le taparon los ojos, a la vez que oía:

—¿No me conoces?

Era la aterciopelada voz de Lil. Sentía su presencia, su perfume, y la suavidad de sus brazos aún húmedos. Sorprendido de hallar a

la mujer en aquel escondido lugar, separó las femeninas manos de su cara y volvióse a mirarla.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí?

—Estaba aburrida, y vine a hacer lo que tú —manifestó ella sonriente, completamente vestida, pero con la cabellera suelta, brillando extrañamente al resplandor argentado. Estada hechicera en su postura, seductora.

—¡También es casualidad! —exclamó él, entre enfadado y sorprendido.

—¡No tanta! Esta mañana oí decir a ese «mono amarillo» en francés, que por aquí había un lugar ideal para bañarse. Os fuisteis a divertir vosotros solitos, y... vine a bañarme —y adoptando un tono dulce, de gatita mimosa, preguntó a continuación—: ¿Te ha disgustado encontrarme?

—¡No! ¿Por qué? No esperaba verte aquí, eso es todo. Te has bañado ya, ¿no?

Ella asintió con un gracioso mohín; mientras en sus ojos lucía un diablillo burlón. Se complacía en aumentar la turbación del hombre. Cogiéndolo por un brazo, le obligó a sentarse a su lado, sobre el césped.

—Dame un cigarrillo, si tienes, Peter.

Él aprovechó la magnífica ocasión de ir hasta su chaqueta en busca del paquete, para levantarse y separarse de la magnética mujer. De nada le valió, pues al inclinarse, ofreciéndole un cigarrillo, ella le cogió por la muñeca haciéndole sentarse aún más cerca que antes. Carter no quería demostrar miedo, el miedo espantoso que sentía a la seducción demoníaca de Lil. Lo peor del juego es que ella lo sabía y por eso se entercaba en martirizar al único que se había resistido a sus encantos.

Vestía ella una corta falda, dejando las piernas desnudas a la vista, y una suave blusa de seda muy ceñida, sin mangas. Todavía fulgían en sus pestañas dos gotitas de agua como perlas de rocío. Al entreabrir la boca, destacaban sus dientes de impecables líneas. Fumaba con placer, saboreando el humo del cigarrillo. Suavemente, en tono íntimo, preguntó:

—¿Por qué me odias, Peter? ¿Qué te he hecho yo?

—No te odio, Lil. ¿Por qué iba a odiarte? —interrogó él a su vez, notando que comenzaba a pisar en terreno pantanoso.

—¡Te comportas conmigo de una forma tan rara! Parece como si me odiases o despreciases. Me duele mucho tu forma de ser, Peter. Me gustaría contar con tu aprecio, porque eres el que más vales de todos ellos. Lo vi desde el primer día. Y justamente tú eres quien me trata mal. Yo no he hecho nada para que te portes así; al contrario, te aprecio y... ¡más que a ninguno! ¡Tú eres muy diferente a los demás!

Le temblaban las manos a Carter al llevarse el cigarrillo a la boca, y la sangre le golpeaba con fuerza en las sienes. La acariciadora voz de sirena le conmovía, le atraía como una fascinación irresistible. Sentía tan cerca a la bella mujer, que con un esfuerzo sobrehumano pudo responder sereno, aparentemente:

—Agradezco tu aprecio, Lil; y no creas que te odio.

—Entonces, ¿por qué eres tan malo conmigo, Peter? —preguntó la joven, insinuante, acariciando con sus dedos el cabello del hombre.

Sierpes de fuego corrían por la piel del cobarde; sentía a la mujer, experimentaba unos vehementes deseos de abrazarla y besarla, sumergiéndose en su boca. Nerviosamente partió en dos el cigarrillo. Con voz ronca, luchando contra su instinto, negó:

—No puedes decir eso de mí. Al principio, me opuse francamente a tu permanencia en el submarino, por los motivos que sabes; y después, ante el... entercamiento de Gratt, me resigné, y nada más. Has provocado disturbios, pero no han sido demasiado graves.

—¿Por qué tienes miedo a Gratt? ¡Tú vales muchísimo más que él! Tienes inteligencia, astucia, sabes muchas cosas; y él es un pobre bruto, incapaz de pensar. A mí me gustan los hombres, como tú: correctos, comedidos, inteligentes y dominadores de las situaciones difíciles. Gracias a ti, ya sé que Gratt no sería lo que es hoy. Me lo han contado los muchachos. Creo que en Washington eras el alma de la «organización»; lo afirman ellos claramente, oye, Peter, tú podías ser el «boss», ¿por qué no te desembarazas de Gratt? Se lleva la parte de león y terminará mal, en cuanto te separes de él, que será más temprano o más tarde. Podías hacer una buena jugada, y cuando acabase la guerra...

Y así seguía la intrigante mujer vertiendo en los oídos de Carter una serie de razonamientos, encaminados a halagarle en su vanidad

masculina e incitarle a hacerse el jefe de la banda, eliminando a Gratt. Las tentaciones de la Serpiente en el Paraíso terrenal no serían más perturbadoras que las palabras de la rubia mujer, pronunciadas ora melosamente, ora enérgicamente. Rosario de insidias, murmuraciones, verdades y mentiras, promesas y peticiones.

Por último, pasionalmente, tomó en sus manos la barbilla de Carter y, acercándole los jugosos labios, le ofreció la boca en un beso de entrega.

Rugía el huracán de la pasión en el pecho de Carter; silbaban de horror los remordimientos en su conciencia, latía la fiebre en sus pulsos, y los todavía no disipados vapores del «sake» le llevaron a abrazar a la seductora mujer contra su desnudo pecho, atrayéndola fuertemente, acercando la boca.

La tenía tan cerca que veía nítidamente los menores detalles del bello rostro femenino plateado por la luna, y vio en el abismo de sus pupilas un fuego, una llamita burlona que le reveló de pronto la falacia de la mujer, su hipocresía y su comedia para cautivar al hombre que podía hacerla más rica que Gratt. Un relámpago cárdeno sesgó la visión de Carter y una barrena taladró su cerebro, aclarádoselo a fuerza de dolor.

Reaccionó a tiempo, con hombría, y bruscamente la separó de sí.

La transformación de ella fue radical: de joven rendida, mimosa y enamorada pasó a ser la fiera que pierde su presa. Observó tal desprecio en los ojos de Carter, que no necesitaba preguntarle su actitud. Rabiosa, enfurecida, perdiendo su habitual dominio, abofeteó la cara que antes acariciaba y escupió el mordiente insulto:

—¡Cobarde!...

De un salto se puso en pie, alejándose llena de ira; a los pocos pasos volvióse para decir sordamente:

—Como cuentas algo de esto, convenceré a Gratt de que quisiste seducirme, y ya sabes lo que te esperaba.

Se perdió entre la arboleda su linda silueta. A solas con la soledad nocturna de la campiña quedó el cobarde, aturdido, sin respiración, con un caos demoledor en la mente.

El murmullo cantarín del río le sacó de su abstracción y, lentamente, como un muñeco movido por resortes, se descalzó, terminando de desnudarse y de un brinco se arrojó al remanso,

buscando en la frialdad de las aguas la venda calmante a su fiebre.

Dos horas más tarde se hacía llevar por el centinela japonés en una lancha al submarino. Ya en el interior, pisaba cautelosamente a fin de no despertar a la tripulación, que dormía en las literas, hasta llegar a su camarote. Lo primero que hizo fue mirarse en el espejo: no halló la huella de la bofetada, pero él sentía aún el golpe.

Como todas las noches hacía, sacó la cartera, y de ella la fotografía de su hijo para contemplarla unos momentos. El ruido de la puerta de su camarote al abrirse le sobresaltó: bajo el dintel, Gratt, rojo de ira, con las facciones descompuestas; detrás, Cabot, siempre sonriendo cínicamente, con la mano diestra metida en el bolsillo de la chaqueta. Y más atrás, la cabellera rubia de Lil.

Desde el primer instante adivinó Carter que algo grave ocurría. Gratt no le dejó preguntar. De dos zancadas se aproximó y, cogiéndole por las solapas de la chaqueta le zarandéo, bramando de cólera, rechinándole los dientes.

—¡Te voy a deshacer, por canalla! Y ¿eres tú mi amigo? ¡Atreverte a ofenderá la mujer que yo quiero, proponiéndole traicionarme! ¡Si no te aplasto ahora mismo es porque te necesito para salir de aquí! El día que no necesitemos el submarino me pagarás todas juntas. ¡Estoy harto de ti, de tu suficiencia y de tus consejos! Te levanté del polvo de la calle y ¿así me lo agradeces?

El zarandeo había arrojado al suelo del compartimiento la pequeña fotografía de Bob. Carter estaba anonadado ante la perfidia de Lil; la perversa mujer, temiendo que Carter contase a Gratt la verdad de lo sucedido junto al río, había acusado primero, conociendo la psicología humana. Cuando pudo reaccionar consiguió desasirse de las férreas manos del «boss», a la vez que se defendía verbalmente:

—¿Qué estás diciendo? ¡Te ha mentido! ¡Fue ella la que...!

Al oír Gratt que Lil era acusada de mentirosa, su cólera subió hasta el límite; llevóse velozmente la mano al bolsillo derecho del pantalón. Sabiendo Carter que el puño saldría armado de la «llave inglesa», se puso en guardia con celeridad y, cuando Gratt descargaba el golpe, se echó a un lado y le sujetó la muñeca fuertemente, para retorcérsela. Carter cometió una equivocación, debida a su costumbre de ver usar siempre el puño derecho al «boss». Se olvidó de que éste tenía una mano libre y recibió un

izquierdazo a la mandíbula que le hizo caer al suelo, casi sin sentido.

Tirado quedó unos momentos, recobrando aliento, mientras el jefe le contemplaba desde lo alto, desafiadoramente, con una sonrisa de bravucón en sus labios. Era tan grande la rabia de Carter, que le impulsaba a defenderse y luchar, y cuando apoyaba las manos en el suelo para saltar a las rodillas de su contrincante y derribarle, dispuesto a pelear hasta vencer o morir, tocó la caída fotografía de su hijo. El contacto de la cartulina le volvió a la realidad de su vida; bajó la vista un instante y vio la rizada cabellera de Bob, que le sonreía cariñosamente. Todo su valor se desplomó. ¡No podía, no podía adentrarse en una pelea de la que resultaría muerto de todas maneras: Cabot estaba empuñando una pistola en el bolsillo!

—¡Anda, defiéndete, si es que eres un hombre! —le increpaba Gratt, gozoso de su valentía ante Lil, que contemplaba la escena con un brillo victorioso en sus pupilas, comprobando personalmente que Carter no había conseguido explicar la verdad.

El padre de Bob no se levantó del suelo, estaba clavado la él y ligado por cuerdas incorpóreas pero existentes. Inclino la cabeza y sus brazos se doblaron.

—¡Cobarde! —Le insultó Gratt, dando un paso adelante, con intención de pisotear al caído.

—No, querido —le contuvo Lil—. Bastante tiene ya. Recuerda que nos hace falta; deja el castigo para otra ocasión. Anda, acompáñame, querido.

Salieron los tres del camarote. En el suelo, Carter sentía la angustia más horrorosa que puede conmovier a un hombre.

Las lágrimas humedecieron la fotografía. El delicioso rostro de Bob continuaba sonriendo...

Fue al día siguiente, tras una noche de vacilaciones, y observando en compañía del intérprete Japonés las últimas maniobras de repostamiento de los «ballasts», cuando la conversación que mantenían en francés sobre diferentes temas, el nipón dijo, sin darle importancia, como una noticia más:

—Como era obligación suya, el teniente radiotelegrafió ayer al Estado Mayor la llegada de ustedes. Han contestado que enviarán una comisión de jefes para hacerles los honores que se merecen.

Alemania es nuestra nación preferida como amiga.

La noticia sobrecogió al cobarde: posiblemente, lo más seguro, con los jefes vendría algún intérprete que supiese el alemán, y enseguida descubrirían la farsa al notar que ningún tripulante del submarino alemán conocía este idioma. Miró de soslayo al intérprete japonés y no pudo descifrar su expresión bajo los gruesos cristales de las gafas. Reponiéndose, aseguró Carter con aparente satisfacción:

—Me alegra mucho esta ocasión de poder conocer a los heroicos jefes japoneses. Nosotros pensamos permanecer aquí varios días; tenemos algunas averías y aprovecharemos el tiempo. Supongo que no tardarán mucho en...

—No, poco; seguramente mañana por la tarde estarán aquí. Por eso no ha venido hoy el teniente; está preparando el homenaje y los alojamientos.

La conversación cambió de asunto. Los marineros y varios japoneses del poblado continuaban trabajando, subiendo a bordo los víveres conseguidos.

Media hora más tarde, después de marcharse a comer el intérprete, Carter comunicó la grave noticia a Gratt, al que no había visto en toda la mañana. El jefe palideció.

—Y ¿qué vamos a hacer, Carter? —preguntó realmente temeroso—. Tenemos que irnos ahora mismo. ¡Tienes que sacarnos de aquí! Como vengan, estamos perdidos.

No repuso Carter de primer momento. Calibraba el tiempo que tardarían en montar algunos aparatos descompuestos.

—Esta noche creo que podremos salir. La pena es que esta bahía no tiene suficiente profundidad para sumergirnos. ¡Voy a hablar con el jefe de máquinas! ¡Encárgate tú de que no se duerman los de los víveres y los tanques! Tampoco demuestres demasiada prisa. ¡Ah! Sería conveniente invitarles a cenar con nosotros aquí, en el submarino, descorchar unas botellas de «*whisky*» y emborracharnos. No sospecharán nada, y cuando mañana despierten será tarde para que nos alcancen con esa lancha motora.

—¡Magnífico, Carter! ¡Buena trastada! Siempre he dicho que eres un hombre inteligente —aseguró el «boss», de nuevo optimista; y adoptando un aire amistoso, rogó entre sonrisas—: Oye, Peter, perdóname lo de anoche. Ya conoces mi carácter...; además estaba

algo bebido. Esta mujer me trae de cabeza; va a ser mi perdición; y el caso es que no puedo separarme de ella. Me tiene...

Carter, sin responder, dio media vuelta, saliendo del compartimiento, en dirección a la sala de máquinas.

No gustaría mucho la cena a los japoneses, acostumbrados a otros condimentos y sabores, pero el «*whisky*» cumplió la tarea a la perfección, y pronto se observaron sus efectos alcohólicos. El teniente miraba a Lil descaradamente, con los oblicuos ojillos entornados; y ella, adiestrada en estas lides por naturaleza y experiencia, le hacía beber vaso tras vaso, animándole coquetonamente.

Siguiendo la comedia, Cabot reía y charlaba sin cesar, hasta que fingió caer dormido sobre la mesa por la embriaguez. Y se desplomó Hunt también. El intérprete comentó en alta voz:

—¡Resisten poco sus hombres!

—Pues son buenos bebedores —aseguró Carter—. Es que con ustedes no hay quien pueda. Yo estoy ya un poquito mareado. ¡Ustedes sí que aguantan!

Estas manifestaciones traducidas por el intérprete a sus compañeros provocaron risotadas en los japoneses; no podían evitarlo. El orgullo de raza podía más que las elementales reglas de precaución. A fin de demostrar su fortaleza bebiendo, trasegaban licor y más licor de los vasos a sus gargantas, desconociendo los efectos del «*whisky*».

Media hora después, los cinco japoneses roncaban a placer, de bruces en la mesa, y los americanos se despabilaban como por arte de magia.

—¡Vamos a echarlos al agua con una pesa al cuello! —indicó Gratt, que había bebido también más de la cuenta, y ya daba el triunfo por descontado.

La tripulación, americana al fin y al cabo, acogió la propuesta con risas y muestras de aprobación, disponiéndose a buscar cuerdas.

—¡Estos hombres serán llevados a tierra! —aseguró Carter, interponiéndose y dominando la situación. Y prosiguiendo su táctica de convencer siempre con razonamientos, explicó—: Aparte de que sería una canallada, olvidáis que en el muelle hay siempre un centinela; se daría cuenta de nuestra marcha. Lo primero es llevar a éstos a tierra, y aprovecharemos la ocasión de reducir al

centinela, y dejaremos atados y amordazados a todos. Cuando los encuentren en el relevo de guardia, estaremos lejos, a salvo.

Lil votó a su favor, reconociendo la razón que asistía al cobarde, y la decisión fue tomada. En la lancha transportaron a los borrachos japoneses, y al acercarse el centinela, extrañado del bullicio y de las risas, y ver el estado de sus jefes, él mismo se prestó a ayudarles, dejando el fusil a un lado. El pobre oriental fue reducido en un segundo. Con las cuerdas y los trapos preparados de antemano, dióse fin a la tarea planeada.

—¡Todos a bordo! —ordenó Carter, volviendo a ser el comandante enérgico.

Minutos después, el submarino zarpaba, a media marcha de sus motores Diésl; detrás iba quedando rezagada la dormida ciudad, y ya al amanecer, a bastantes millas de la isla Matsushima, avanzaron a toda máquina en alta mar. No considerando necesario navegar en sumersión.

Colocado el serviola, y distribuidos los turnos respectivos en los distintos servicios, Gratt y los suyos se echaron a dormir. Estaban fatigados de la noche en vela y de la bebida. De nuevo eran reyes de los mares, prestos a abordar transatlánticos a fin de aumentar el botín.

Dormían profundamente cuando por los tubos acústicos llegó la intranquilizadora noticia del serviola:

—¡Aviones a la vista!

A medio vestir subió Carter al puente. Seis grandes pájaros de brillo metálico se acercaban a todo gas, pues cada vez, por instantes, se hacían mayores. Arrebató al serviola los prismáticos y los enfocó en la escuadrilla. Eran bombarderos nipones, según indicaban sus cifras y signos pintados en las alas. La huida del submarino habría sido anunciada al amanecer, a la base aérea más próxima, y muy estúpidos serían los japoneses para no comprender que la precipitada fuga era razón suficiente para demostrar el engaño sufrido por el teniente de la isla Matsushima.

Carter observó que el mar estaba en calma, turbado solamente por un suave rizado. El agua aparecía transparente. Desde lo alto los pilotos divisarían la masa del submarino, aun cuando se sumergiese, y podrían localizar el blanco. Necesitaban huir a toda marcha bajo las aguas, a la mayor profundidad posible.

Desde la torre de mando ordenó por el tubo acústico:

—¡Alerta la tripulación! ¡Ataque de bombarderos enemigos!
¡Todos en sus puestos! ¡Preparados para inmersión!

El serviola bajó el último, cerrando la escotilla tras él.

Fueron llegando al quiosco central las conformidades de los distintos compartimientos, menos de uno. Carter, algo nervioso, no se dio cuenta de esta falta, y ordenó seguidamente:

—¡Inmersión!

Y cuando el ascensorista ponía en funcionamiento el motor para zallar el periscopio, llegó la terrible nueva:

—¡Mi comandante, las salidas de aire de los tanques no funcionan!

Gratt, que a fuerza de vivir en el submarino iba enterándose de algo respecto a la complicada maquinaria, supo que no podrían sumergirse al no poder entrar el agua en los «ballasts». Se quedó lívido al escuchar la primera explosión, un estallido atronador, y después el submarino se tambaleó como si estuviese borracho: el torpedo aéreo no había caído lejos.

—¡Carter! ¡Carter, solúcionalo pronto! ¡Sálvanos! —gritó, agarrándose a los brazos del cobarde, que ahora ya no lo era, enfrentado con el peligro, experimentando la serenidad propia de un buen comandante.

—¡Déjame en paz! ¡Vete al camarote y no interrumpas! —le ordenó Carter, totalmente cambiado su carácter.

Lil, también aterrorizada, pero con algo más de tranquilidad, se encargó de sujetar al enloquecido «boss».

—¡Al puente la dotación de la ametralladora! ¡Motores a toda marcha! ¡Avance en guiñadas! —ordenó el comandante.

Los servidores de la ametralladora, con cajas de munición y las piezas que se guardaban en el interior, abrieron la escotilla, saltando a cubierta; entre ellos figuraba Shertey, que desde el principio había sido designado a este servicio a petición propia, tal vez recordando sus buenos tiempos de pistolero, cuando manejaba la Thompson o la Savage impunemente en las calles de las grandes ciudades norteamericanas.

Una segunda bomba cayó más cerca todavía. El submarino pareció quedar herido por la onda expansiva del agua; pero luego avanzó a toda velocidad, haciendo enormes zigzags bajo los mandos

del timonel, con el fin de burlar los proyectiles enemigos. Los Diésel promovían un ruido ensordecedor, aumentado por el reducido espacio de la nave.

Carter, con ayuda del jefe de máquinas, corrió a buscar la avería para su reparación. Gratt y Lil le siguieron, mientras Hunt y Cabot se miraban mutuamente, viendo la muerte cercana a su alrededor. Temblaban tanto como su jefe.

Afuera, en cubierta, la dotación de la ametralladora terminaba sus preparativos. Era una soberbia ametralladora antiaérea, de último modelo alemán, con proyectiles lo suficientemente grandes para abatir la más acorazada fortaleza en un tiro de suerte. Comenzaron a disparar en ráfaga contra el bombardero que en aquellos momentos se situaba a gran altura sobre el submarino, con la lentitud majestuosa de un águila, para soltar su carga mortífera.

Sonaba el tableteo infernalmente y tuvieron la fortuna de hacer blanco enseguida, cogiendo tal vez desprevenidos a los pilotos japoneses, que esperarían aniquilar al submarino en sumersión. Grandes llamaradas lamieron el fuselaje del avión y un estallido horrísono conmovió la atmósfera: el fuego había hecho explotar la carga de bombas. Humo, llamas y trozos minúsculos de metal en el aire.

El siguiente bombardero se acercaba ahora con más precauciones y más altura, aun cuando se dificultase su puntería. La ametralladora merecía todos sus respetos.

En el interior del sumergible, Carter buscaba la avería, repasando las piezas y haciendo pruebas a fin de localizarla para su reparación. Gratt estaba sentado en el suelo, casi desmayado, con un miedo espantoso a morir. Lil le miraba con desprecio; veía al hombre siempre bravucón cuando se trataba de desafiar con ventaja, convertido ahora en una histérica mujer. Los tripulantes, cada uno en su puesto, por si la avería era reparada, conservaban aparentemente la serenidad. ¡Era una galería interesantísima de expresiones la que ofrecían todos los moradores del submarino!

Al rugir de los motores, y el infernal golpeteo de las válvulas, se unió el estampido de otra bomba que puso en peligro la estabilidad del submarino.

Súbitamente, con un grito de triunfo, Carter encontró la causa, y, ayudado por el calvo jefe de máquinas, hicieron la sencilla

reparación en unos momentos.

—¡Ya está! ¡Listos para sumergirse! ¡Que bajen los de la ametralladora!

Una cuarta bomba había tenido que estallar a corta distancia del submarino, porque éste dio un salto atrás de la ola tan inmensa que se había formado delante de su proa; los Diésel parecieron vencidos.

—¡Manda al fondo! —gritó Gratt, puesto en pie en cuanto Carter hizo la reparación—. ¡Al fondo enseguida, u os mato!

Había desenfundado la pistola y apuntaba a todos, en especial a Carter. Semejaba un poseso del demonio, tal era su terror. Estaba dispuesto a matar si no se le obedecía.

—Pero, Gratt, esos hombres tienen que salvarse. ¡No tardarán en bajar en cuanto se les avise! —le advirtió Carter, sabiendo que se jugaba la vida; nunca había visto tan fuera de si al «boss».

Gratt no repuso, sino que corrió alocadamente hasta el quiosco central, y, subiendo por la escala, cerró la escotilla. Regresaba tropezando en cuanto se hallaba a su paso, y otra explosión más terminó de trastornarle. Cogiendo a Carter por el cuello con la izquierda, y poniéndole el cañón de la pistola en el vientre, le amenazó rabiosamente, mientras sus pupilas despedían chispas:

—¡Manda sumergirnos, o lo mandaré yo! ¡Carter, no me enfurezcas! ¡Obedece!

Y Carter tuvo que dar la orden, que significaba un crimen, un triple asesinato de dos marineros que habían desertado por codicia y de un «gangster» que merecía cien veces sentarse en la silla eléctrica.

—¡Listos para inmersión! ¡Fuera los Diésel! ¡Embraguen los eléctricos!

El submarino comenzó a introducirse en el agua oblicuamente, dejando una hirviente estela de espuma. En el cénit, los bombarderos buscando el blanco. En la cubierta de la nave, los tres servidores de la ametralladora no se habían dado cuenta de que el mar subía a causa de su propia excitación. Cuando la cubierta comenzó a ser invadida por el agua en su parte de proa, observaron que el submarino se hundía.

Brotó el terror a morir ahogados. Como locos se lanzaron a la escotilla, tratando de abrirla. Juraban, maldecían; y Shertey, sin poder hablar, golpeaba con sus puños la recia plancha metálica. El

agua seguía subiendo velozmente hasta llegar a la torreta. Los tres hombres mezclaron a sus maldiciones lamentos llorosos, y poco después tuvieron que soltarse de la barandilla para no ser arrastrados a las profundidades. Manotearon, dieron brazadas, se cogían unos a otros como si fuesen buenos puntos de apoyo, se hundían, volvían a flotar, y así continuaron luchando estérilmente contra el mar. Al acabarse su resistencia física...

Los bombarderos japoneses seguían al submarino como bandada de halcones. Y en el interior de la nave, una vez sumergidos totalmente, Carter ordenó:

—¡Toda la caña a babor!

Varió por completo el rumbo, en su afán de despistar a los aviones perseguidores. Fue inútil esta primera maniobra; desde lo alto seguían divisoando la mole sombría del submarino, y las bombas le iban al alcance.

Era necesario sumergirse lo más hondo posible para que las explosiones fuesen inofensivas al explotar a media profundidad. Así lo comprendió Carter.

—¡Preparado tanque central! ¡Paren motores! ¡Inundación!

Con la velocidad de una roca, el sumergible comenzó a descender verticalmente mientras sonaban las explosiones muy cerca. Los tripulantes tenían la impresión de que un monstruo marino de leyenda azotaba las aguas.

La tensión en el interior de la nave llegaba al máximo. Gratt miraba los complicados aparatos con ansia de manipularlos, como si él pudiese sacar al submarino del atolladero igual que un automóvil sortea un atasco. Reconociéndose impotente, frenético ocultó la cara entre las manos, terminando por esconder la cabeza en la falda de Lil. Carter estaba pálido; mas apretaba con firmeza las mandíbulas, mientras atendía los manómetros.

Después, los estampidos perdieron intensidad, haciéndose silencio absoluto. Probablemente los aviones habían agotado su cargamento de bombas o la inmersión profunda del submarino les despistó, descargando sus destructores artefactos en aguas lejanas.

Con el silencio y la calma, renació en los tripulantes la confianza en la salvación. Algunos hasta se atrevieron a bromear, burlándose indirectamente de los «gangsters», que habían sido los más temerosos. Admiraron a Carter, reconociendo en él al verdadero

jefe: a la simpatía que le profesaban por su carácter bondadoso se unió la admiración al valiente y capacitado comandante. Un chiste tuvo la virtud de arrancar risas exageradas, rayando las de Gratt en el histerismo, una vez pasado el peligro.

—¡Malditos monos amarillos! ¡El día que pueda hacerles pasar lo que...!

El día ese llegó dos fechas después, navegando aún por mares orientales. En emersión avanzaba el submarino entre un grupo de islotes del archipiélago nipón, cuando el serviola en el puente anunció que se divisaban los mástiles de un gran barco por encima de una altura montañosa. Como medida preventiva, Carter mandó la sumersión a cinco metros.

Con el periscopio, zallándolo y calándolo alternativamente para disimular en lo posible la estela de este aparato, contorneó a prudente distancia el islote y, al doblar un pequeño cabo, recogió con los oculares una perspectiva tentadora: un acorazado de unas 8000 toneladas estaba fondeado muy cerca de la costa, y a su lado, un destructor. Ambas naves eran de nacionalidad japonesa, y se ocultaban en el recodo de una rada.

Llamó a Gratt, y le invitó a mirar por el periscopio. El «boss» se apartó del aparato, y dijo con balbucientes palabras a Carter:

—¡Vámonos de aquí!

—¿No has visto que son japoneses? —preguntó el cobarde con segunda intención.

—Sí, claro que lo he visto. ¡Por eso mismo nos tenemos que ir enseguida!

Parsimoniosamente, y no sin cierta burla en su voz, Carter le recordó:

—Dijiste no hace mucho que te gustaría vengarte de los «monos amarillos». Ahora se te presenta la ocasión. Además, y ahora hablando en serio, Gratt, debemos hacer algo por los nuestros; no van las cosas como debieran ir; todos lo sabemos por la radio. Seremos piratas y lo que sea; pero no debemos desperdiciar esta ocasión de ayudar a nuestra Patria. Ahí tenemos dos barcos de guerra enemigos, y en nuestros tubos aguardan los torpedos; si la tripulación está conmigo, estoy dispuesto a echar esos barcos a pique.

Cuanto le escuchaban manifestaron con gestos su aprobación al

plan; no podían sustraerse al recuerdo y la fuerza de la Patria. Gratt se vio cogido, temía un motín a bordo, y además tampoco le disgustaba la idea de vengarse de los japoneses por el miedo que le habían hecho pasar en días anteriores. Su instinto exacerbado de conservación le obligó a preguntar:

—Y ¿no nos pasará nada?

—No creo; atacamos y nos largamos inmediatamente. El mar abierto está ahí mismo.

Gratt asintió con un movimiento de cabeza, de resignación, no teniéndolas todas consigo.

Puesto al periscopio, Carter ordenó un avance lento, porque los barcos enemigos ya estaban casi a tiro, y, en realidad, sólo buscaba la posición adecuada para realizar rápidamente el doble torpedeamiento. Los demás de la banda le miraban, nerviosos, excitados, sufriendo la mayor de las torturas al no poder divisar lo que en el exterior ocurría u ocurriría.

—¡Tubo uno!... ¡Atención!... ¡Fuego!...

Un leve balanceo en el submarino al salir despedido el torpedo de su correspondiente tubo; escuchóse a la vez un golpe sordo. El segundo comandante contaba en tono leve los segundos.

El artefacto guerrero se dirigía rectamente al destructor. Una alta columna de agua se elevó a su costado, oyéndose seguidamente una tremenda explosión. La bahía pareció estremecerse. El barco, herido a estribor, comenzó a inclinarse. Un enjambre de asustados japoneses se arrojaba por la borda al agua, nadando desesperadamente hacia la costa.

Bajo el mando del cobarde, el sumergible aprobó dócilmente al acorazado.

—¡Tubo dos!... ¡Atención!... ¡Fuego!...

La maniobra había durado unos instantes, y, sin embargo, parecieron siglos a los secuaces de Gratt. Pegados los ojos al periscopio, Carter aguardó al final de una situación enervante por la gran emoción del ataque. Durante un momento creyó haber maniobrado mal y dirigido erróneamente el torpedo. De súbito, una elevada y densa cortina de agua ocultándolo todo, una explosión atronadora, y después se representó una escena dantesca, escalofriante: el acorazado había sido tocado en su pañol de municiones, y los estallidos se continuaban en serie, desgarrando el

aire. Entre altísimas y veloces lenguas de fuego, de colores brillantes, y espesas humaredas negruzcas, volaban trozos de la chimenea, de cubierta, del puente y hasta subían al cielo, como leves plumas, planchas de las acorazadas torretas. Era un verdadero volcán en plena erupción, un volcán desencadenado por la inteligencia humana al servicio de la violencia.

Como los demás veían la expresión triunfal de Carter, le incitaron a que mandase salir a flote, sobre todos Lil y Gratt, animado éste ante la carencia de peligro.

El espectáculo alcanzaba la categoría de horroroso por su tragedia espantosa; la mortandad había sido horrible: pocos hombres se debatían heridos entre cadáveres destrozados.

Asqueado y arrepentido de lo hecho, ante la realidad de la guerra, Carter puso los Diésel en marcha y metió el timón de gobierno a la banda. El submarino describía un amplio arco para escapar de la bahía, rumbo al mar abierto, cuando ocurrió algo que tuvo el poder de detener los latidos del corazón de Carter: un sonido de rozamiento subió hasta él, y momentos después la nave se detenía, aunque sus hélices paleasen el agua con redoblada furia; la quilla habíase hincado seguramente en un banco de arena. Los comentarios de la gente en el puente y en la torreta se cortaron como por ensalmo; todos adivinaron lo sucedido y el pánico inició su cebamiento en ellos.

El cobarde, el que tantas veces había rehusado la lucha de miedo a morir, fue el único en conservar la serenidad apenas reaccionó del primer susto.

Dominó su creencia de que la situación estaba perdida, razonando que sólo quedaba la esperanza de actuar rápidamente, antes de que los japoneses llegados a la costa cayesen en la cuenta de atacar al submarino varado, en un abordaje que sería una matanza feroz. A voces mandó a los tripulantes a sus respectivos puestos, empuñando la pistola a fin de impresionar a Gratt, que ya comenzaba a ser presa del pánico. ¡Era deprimente el miedo cerval del cruel «boss»!

Desde el quiosco central, ordenó parar las dos máquinas, a la vez que mandaba disparar con el tubo número 3, el de popa, que casualmente enfilaba la parte de tierra donde se refugiaban los nipones, a fin de asustarlos y hacerles huir a la parte más lejana del

islote.

Sonó el ensordecedor estallido del torpedo al chocar con la costa, consiguiendo momentáneamente el fin perseguido; pero el submarino continuaba inmóvil, aun cuando el tanque de proa había sido vaciado de agua, al tiempo que se ponían en marcha los Diésel para incrementar la potencia de máquinas, obteniendo sólo un estrépito infernal.

Empezando a descorazonarse, mandó que toda la tripulación corriese en masa de estribor a babor por si este movimiento de balance ayudase a desencallar. Todo inútil, y para mayor complicación, el serviola, que había quedado en el puente, dio una mala noticia: no el ataque de los japoneses del islote, sino la presencia de dos navíos en el horizonte, cada vez más cercanos.

Carter, que había atribuido la permanencia del acorazado y del destructor a una maniobra naval en perspectiva, sirviendo la rada como punto de reunión, confirmóse en esta creencia al oír el aviso. Estaban perdidos si no conseguían hacer desembarrancar el submarino.

Desesperadamente intentó la postrer maniobra. Dando atrás con el motor de babor, dio a la vez media máquina avante con el de estribor. ¡Con cuánto júbilo notaron que el sumergible se movía!

Poco les duró el gozo. La nave se movía; pero era girando lentamente sobre si misma, como si girase sobre un eje, sin lograr despegarse del fondo.

Momentos terribles aquéllos para Carter y los suyos, sabiendo que el enemigo se acercaba más y más y que les cogería o destruiría impunemente.

Se perfilaban ya las líneas de dos destructores, a todas luces japoneses, cuando, con un quejido especial, el submarino pareció que empezaba a avanzar. Se hundió de proa como si resbalase por una pendiente, luego de popa, y por fin recobró su equilibrio horizontal.

Un «¡hurra!» de júbilo brotó de la tripulación al ver que la nave flotaba y avanzaba con gradual aumento de velocidad. A toda máquina, Carter conducía hacia la salida de la rada, buscando las aguas libres y burlar a los destructores, aún lejanos.

Fuera brillaba la ruta de la salvación, de la salvación física; la espiritual ni siquiera la deseaban, a excepción de uno de ellos, que

la buscaba y no la encontraba por no querer quitarse bruscamente la venda de ambiciones que le cegaba.

VII

LA GUERRA HABÍA TERMINADO...



N Packard negro, de líneas aerodinámicas, se deslizaba velozmente por la avenida Western arriba, adelantando a los vehículos que transitaban a aquella hora, las once de la noche, por la espaciosa y larga vía. Al llegar el coche a un cruce cuya señal cerraba el paso se detuvo, y un farol próximo iluminó con luz blanca las facciones del conductor. Era Peter Carter, cubierto con un sombrero flexible de alto precio.

Pisó a fondo el acelerador cuando tuvo paso franco, como si tuviese prisa en acudir a alguna cita de importancia, pues se

exponía a la multa consiguiente por exceso de velocidad. Torciendo el volante a la derecha, enfiló la avenida de Chicago, y cuando vio rielar la luna en las aguas del lago Michigan, tomó la izquierda, el paseo de la Costa del Lago.

Verjas aprisionando jardines y lujosas residencias de piedra iban quedando atrás, en la única acera del paseo; a la derecha, largas hileras de árboles, y más allá, el muro macizo que contenía las aguas.

Tomando terreno para la maniobra, detuvo el coche frente a una gran puerta enrejada. Sonó el «claxon» por cuatro veces, uniéndose su estridencia al zumbido de la gran ciudad y a las sirenas de los vapores que llegaban a puerto después de surcar con su quilla los Grandes Lagos.

Vióse a una silueta humana por entre los barrotes de la verja, y al momento se abrió la gran puerta de hierro. El coche rodó sobre el enarenado e iluminado paseo, mientras a ambos lados se extendían las oscuras sombras de árboles y plantas. Paróse bajo un pórtico de piedra, también era de piedra la parte visible de fachada, y descendió Carter. La gran lámpara de la entrada avivó el color azul marino de su traje.

Transponiendo el umbral de la gran puerta de madera claveteada, pasó a un vestíbulo de vastas proporciones y de decorado suntuoso. Un criado le recogió el sombrero. Hebras plateadas brillaron en la cabellera de Carter.

—Los señores le esperan en la biblioteca, señor Priestley.

Dirigiéndose hacia la derecha, al fondo del «*hall*», penetró en la titulada biblioteca, que a primera vista denunciaba la impropiedad del nombre, porque no existía ni un solo libro. Una araña de cristal pendía del artesonado techo; gruesa alfombra, tapices y cuadros por las paredes. Tres ventanas con las maderas cerradas. Sentados en un tresillo de colorido granate, Gratt, algo más grueso que en tiempos anteriores; Lil, con un vestido de tarde tan provocativo como ella misma, y Hunt, siempre expresando una indiferencia absoluta. En pie, apoyándose de codos en un aparato de radio, Cabot. Los cuatro fumaban y los cuatro sostenían en la mano derecha sendas copas de licor.

Gratt se levantó, sonriente:

—Creí que ya no vendrías, Peter. Te estuvimos esperando para

cenar, y viendo que tardabas...

—He tenido que hacer a última hora; perdonadme.

—Estás perdonado —aseguró Lil, con una sonrisa encantadora—. Siéntate, y toma cualquier cosa. ¿Has cenado?

—Sí, deprisa y corriendo —afirmó Carter, tomando asiento, pero sin servirse de la botella esmerilada que había sobre la mesa central.

Hubo una corta pausa tras los cumplidos, un silencio molesto, turbado enseguida por un leve ruido, como el de un pequeño y lejano motor en marcha. Carter vio que Cabot estaba pulsando en la pared, bajo un cuadro levantado, y observó también cómo los huecos de las ventanas y de la única puerta eran tapados por unos deslizantes tabiques de color amarillo; él sabía que eran de corcho para que los ruidos producidos en la estancia no llegasen al exterior: un capricho más del «boss».

Cabot apagó la radio, pero continuó junto a ella, llevándose la copa a los labios; no abandonaba su expresión irónica.

—Me tienes sobre ascuas, Peter —inició Gratt, en tono cordial, con visos de broma—. Tus palabras por teléfono llegaron a preocuparme. ¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa?

Hubo una ligera vacilación en Carter antes de decir:

—Llevamos cuatro meses en Chicago, y ya estoy harto de usar un nombre falso y de no ver a mi hijo. ¡Me voy a Washington!

—¿Estás loco? —preguntó el «boss» sorprendido, derramando parte del líquido que contenía su copa—. ¿Qué mosca te ha picado? ¿Qué más puedes pedirle a la vida? Cuando se acabó la guerra y logramos meternos aquí, se te entregó tu parte correspondiente de las ganancias; puedes considerarte un hombre rico. Si no te diviertes, haz lo que nosotros, y olvidarás tu antigua vida. Recuerda que ahora eres Lewis Priestley, un hombre nuevo con un nuevo camino por delante.

—Un hombre viejo que tiene que volver sobre sus pasos. Soy y seré Peter Carter, por desgracia o por suerte —reconoció el cobarde melancólicamente.

—Pero ¿no te das cuenta de que tu caprichoso viaje a Washington puede significar para ti la silla eléctrica? ¡Allí te conoce todo el mundo! —exageró Gratt, mientras Lil y los otros dos escuchaban en silencio, sin dejar de fumar.

—No es un capricho. Tú sabes que antes de conocerte, mi hijo era toda mi ilusión. Y cuando la guerra, y después, cuando abandonamos el submarino y entramos en los Estados Unidos furtivamente por Oregón, no he hecho otra cosa que pensar en mi hijo. Son cinco años sin verle, sin saber lo que ha sido de él. ¡Vosotros no podéis imaginar lo que es eso!

—Querido Peter —inició Lil muy suavemente—, ¿no sería lo mejor enviar a alguien de confianza a que lo recogiese y lo trajese aquí?

—¡Nunca! ¡Eso nunca! —exclamó Carter, excitado—. ¡Mi hijo no tiene que saber nada de nada! Ahora tengo dinero: le operará el mejor cirujano y le daré estudios. ¡Estoy cansado de esta vida! ¡No me volveréis a ver!

—¡Estás diciendo estupideces, Carter! —Manifestó el «boss»—. En primer lugar, quien manda soy yo, y además ahora que contamos con tus consejos para montar un buen negocio, no puedes marcharte. He perdido mucho y necesito dinero.

—Has perdido con tus especulaciones en Bolsa, ¿no? Te lo advertí a tiempo y no quisiste hacerme caso. La Bolsa hay que entenderla. Y ahora quieres sacrificarme para resarcirte de esas pérdidas, siento decirte que no estoy dispuesto a ser la víctima. ¡Allá tú y tus asuntos!

Se hizo un silencio denso en la biblioteca. Todos estaban asombrados del desconocido tono de Carter, y el propio «boss» mostraba su sorpresa con un gesto estúpido. Su reacción fue de las típicas en él: se puso en pie, tirando la copa a un rincón, y se acercó a Carter, con los brazos extendidos para agarrarle.

No lo consiguió. Ágilmente, más pálido que de costumbre, el cobarde parecía haber perdido su cobardía, y se había puesto también en pie, adoptando una postura en guardia con los puños cerrados. Al verle a la defensiva, Gratt se llevó velozmente la mano derecha al bolsillo del pantalón, mientras amagaba con la izquierda; pero esta vez el truco no le salió bien, por demasiado conocido. Carter le tiró un izquierdazo al pecho que le hizo tambalearse hacia atrás, y seguidamente le incrustó un directo a la mandíbula, derribándole medio desvanecido contra el diván, a punto de aplastar a Lil.

El error de Carter radicó ahora en descuidar a los satélites del

«boas»: Hunt le descargó por detrás un mazazo en el cráneo, con el puño cerrado, y Carter vio un estallido de fuegos artificiales, mientras sus piernas se negaban a sostenerle. Cayó pesadamente sobre la alfombra, sin perder el sentido mas con un dolor horrible en la nuca. Cuando intentaba reponerse, Hunt le pisaba con el zapato y le amenazaba con la culata de su revólver, en tanto que Cabot, por el otro lado, estaba a punto de asestarle una puñalada con un acero triangular.

—¡Quietos! ¡No le hagáis rada! —Sonó imperativa la voz de Lil, que se acercaba a retirar a los dos «gangsters»—. ¡Sois más que tontos; todos! No encontráis mejor medio de solventar las cuestiones que peleando. Gratt lleva razón, Carter también la tiene, y todos la tenemos. Esto hay que tratarlo despacio y con calma.

A empujones, aprovechándose de su ascendencia sobre el «boss» —que ya empezaba a reanimarse—. Lil apartó a los dos rufianes del caído, para que éste se pudiera incorporar. Algo tramaba su reconocida astucia y así se confirmó en cuanto Gratt recobró los sentidos por completo y pretendió abalanzarse sobre Carter, a pulverizarle, según manifestaba. Ella se le abrazó y le dijo al oído, en voz que sólo podía recoger él:

—Este hombre nos es necesario para ganar dinero. Ahora tiene la manía ésa, pero yo haré que se le pase. Es un pobre diablo y no tardaré en convencerle. ¡Anda, confía en tu nenita; llévate a esos dos! ¡Espérame arriba!

Al momento salían los tres «gangsters» de la biblioteca, no sin antes dirigir Cabot una mirada rencorosa a Carter, mientras Hunt había recobrado su natural impasibilidad. Lil se encargó de cerrar la puerta por dentro y tocar el botón para que se corriesen los paneles de corcho.

—¿Por qué has hecho eso, Peter? Ha podido costarte caro —preguntó ella a Carter, invitándole a que se sentase a su lado en el diván.

—Por mi hijo soy capaz de todo. Si él se enterca en atarme, que se ande con cuidado. Si antes le soporté fue porque necesitaba dinero; hoy lo tengo y no quiero más. Y que no intente seguirme o estropear mis planes; la vida no me importa con tal de dejar rico a mi hijo.

Viéndole tan excitado, como jamás le había visto, Lil no repuso

y le sirvió una copa; pretendía calmarle para después hablar, proponerle los planes que ella guardaba reservadamente en su pensamiento.

Carter bebió, pero seguía mascullando:

—Él sí que es un cobarde. No hay más que recordar el miedo que le entraba en el submarino en cuanto había el menor peligro; ¡hasta lloraba! A esta gente en cuanto se les quita la pistola, se les acaba el valor.

—¡Hablemos de cosas importantes, Peter! Cálmate y escucha. Tenía ganas de hablar a solas contigo, y mira por dónde ahora puedo hacerlo; no me deja ni a sol ni a sombra, cree que me van a raptar.

Abandonó su tono de reproche, adoptando uno cariñoso y persuasivo.

—¿Te acuerdas de aquella noche en el Japón?

Él frunció el entrecejo, sorprendido; se esperaba todo menos aquello, una nueva declaración de amor. No respondió. Ella continuaba:

—Te propuse acabar con Gratt; era y es un estorbo. Ha perdido a montones los dólares con unos valores en baja y no sabe aumentar «nuestras» ganancias de aquella época. A este paso se quedará en la calle y me dejará a mí también. Negocio que emprende, negocio que fracasa; y si no acepta tus consejos es porque sospecha que tú me interesas y no quiere hacerte valer a mis ojos. El día menos pensado se levanta de mal humor y manda que te eliminen. Estoy segura de que Cabot gozaría con apretar el gatillo contra ti. ¿Vas a dejarte matar? ¡Ataca tú primero! ¡Piénsalo, Peter! ¡Mientras él exista, tú no podrás vivir tranquilo con tu hijo!

El silencio de Carter revelaba que las palabras de la mujer habían hecho mella en él. En voz baja preguntó:

—¿Qué propones?

—Meternos en negocios decentes, ahora hay mucha gente que se está enriqueciendo con operaciones lícitas; en Europa necesitan nuestros productos. El negocio de exportación podemos emprenderlo; capital inicial tenemos de sobra. Estoy ya cansada de esta vida, y quiero ser una señora de verdad. Sé positivamente que vales para los negocios; me he enterado de que en unos meses has aumentado tu cuenta corriente. A mí me ha ocurrido lo contrario,

por culpa de ese animal que no tardará en verse en la cárcel. Y como no nos dejaría actuar por nuestra cuenta, independientes, hay que eliminarlo sin contemplaciones. ¡O él, o nosotros!

Era una invitación clara al asesinato de Gratt. Carter se encontraba envuelto en una red que le aprisionaba, y para escapar tendría que cortarla violentamente; así lo comprendía, como también los razonamientos de Lil. Ninguno de ellos se podía denunciar, porque todos estaban fuera de la ley; la liberación tenía que ser conseguida a base de sangre, de sangre vertida impunemente para seguir viviendo y disfrutando de las riquezas mal adquiridas. Él se veía junto a su hijo, gozando los dos de cuántos placeres se pueden proporcionar los ricos. Pero el recuerdo de Bob le acongojó, una voz interior le presagiaba misteriosamente que tales riquezas no le darían la felicidad, pues estaban manchadas por el latrocinio.

Inconscientemente, ansiando salir de aquella nefasta casa y estar a solas para meditar sobre el rumbo definitivo a seguir, manifestó:

—¡Es muy grave lo que propones, Lil! ¡Además Hunt y Cabot se vengarían; le quieren como perros! ¡No sé, no sé!

Ella interpretó estas palabras como señal de que Carter comenzaba a encontrar factible su idea, y le dijo cariñosamente:

—Tómate unos días, y piénsalo, Peter. Llámame por teléfono, diciéndome: sí o no, nada más. Ya prepararé yo una entrevista, tampoco estaré inactiva. ¡Anda, sal; no vayan a sospechar algo!

—Y, ahora, ¿qué vas a...?

—No te preocupes. Les mentiré fácilmente. Que estás a punto de ceder y que conviene dejarte en paz un poco tiempo. ¡Confía en mí!

Aquella misma noche, con la cabeza apoyada en la almohada, Lil no conseguía conciliar el sueño. En su mente había germinado una trágica idea y no descansaría hasta que la pusiese en práctica. Sabía que Carter era inteligente, pero a la hora de la violencia posiblemente flaquearía en virtud de ciertos estúpidos prejuicios, según opinaba ella.

Comenzaba a escribirse una fatal sentencia de muerte...

Dos días después Carter bajaba la escalerilla del tetramotor en al aeropuerto Nacional de Washington. Llevaba en las manos una cartera de excelente calidad, y vestía un traje negro de corte irreprochable. Un sombrero del mismo color. Le conferían estas

prendas un marcado aire de hombre de negocios de cualquier Estado de la Federación, llegado a Washington a resolver algún asunto en los organismos federales, igual que otros muchos viajeros que llegan a esta ciudad por distintos medios de locomoción.

Al rato, un coche de alquiler le transportaba a la ciudad, atravesando antes el río Potomac por uno de sus puentes, en el que ni siquiera se fijó, pues sus ojos sólo veían la imagen de Bob con sus dorados rizos enmarcándole graciosamente el rostro, y su mente iba ocupada en buscar un rincón donde poder esperar disimuladamente hasta la hora del anochecer, hora propicia para penetrar en su antigua casa, pasando inadvertido al portero y algún posible vecino conocido.

Mientras anteriormente planeaba el avión en el aterrizaje, había temido que algunos de los Agentes del F. B. I.

destacados en el aeródromo le reconociesen; afortunadamente no había sido así, ni él vio a ninguno de sus antiguos compañeros ni nadie le seguía o vigilaba, a su parecer. Lo encontraba natural: en cinco años de ausencia muchos agentes habrían muerto en actos de servicio, o habrían sido elevados a cargos superiores o trasladados a otras poblaciones en misiones especiales. Los ingresados posteriormente a su expulsión del

F. B. I.

no tenían por qué conocerle.

Mientras el coche corría por la avenida Maryland y después por la Independencia, dejando a la izquierda el monumental y bello edificio del Capitolio con sus grandes jardines y la grandiosa mole de la Biblioteca del Congreso, para cruzar después la avenida de North Carolina por la calle B, recordaba Carter aquel día de su expulsión, reviviéndole en su memoria con dolor. Ahora todo había cambiado: él ya no era un pobre diablo borracho y hambriento, sino un hombre poderoso, un hombre acabado de nacer como más o menos decía el impulsivo Gratt. Su único cuidado consistiría, mientras permaneciese en Washington, en burlar el encuentro con amigos o conocidos: viviría solamente de noche y en barrios apartados.

Hizo que el «taxi» le dejase en una esquina de la calle Walter, y se perdió entre los viandantes, buscando un restaurante modesto;

después se metería en cualquier cine de sesión continua aún más modesto, hasta que se hiciese de noche.

Y a esta hora, Carter, con la cartera y una caja de cartón bajo el brazo se detuvo ante una casa de la calle Isherwood. Llevaba el sombrero calado hasta los ojos cuando pasaba apresuradamente por delante de la portería, subiendo la escalera y no tomando el ascensor. A cada peldaño el corazón parecía saltarle en el pecho, como si quisiera salirse: ¡era su casa!, dónde tantos años había vivido con su mujer y con su hijo, al que abrazaría dentro de unos instantes.

Y de súbito una horrible sospecha le atormentó amargamente: «Y ¿si la señorita Jane Leary había cambiado de residencia por cualquier causa, llevándose consigo al niño?». De dos en dos subió los escalones. Cuando llegó a su piso, no pulsó el botón de su antiguo cuarto, sino el de la izquierda, el que antes correspondía al de la señorita Leary.

Tuvo que esperar unos momentos, momentos amargos, difíciles; sentía más miedo que cuando el submarino se tambaleaba como un boxeador a punto de ser noqueado sobre el tapiz del *ring*, por las explosiones de las cargas de profundidad.

A través de la puerta oyó unos pasos firmes y una tonadilla silbada alegremente. ¡Era extraño!

Abrióse la puerta y bajo el dintel apareció un mozalbete de unos catorce años, un muchacho guapo, con pelo rubio, peinado hacia atrás y ensortijado.

Carter tuvo que apoyarse en el marco: ¡estaba viendo una cara tan parecida a la de su difunta mujer que...!

—¡Bob!... —exclamó desfalleciente, dejando caer la cartera y la caja al suelo con gran estrépito.

El muchacho observaba al visitante a la luz del corredor, y, de pronto, con un grito de alegría, grito:

—¡Papá!... ¡Papá!...

—¡Hijo mío!... —musitó el cobarde con el corazón, abrazando a su hijo, al hijo que ya era un hombre por la estatura. Estrechándolo contra su pecho, le besaba la frente y el cabello mientras sus ojos lloraban de santa emoción.

—¡Papá!... —repetía Bob a cada instante, como quien ve hecha realidad la más cara ilusión.

—¿Quién es, Bob? —preguntó una voz femenina desde el interior.

La historia se repetía; aquella misma escena, o muy parecida ya se había desarrollado. El tiempo se repite con sus accidentes.

Y levantándose la cortina que cortaba en dos el pasillo, apareció Jane Leary, la maestra por correspondencia, con su misma esbeltez de antes y su áureo pelo liso recogido atrás, en moño; pero en sus rasgos había un cansancio especial, no en balde tenía ya treinta y un años.

—¡Señorita Leary! —exclamó Carter, contento de verla tan igual a los tiempos de antaño, como si no hubiesen sucedido tantas cosas en el mundo y en las vidas.

Ella, al darse cuenta de quién estaba allí, fue a decir algo, no pudo, perdió el color y se hubiera golpeado duramente contra el suelo de no agarrarse por instinto a la cortina; se desplomó, desmayada. Corrió Carter hacia la inanimada joven y, levantándola en brazos, la llevó a la siguiente habitación, una salita de estar. La depositó cuidadosamente en un sofá, comenzando a desabrocharle el cuello de la blusa.

—¡Trae agua, Bob! ¡Y cierra la puerta de entrada!

El pecho de la joven se agitaba angustiosamente; la lividez de sus mejillas era cadavérica. Le fueron frotadas las sienes y la frente.

Cuando abrió los ojos, de mirada perdida aún en las tinieblas del desvanecimiento, murmuró inconscientemente:

—¡Peter!... ¡Peter!...

—Sí, señorita Leary, soy yo. He vuelto de la guerra. Estuve prisionero de los japoneses y ya he vuelto. ¡Vamos! ¡Reanímese!

Las palabras del hombre la reanimaron y otra vez volvió el color a su delicado rostro. Incorporándose a medias en el sofá, y, llevándose las pequeñas manos a los ojos, rompió a llorar. Bob se arrodilló ante ella, diciéndole:

—¡Jane, no llores! ¡Mi padre ha vuelto: no ha muerto! ¡Debes alegrarte, Jane! ¡No llores!

Y entonces fue cuando Carter se dio cuenta de que su hijo no llevaba muletas porque andaba normalmente. Era intempestiva su pregunta, posiblemente, pero no pudo resistirse a hacerla:

—Bob, ¿cómo es que?... —señalándole el tobillo izquierdo.

—Me operaron, papá; hace ya tres años. Ya corro como los

demás chicos. ¡Soy campeón de
«base-ball»
en la academia!

Carter no supo qué decir. En el desconocido corazón de los humanos hay reacciones tan extrañas, que podríase asegurar que Carter sufrió en parte una desilusión al ver a su hijo curado. ¡Su vida execrable, de robos y violencias, había sido en balde!

Le sacaron de su ensimismamiento las palabras de Jane, con su tono dulce y suave:

—¡Cuánto me alegro de que haya venido, señor Carter! ¡Hemos estado esperándole tantos meses...!

—¿Qué te pasó, papá? ¡Cuéntalo!

Aturdido, esforzándose por urdir una historia falsa, se basó en lo que le había sucedido de verdad, aunque variándolo adecuadamente.

Contó que iba mandando un submarino, cuando tuvo una avería en los motores, no quedándole otro remedio que acercarse a una isla japonesa. La mala suerte hizo que los descubriesen y los aprisionasen. Desde aquella fecha había estado prisionero.

Conforme iba hablando y comprobando que su falsa historia se desarrollaba, describía mejor los menores detalles del ambiente de la isla Matsushima, con las típicas costumbres de sus pobladores.

Bob estaba encantado, y solicitaba detalles y detalles; muy orgulloso de que su padre hubiese sido nada menos que comandante de un submarino.

La habitación en que se hallaban era muy modesta, mas sus muebles sencillos tenían una gracia especial, acrecentada por adornos nacidos de las manos de Jane. Sobre una mesita, Carter vio su fotografía, dentro de un marco niquelado; su fotografía de mucho antes, hecha días después de casarse. ¡Qué diferente al Carter de ahora!

Jane insistió en que Bob se acostase, porque al día siguiente tenía que levantarse a las siete de la mañana para asistir a unas prácticas especiales de la academia; ya habían cenado. A regañadientes obedeció el muchacho, obedeciendo a su padre, que quería charlar a solas con la joven sobre el porvenir. La alcoba de Bob era la contigua habitación, a la derecha.

Cuando se quedaron a solas Jane y Peter, sentada ella en el sofá

y él en una butaca, hubo un silencio tirante, como si la cordialidad hubiese sido rota al salir Bob de la habitación. Carter observó que sobre la mesa había un montón de cartas abiertas, libros y una pluma estilográfica. Por quebrar el silencio, preguntó:

—¿Sigue enseñando por correspondencia? ¿Qué tal le va?

—Bien, bien —repuso ella tímidamente, rehuyendo la mirada de Carter.

—¿Cuándo operaron a mi hijo? ¿Cómo fue eso, señorita Leary? Estaba deseando volver de la guerra para...

—Le operaron hará unos tres años; los cirujanos del

F. B. I.

—¿Cómo? —inquirió Carter, sobresaltado.

—Ellos le operaron, dejándolo útil, y los antiguos compañeros de usted de promoción en la Academia me han estado entregando mensualmente doscientos dólares para que su hijo pudiese cursar estudios superiores. Su amigo Barry Cooks viene muy a menudo, quiere mucho al chico, y él es quién se encarga de entregarme ese dinero. Lo más que yo podía hacer en beneficio de Bob era cuidarle y atenderle, y enseñarle lo poco que sé; y hoy sabe más que yo. Todos creíamos que usted no volvería nunca más.

La última frase flotó pesadamente en la atmósfera.

El anonadamiento de Carter era absoluto. En su cerebro martilleaban tres letras:

«¡F. B. I.,

F. B. I.,

F. B. I.!».

—¡No puede ser eso! ¡Usted me miente! —acusó, excitado, no comprendiendo aquella situación absurda.

—Sí, puede ser, señor Carter —afirmó ella en tono sereno, firme, a la vez sus grandes ojos le miraban con una pena infinita, de compasión.

—Entonces, ¿usted sabe...?

Ella asintió tristemente con un movimiento de cabeza, notificando después:

—Quien no lo sabe es su hijo. Hemos procurado que no se entere de lo que era su padre. Posiblemente, y Dios me perdone, hubiera sido mejor para él y para mí, y para todos, que usted no hubiese aparecido nunca más, señor Carter. Sufrimos el dolor, y

ahora se reaviva cuando estaba casi dormido.

Los ojos de Jane brillaban, cuajados de lágrimas. El cobarde comprendió por vez primera que Jane Leary estaba enamorada de él desde hacía mucho tiempo, y de ahí su interés por Bob, y el retrato suyo en lugar tan destacado y su angustia presente. Y él, ciego a una realidad evidente, a una realidad que podía haber cambiado la derrota de su vida. Y en un impulso emotivo, deseando justificarse, contó su historia en los cinco años últimos, y describió a Gratt, y a Lil y a los demás. Y por último terminó diciendo amargamente:

—Tu revelación de lo que os ha pasado, de la ayuda del
F. B. I.

me convierte en un descentrado, no tengo nada ni a nadie. Es preferible que mi hijo no sepa nada y, cuando mañana desaparezca yo para siempre, me olvidará otra vez. Estoy descentrado de esta vida, Jane; ahí tienes una prueba —señalando la caja de cartón—. ¡Traía a Bob un «mecano», imaginándome tontamente que todavía era un niño de nueve años! ¡Aún no me he dado cuenta de que la vida ha seguido su curso durante mi ausencia!

Iba Jane a argumentarle, cuando sonó el timbre de la puerta, conmoviendo a los dos jóvenes. Carter se puso en pie, asustado. Jane también, reflejando perplejidad en sus pupilas.

—¿Quién será? —se preguntó en alta voz.

—Vaya a abrir. Yo entraré en el cuarto de Bob, sin despertarle. Despida pronto a quien sea; si me ven aquí...

Y con diligencia recogió su sombrero, la cartera y el cenicero, pasando a la alcoba de su hijo, que dormía profundamente. Cerró la puerta, de delgada plancha de madera.

A su través oyó una voz masculina que no le era desconocida:

—No, no, Jane; trabajas demasiado. Esta noche os venís conmigo.

La incógnita se desvaneció al escuchar decir a Jane:

—No puedo, Barry; me duele la cabeza, voy a acostarme enseguida.

—No seas terca, Jane. ¡Toma! Te traigo estas flores. Son las que tú prefieres —aseguró la voz de hombre amablemente.

Carter supo ya que se trataba de Barry Cooks, de su antiguo amigo del
F. B. I.,

con el que había pasado muchos peligros juntos, que les unieron en una amistad inquebrantable. Recordó la última vez que había visto a Cooks: cuando le expulsaron del

F. B. I.

en el Departamento de Justicia. Barry fue el único que se le acercó a animarle. De buena gana habría salido a abrazarle, pero la certeza de que Cooks era un fiel servidor de la ley, capaz de romper una amistad por no faltar a su deber, le mantuvo quieto en la alcoba.

Un sentimiento inexplicable embargó su ánimo: justamente cuando se había enterado del amor de Jane, se enteraba también que Cooks estaba enamorado de la joven. Bastaba con oírle decir en la salita de estar:

—Vamos, Jane, no seas tonta. Otras noches me has acompañado. A ti te gusta el teatro; he sacado la mejor fila.

—No, Barry, me es imposible. Otro día, mañana iremos.

—¿Serás capaz de matarme a disgustos? —preguntó la voz masculina, medio en broma, medio en serio—. Además, ahora que caigo, he de consultar con la otra parte. Para él también he traído una localidad.

—¡No! —gritó ella.

Y antes de que Carter pudiera separarse de la puerta y esconderse en un rincón, la puerta se abrió y quedaron frente a frente los dos hombres, los dos amigos, que por las circunstancias de la vida ahora eran enemigos.

Hubo un momento tenso, dramático, al ver Cooks a un espectro. Se quedó inmóvil; Carter también lo estaba, y Jane, atrás, pálida como la muerte. Ella reaccionó primeramente, mientras los hombres se miraban.

—Por favor, venid aquí los dos; vais a despertar a Bob, y sería peor.

Ya los tres en la sala de estar, con la puerta de la alcoba cerrada, prosiguió igual silencio agobiante, escudriñándose los dos antiguos amigos, tratando de leer en el pensamiento del contrario, mientras sus mentes buscaban activamente una solución al problema creado. Carter habló primero:

—¡Hola, Barry! ¡Ha sido una sorpresa encontrarte!

—¡Hola, Peter; la sorpresa ha sido mía! —dijo algo acremente, mirando de reojo a Jane por su silencio a la llegada del desertor.

De nuevo se quedaron callados; trabajando arduamente con el cerebro. La joven, sin tener costumbre de presenciar escenas difíciles, les contemplaba, sin saber qué hacer. Lil sí lo habría sabido. Con voz ronca por la emoción, contra su voluntad, Cooks anunció:

—Siento haberte encontrado yo, Peter. Hay una orden de detención contra ti. El

F. B. I.

te busca por todo el mundo. Mi obligación es detenerte. Entrégate por las buenas, será mejor para todos. No querrás que tu hijo conozca tu verdadera...

—¡Quieto, Barry! —ordenó Carter a media voz, pero enérgico y apoyándose en la amenaza de la automática que había sacado habilidosamente, cogiendo desprevenido al agente especial—. Ni me entregaré, ni mi hijo se enterará. El

F. B. I.

no podrá llevarme ante un Tribunal, te lo aseguro.

La aparición del arma conmocionó a Jane, que suplicó excitadamente, tuteando al cobarde:

—Por Dios, Peter, ¿qué vas hacer?

Y cuando iba a interponerse entre él y Cooks, éste la apartó con el brazo izquierdo, conservando su primitiva serenidad, como si un negro orificio no le estuviese apuntando. Clavando su mirada en los ojos de Carter le dijo:

—No pienso luchar ni defenderme, Peter. No podría hacerte daño. Has sido mi amigo, y Jane creo que te habrá contado lo que hemos hecho por Bob, mientras tú huiste cobardemente. He tenido la mala suerte de venir esta noche a esta casa: me has quitado a la mujer que pensaba hacer mi esposa si ella hubiese querido, y estoy obligado a detenerte. Comprende mi posición, Peter, y no hagas una locura que no conduciría a nada. Entrégate. Te juro ayuda; te buscaré al mejor abogado. ¡Vamos, dame ese arma!

Carter se encontraba acorralado por sus propios sentimientos y remordimientos. Podía ser libre a costa de algo horrendo, y no podía; pero tampoco se resignaba a ser conducido como res al matadero. Viéndolo todo rojo, ordenó:

—¡Vuélvete de espaldas, Barry, y mucho cuidado con lo que haces! ¡Levanta los brazos!

Serenamente el agente del

F. B. I.

obedeció. De un salto, Carter se le aproximó descargándole un culatazo en la nuca con la automática. Cooks cayó exánime al suelo.

—¡Lo has matado, Peter! —exclamó ella, horrorizada, tapándose los ojos con las manos, mientras se apoyaba temblorosamente en el respaldo de la butaca.

—No; ha perdido el conocimiento. No quise matarlo y no está muerto. ¡Permanece ahí quieta!

Rebuscando en las habitaciones del piso, encontró un fuerte cordel y un trozo de tela. Con la destreza de la práctica, todavía no olvidada, ligó las manos y pies de Barry, amordazándolo después. Luego lo arrastró hasta la otra habitación, la alcoba de Jane. Volvió, sentándose en el sofá y encendiendo un cigarrillo para calmar en lo posible sus nervios.

Tenía tiempo de pensar hasta la madrugada. Buscaba una solución y no la hallaba. No podía matar a su amigo Cooks, y, sin embargo, no le quedaba otro remedio. Si huía dejando a Cooks con vida, éste no tardaría en contar a sus jefes lo ocurrido, y la persecución comenzaría encarnizadamente hasta que le cazasen, porque el

F. B. I.

no perdía presa; y a él tendrían ganas de cogerlo. Después, la visión de la silla eléctrica le espantó.

—¡Tengo que matarlo! —murmuró con desesperación.

Oyéndolo Jane, que le contemplaba apenadamente, adivinando su proceso mental, se acercó a él y, cogiéndole las manos, le suplicó:

—Peter, por tu hijo, no hagas eso. Antes me contaste tu vida y supe que no habías derramado sangre. No lo hagas ahora. Te lo pido yo en nombre de tu hijo y de tu mujer. Ella desde el Cielo sufriría por tu crimen. Peter, déjalo en libertad. Entrégate al

F. B. I.;

allí te quieren, aunque creas lo contrario. Si te expulsaron fue con arreglo al reglamento, pero sus corazones te comprendieron. La prueba la tienes en lo que han hecho por Bob. Sé un hombre y acaba con esa vida de intranquilidad que terminará por asfixiarte. ¿De qué te valdrá ese dinero que dices tener, si no podrás

disfrutarlo con tu hijo? Ni tú siquiera disfrutarás de él, porque tendrías que vivir escondido, perseguido, hasta morir a balazos en cualquier pensión de por ahí, sin que una mano amiga pueda acariciarte. Peter, sé un hombre. ¡No me hagas sufrir más! Te he querido siempre, aunque tú no lo supieses. No destruyas la vida de tu hijo ni la mía, ¡por Dios!

Y como observase un mutismo absoluto en Carter, aun cuando sus facciones apareciesen relajadas por un síntoma de emoción, ella se dirigió a la alcoba de Bob, a realizar algo que podía costarle muy caro: revelar la verdad al muchacho y que él consiguiese lo que ella no había obtenido.

Carter quedó a solas. En su cerebro batallaban los pensamientos entre sí, y en su corazón se ponían en efervescencia los sentimientos más nobles del ser humano. Escuchaba un consejo de prudencia y cinismo, y después oía la voz de la conciencia y la llamada del amor y el remordimiento de sus robos, y el miedo a morir tan joven, y el eco de sus principios morales y religiosos.

Se apretaba las sienes, intentando estrujarse el cerebro para que éste destilase el camino a tomar, el verdadero camino, no una ruta equivocada como tomó en tiempos anteriores.

Levantó la cabeza al oír abrirse la puerta de la alcoba de Bob. Apareció primero su hijo, en pijama, muy pálido el muchacho y con los ojos muy abiertos; detrás, Jane, diciendo en voz baja:

—Se lo he contado, Peter.

Y cuando el cobarde iba a reaccionar, su hijo se le echó en brazos, abrazándole y besándole, a la vez que exclamaba entre lágrimas:

—¡Padre! ¡Padre mío!... ¿Por qué hiciste todo eso por mí?

Las murallas de la fortaleza egoísta en que se atrincheraba Carter se derrumbaron fragorosamente. Estrechó a su hijo y lloró con él. Aquellas lágrimas fundidas simbolizaban la regeneración espiritual; el castigo de los hombres carecería de importancia.

Un rato más tarde, Barry Cooks era desatado, con gran sorpresa por su parte. Carter repitió la narración de su historia, sin añadir ni quitar nada. El Agente Especial le escuchó con solemne atención, y al final le estrechó la mano conmovido.

—No te has equivocado esta vez, Peter. ¡Has hecho bien!

Daban las siete de la mañana en Washington, cuando los dos

hombres ultimaban sus planes para destruir primeramente a la banda de Gratt. Después, Carter se pondría a disposición del F. B. I.

para ser juzgado, pero se entercaba en ser él quien demoliese la organización del criminal «boss», al que odiaba por lo mucho que le había hecho padecer. Sobre este punto, Cooks no pudo convencerle de lo contrario. Resignado, y confiando en la nobleza de su antiguo camarada, prometió prestarle ayuda extraoficialmente, hasta que llegase el momento de notificar lo sucedido a los superiores, a fin de que el

F. B. I.

actuase en masa.

La misma noche que Peter Carter decidía cambiar de vida, en una modesta casa de la calle Isherwood, de Washington, una escena trágica se desarrollaba en la fastuosa residencia de Gratt, en Chicago, en el paseo de la Costa del Lago.

Sentados en el tresillo de la mal llamada biblioteca, Lil y Gratt charlaban y charlaban, después de haber regresado del teatro, y bebían frecuentemente sin dejar de fumar. Ella lucía su belleza turbadora con ayuda de un vestido de noche atrevidísimo. Él vestía de «*smoking*», no reparaba en secarse los dedos, húmedos por la embriaguez naciente, en la pechera de la alba camisa.

—¿Por qué no te has quitado los guantes, Lil? ¡No puedo besar tus lindas manitas así, nena!

—¡Qué tonto eres! —exclamó ella, radiante de felicidad.

Y poniéndose en pie, se acercó al muro de la izquierda, levantando uno de los cuadros. Tocó un botón y los tabiques de corcho comenzaron a tapar los huecos de la estancia.

—¿Por qué haces eso, Lil?

—¡Estás muy preguntón esta noche! —aseguró la joven, regresando junto al «boss», al que acarició mimosamente la barbilla —. Te lo diré: porque deseo estar a solas contigo, sin que nadie nos estorbe ni nos oiga. Siempre tienen que acompañarnos algunos de esos dos mastines que te guardan.

Gratt se echó a reír exageradamente, a la vez que se desabrochaba los botones del chaleco; sentía demasiado calor.

—¡Tiene gracia!... Es verdad: son dos buenos mastines. Habrá

que echarles de cuando en cuando un hueso a roer. Sobre todo, a mi hermanastro.

—Sin embargo, gruñen a menudo. Protestan que gastes tanto dinero, como si fuese de ellos. Piensan cosas que no te agradarían si las supieses; estoy segura.

—¿Cuáles?

—Que eres tonto jugando a la Bolsa, y terminarás arruinándote.

—¡Bah! Aún me queda dinero para comprar medio Chicago. Tengo sin tocar las joyas.

—¿Y si la Policía se diese cuenta y te exigiese explicaciones?

—No las tengo en ningún Banco. Las tengo en la caja fuerte de mi alcoba; y aquí están las llaves —manifestó él golpeándose el bolsillo del pantalón con excesiva violencia. Gratt estaba más que optimista: el alcohol le hacía soñar con negocios fabulosos; lo peor era cuando despertaba a la mañana siguiente. Se ponía de humor agrio en cuanto se le hablaba de dinero gastado. Comenzaba a darle por el juego y la pendiente de su ruina se inclinaba cada vez más.

Lil le contemplaba con evidente admiración.

—¡Qué guapo eres! —exclamó arrobadamente—. Eres el hombre más guapo y más fuerte que nunca he conocido —y tocándole los bíceps aseguró—: Si le das un puñetazo a cualquiera lo...

Gratt se retorció de risa en el diván.

—Por favor, Lil, no me hagas cosquillas. Por lo menos, quítate los guantes.

—Me gustas más cuando ríes así, como un chiquillo de diez años. Hay que quererte a la fuerza. Además, estoy orgullosa de que me quiera el más valiente de los hombres. ¿Tú no tienes miedo a otro que tenga una pistola en la mano?

—Si tengo yo otra, no. De joven era el mejor «sacador» y el más veloz. Ninguno de mis compañeros de andanzas me adelantaba.

—Ya habrás perdido mucho. No te ejercitas... Eso será como todo: habrá que practicarlo.

—Todavía estoy en forma —aseguró él fanfarronamente, deseoso de mostrar sus habilidades ante la mujer que le tenía loco.

Y de la pistolera de la axila sacó rápidamente una «Browning» de respetable calibre. No se separaba de ella en ninguna ocasión, fuese donde fuese. Tenía miedo a morir en una emboscada de sus antiguos compinches burlados en distintas ocasiones.

—¿Has visto lo que he tardado en «sacar», nenita? Y en cuanto a puntería, porque no es sitio éste para disparar, pero... te juro que aquel jarrón de allí se iba a quedar sin asa en un dos por tres.

—Oye, no he visto nunca un silenciador de esos que utilizáis para no hacer ruido. ¿Cómo son? ¿Tú tienes alguno?

—¡Claro! Siempre lo llevo encima, por lo que pudiera surgir.

Gratt se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó el pavonado cilindro silenciador del estampido. Con las manos enguantadas, Lil lo sopesó y remiró con curiosidad.

—Y ¿cómo se pone? ¿Enchufándolo?

—No, este modelo es a rosca. ¡Trae! Así se pone. ¿Ves?...

—¡Qué rara está la pistola con eso tan largo! —exclamó ella ingenuamente.

—¡Mujer al fin y al cabo! Ves una pistola con silenciador y lo único que se ve ocurre decir es que está fea.

—Oye, tú: apunta para otro lado.

—Está cargada, pero no te preocupes; sin apretar el gatillo...

—¡Ah, bueno! Yo he tirado por deporte al blanco, pero sin silenciador. ¿Pesa esta mucho? —preguntó ella con la cara más angelical del mundo, a la vez que tomaba suavemente el arma de las manos del «gangster».

—Para mí, no —manifestó él, arrellanándose en el diván y apoyándose en el respaldo a la vez que tomaba la copa de la mesita central y bebía, devorando con los ojos a la fascinadora mujer rubia.

Lil, con los enguantados dedos dándole vueltas al arma, dirigió despreocupadamente el cañón contra el pecho de Gratt. Y entonces ella levantó la cabeza.

¡Qué expresión tan terrible y siniestra no vería Gratt en los azules ojos de Lil para quedarse paralizado en el asiento! Y cuando quiso arrojarle a un lado, ya era tarde. Sonó sordamente la detonación.

El «boss» se encogió al encajar el impacto, y sus recias facciones se contrajeron con un rictus de dolor y espanto a la vez. Sus asustados ojos se iban cerrando, mientras sus manos se tintaban de escarlata al apretarse la pechera de la camisa. Rabiosamente insultó:

—¡Perra, me has...! ¡Perra!...

Y poniendo en tensión sus músculos, con un esfuerzo sobrehumano, intentó incorporarse para castigar a la mujer, que se había levantado tras el disparo. Ella, sin retroceder ni mostrar pavor ante la horrible mueca de Gratt, con un brillo acerado en sus pupilas, apretó el gatillo por segunda vez. Junto al impacto primero fue a incrustarse el último.

Girando a medias, Gratt cayó de espaldas en el diván, mirando a la mujer con un odio asesino. La sangre le brotaba a borbotones de la boca y apenas se le entendió murmurar:

—¡Carter tenía razón!... ¡Eres una mala mujer!

Quedó rígido después de la última convulsión. Tranquilamente Lil arrojó el arma junto al cadáver del hombre que se jactaba de ser más astuto que nadie. Una mujer había sido su perdición anticipada, porque de todas formas estaba destinado a morir electrocutado, en justo castigo a su carrera de crímenes.

Lil fue registrando uno por uno los bolsillos del muerto. Se guardó las llaves, la cartera y todos los papeles que le encontró. Con asco tiró a un rincón la «llave inglesa». Después sentóse en uno de los sillones, procediendo a quitarse los guantes parsimoniosamente, en tanto que fijaba su vista en la botella de licor. Meditaba la parte segunda de su diabólico plan, del plan que había concebido la última noche que vio a Peter Carter. Fríamente, con su astucia característica, lo había preparado punto por punto, sin descuidar un detalle, como un consumado estratega.

Ella no quería quedarse sin dinero. Y Gratt llevaba camino de arruinarla. En su maquiavélico juego entraban dos peones importantísimos; no ignoraba que Hunt estaba enamorado de ella, y si el impenetrable «gangster» no lo denotaba era por respeto al «boss»; el otro radicaba en el conocimiento de la hermandad de Gratt y Cabot. Este último, un día que estaba de buen humor, contó a Lil que era hermanastro del jefe, hermanos de madre, y también había manifestado que admiraba la prestancia y la puntería de Gratt, al que quería como un perro.

Dando comienzo a la segunda parte de su maligno plan, salió de la biblioteca, sin olvidarse de echar por fuera la llave, y atravesando el «*hall*», subió al piso inmediato, deteniéndose junto a la segunda puerta de la izquierda en el largo corredor central. Había encendido una de las luces, pues la casa estaba a oscuras y los sirvientes

durmiendo en el piso bajo, en las habitaciones que daban a la fachada posterior del monumental «cottage».

Golpeó la puerta, mientras con la mano izquierda se alborotaba algo el cabello. Tuvo que repetir la llamada.

—¿Quién es? —Escuchóse preguntar a la voz de Hunt; por su ronquera indicaba que había sido despertado.

—Soy yo, Lil —repuso ella, pegando los labios al ojo de la cerradura, en tono tajo, pero con un acento de angustia.

Sonó el ruido de una llave al girar, y abrióse la puerta. Hunt, en pijama y zapatillas, con cara de sueño, vio a una Lil descompuesta de terror, llorosa, agobiada por una inmensa pena.

—¿Qué te pasa, Lil?

En lugar de contestar, ella entró en la alcoba, y en cuanto Hunt hubo cerrado la puerta, no sabiendo a qué atribuir la insólita visita, Lil se le echó en brazos, gimiendo desconsoladamente. Apoyaba su bonita cabeza sobre el fuerte pecho del «gangster», mientras su cuerpo se estremecía por los sollozos.

—¿Qué te ocurre, Lil? —preguntó él por segunda vez, desconcertado, embriagándose con el perfume de la joven.

—Soy muy desgraciada, Hunt. ¡Nadie me quiere! ¡Soy muy desgraciada! —aseguró ella, sin cesar en su gimoteo, semejando una inocente niña desvalida.

—No llores, Lil. Anda, ven, siéntate y cuéntamelo todo. ¿Qué te ha pasado?

Ya sentados al borde del lecho abrazándole ella todavía, levantó la cabeza: su bello rostro estaba surcado de lágrimas. Entrecortadamente, sin aliento, dijo:

—Hunt, me tienes que ayudar. Vengo a pedirte ayuda. ¡He hecho algo horrible!

—Vamos, dime qué te sucede. ¿Qué es eso tan horrible? —preguntó él, cariñosamente.

—Estábamos Gratt y yo en la biblioteca, y... ¡Oh, Hunt, Gratt era muy malo conmigo! ¡Me obligaba a tantas cosas!... —Y continuó llorando con más fuerza aún.

—¿Qué ha sucedido? ¿Habéis reñido?

Ella asintió con la cabeza, y después notificó a retazos:

—Me amenazó con su pistola; estaba borracho. Forcejeamos y no sé cómo, apreté el gatillo y... ¡Está allí!... ¡Muerto!... ¡Ha sido

horrible!...

Gratt dio un salto, separándose de ella, que se echó sobre la colcha ahogándose en sollozos.

—¿Gratt muerto? —preguntó Hunt, no creyendo que el «boss» pudiese estar muerto, si apenas hacía una hora que se habían separado, de regreso del teatro.

Lil asintió con la cabeza diciendo a la vez:

—¡Lo he matado!... ¡Era un monstruo!... ¡Yo no quiero ir a la «silla»! ¡Me tienes que ayudar, Hunt! ¡Por eso he venido a ti!

Con el arte de una maravillosa actriz, Lil iba graduando sus palabras y actitudes, prosiguiendo su diabólico plan preconcebido. El forajido la veía tan débil tan desesperada, que arrastrado por el amor oculto que la profesaba se acercó a ella, acariciándole la rubia cabellera.

—Sí Lil; has hecho bien en venir a mí. No llores: no irás a la «silla». Yo lo arreglaré todo. Por ti soy capaz de todo; tú lo sabes. ¡No llores!

Lil se incorporó para echarse de nuevo en los brazos del «gangster», buscando protección. El amor y el masculino instinto de protección hicieron caer a Hunt en la trampa. Sentía bajo sus dedos la piel tibia y suave de la mujer. Decididamente, aseguró:

—¡Vamos a arreglarlo ahora mismo, Lil! No, será mejor que vayas a tu habitación y procures dormir; lo arreglaré yo solo.

—¿Qué vas a hacer, Hunt?

—Pues... no lo sé. Lo pensaré abajo.

—Te acompaño yo —y mirándole a los ojos, ofreciéndose, le susurró—: ¡No sé cómo pagarte esto, Hunt!...

Un escalofrío recorrió la espalda del forajido. Con un esfuerzo de voluntad acuciado por la realidad del asesinato, se apartó, diciendo:

—Espérame afuera; me vestiré en un momento.

Encerrados en la biblioteca, yaciendo grotescamente sobre el diván, el cadáver de Gratt, acordaron la forma de sacarlo de allí. Fue Lil quien marcó la ruta a seguir. No podían utilizar ninguno de los automóviles particulares, porque el chófer dormía sobre la cochera y le despertarían. Hunt iría a un garaje de la calle Clark, donde guardaba un automóvil utilizado para «casos especiales» que no estaban muy de acuerdo con la ley, matriculado bajo falso nombre. Lil le esperaría y ayudaría a sacar el cadáver cuando

trajese el coche.

Apenas Hunt salió de la residencia, Lil, en su alcoba, se arregló el cabello y pintóse los labios, borrando de su rostro las huellas de las lágrimas. Maniobraba serena y rápidamente ante el espejo, hasta quedar satisfecha de su aspecto.

Saliendo, cruzó el largo corredor, llamando con los nudillos a la última puerca de la izquierda. No tuvo que golpear por segunda vez.

—¡Adelante! —Oyóse decir a Cabot en el interior.

Girando el pomo, Lil empujó, penetrando en una alcoba iluminada por la lamparilla de mesa. Cabot semiincorporóse, extrañado de la presencia de Lil, que se acercó apresuradamente, con el terror y el nervosismo retratado en su linda cara.

—¡Cabot! ¡Ha ocurrido algo espantoso! ¡Hunt ha matado a Gratt, a tu hermano!

—¿Qué estás diciendo? —preguntó el forajido, dando un salto en el lecho como impulsado por un muelle, sin darse cuenta de que estaba en paños menores.

—¡Acaba de asesinarlo en la biblioteca!

Cabot desenfundó la «Browning» de la pistolera que colgaba de una silla, y sin preocuparse de su casi desnudez, se dirigió hacia la puerta, como enloquecido. Lil, esperando aquella reacción tan conveniente a su intriga, le sujetó:

—¡Espera! ¡No seas loco! Hunt no está aquí ahora; ha salido hace un momento en busca de un coche. ¡Escúchame! Matarlo aquí sería una barbaridad, armaríais tal tiroteo que los sirvientes se enterarían. ¡Escúchame: hay tiempo de sobra para lo que deseas hacer!

Las enérgicas y dominantes afirmaciones de Lil impresionaron a Cabot, quien, de temperamento tortuoso, prefería la astucia a la fuerza. Mientras se vestía, Lil le contaba la segunda gran mentira de aquella fatídica noche:

—Cuando regresamos del teatro los cuatro, recordarás que Gratt y yo penetramos en la biblioteca, a charlar y beber un poco; vosotros os subisteis a dormir. No habría pasado una hora cuando Hunt se presentó completamente vestido, diciendo con cara muy misteriosa que no lograba dormir, y rogó a tu hermano que le concediese unos minutos a solas para hablar de un asunto muy

grave. La verdad es que nos extrañó su actitud. Le creíamos acostado. Los dejé solos y subí a mi alcoba. Viendo que Gratt tardaba mucho, y recordando el extraño aspecto de Hunt, no sé qué me dio el corazón, pero el caso es que bajé a la biblioteca, justamente cuando Hunt salía de allí, muy nervioso, e intentaba cerrar por fuera. Me extrañó. Le pregunté por Gratt. Se vio descubierto, y entonces me hizo pasar. Tirado en el diván estaba tu hermano, con la camisa llena de sangre.

Lil hizo una pausa, como si la emoción no la dejase articular palabra; hasta en sus ojos lucía el cristal de unas lágrimas. Luego prosiguió:

—Entonces, Hunt se me declaró. Recordarás que tú me habías dicho en broma algunas veces que él me adoraba, y yo lo tomé a chacota. Era cierto. Me dijo que había asesinado por mí, porque yo fuera suya. Y como le insulté, me amenazó con matarme si le descubría, y hasta me obliga a ayudarlo a sacar el cuerpo. Ha ido en busca de un coche. Vendrá dentro de un rato; debo esperarlo a la puerta de la verja. ¡Tienes que vengar a tu hermano, Cabot!

—¡Voy a acribillar a ese traidor! —masculló Cabot, vestido ya, con la automática en la mano—. ¡Vamos a esperarlo en el jardín!

—No, no podemos dar escándalo. El mal está hecho; tu hermano ya no puede revivir. Tenemos que pensar en nosotros y evitar que la Policía se entere. Lo mejor será que esperes escondido en el jardín, y cuando él y yo entremos en la biblioteca a recoger el cadáver, tú sal y te escondes al otro lado del coche. Será ese modelo antiguo de otras veces, que lleva portaequipajes atrás. Como todo lo haremos a oscuras, cuando arranque, te agarras al portaequipajes. Y como él parará en un sitio solitario, junto al lago, te echas encima entonces. ¿Entendido? Ya sabes tú lo que has de hacer. ¡Déjalos allí, y no olvides quitarle toda la documentación a Hunt! Tu hermano ya no la tiene. Así tardarán en identificarlos y tendremos tiempo para decidir. Sobre todo, no le des tiempo a defenderse; él es muy buen tirador y no quisiera quedarme en manos suyas, ahora que me falta tu pobre hermano.

—No llores, Lil. Tenemos que resignarnos y darle a ese canalla su merecido. Oye; ¿no será algo expuesto ir cogido al portaequipajes? Podrían verme, y...

—¿A estas horas de la madrugada? No. No hay nadie por las

calles. Él irá a toda velocidad, y como tú llevas un traje oscuro, nadie se dará cuenta y no podrán avisarle. Anda, vamos abajo, y no se te ocurra adelantar los acontecimientos. En el sitio que pare, tira a matar, porque si no el muerto serías tú. Y yo no quiero eso, ya que me falta tu hermano... No olvides tirar con silenciador.

Tal como había previsto Lil se desarrollaron los primeros acontecimientos. Esperaba ella a la puerta de la verja cuando regresó Hunt con el gran coche de atrasado modelo.

Cabot, escondido entre unos macizos del jardín, les vio dirigirse hacia la casa, y él se deslizó hasta el paseo, ocultándose al otro lado del vehículo, agazapado. Al momento oyó las respiraciones de los otros dos que llevaban el cadáver, el ruido de la otra puertecilla al abrirse y cerrarse, y las palabras de Hunt cuando se sentaba al volante:

—Volveré enseguida, Lil.

Se puso en marcha el coche y Cabot se agarró al portaequipajes, en el mismo momento del arranque; la postura era incómoda. Atrás quedó Lil, entornando la puerta de hierro, y dirigiéndose a la casa, satisfecha de su triunfo.

Hunt conducía paseo arriba, pisando a fondo el acelerador, deseoso de desembarazarse del cadáver cuanto antes. Había preparado una cuerda hecha lazo y un doblado y pesado trozo de tubería de plomo; pensaba utilizar las aguas del lago como tumba de su fenecido «boss». Imaginaba por anticipado en lo agradable que sería su vida, compartida con la hechicera mujer a la que había amado en silencio desde el primer día. A la mañana siguiente habría que engañar a Cabot o «eliminarlo» si osaba protestar.

El automóvil corría por el paseo de coches del Parque Lincoln, totalmente solitario a aquellas horas. Torciendo a la derecha, detuvo Hunt el vehículo bajo un copudo árbol, aprovechando la oscuridad del lugar. La pétrea muralla estaba a unos pasos y le sería fácil llevar en brazos el cadáver y arrojarlo al agua. Apeándose, abrió la puertecilla trasera, para colocar el lazo con el plomo al cuello del difunto Gratt. Oyó un ruido extraño, como si algo crujiese bajo la suela de un zapato, y cuando quiso volverse a mirar, ya era tarde. Cabot le encañonaba con la pistola y apretaba el gatillo por tres veces. Sonaron tres sordas detonaciones en el silencio nocturno, y Hunt recibió en la espalda y en el costado los impactos, herido de

muerte. Se desplomó sobre el cadáver de Gratt.

Cuando las manos de Cabot le registraron, él ya no podía darse cuenta.

Momentos después, dos cuerpos sin vida quedaban tirados junto al rugoso tronco del árbol. Cabot se llevaba el coche, que dejó luego abandonado en una tenebrosa calleja. Regresaría a pie, saboreando el placer repugnante de la venganza, y soñando con la realidad de una jefatura que le había correspondido cuando menos se lo esperaba.

HABLAN REALIDADES:

¡CULPABLE!, 1.^a edición. (Agotada.)

» 2.^a edición. (Agotándose.)

LA HORA GRIS, 1.^a edición. (Agotada.)

» » 2.^a edición. (Imprimiéndose.)

¡Este es el triunfo de la Colección

F. B. I.

VIII

AL SERVICIO DEL F. B. I.



CUATRO días después de los pasados acontecimientos, Carter regresaba a Chicago. Primeramente se dirigió al piso que tenía alquilado en la calle Treinta y Cinco, y luego, a media tarde, conduciendo el Packard negro, posiblemente por última vez —según había decidido—, se dirigió al paseo de la Costa del Lago, entrando en casa de Gratt. Ignorante del drama ocurrido en la lujosa mansión, observó enseguida que los sirvientes habían sido cambiados: los de ahora tenían modales más bien de rufianes que de respetuosos servidores.

Al preguntar por el señor Kenner —nombre falso de Gratt— le dijeron que se hallaba de viaje. Preguntó por Lil.

Tuvo que esperar en el «*hall*», fumándose un cigarrillo, a que apareciese la bella mujer bajando la escalera. Descendía muy pausadamente, apoyándose con delicadeza en la barandilla de mármol. La majestad de sus movimientos, unido a una flexibilidad de felino, era realzada por la hermosura de su rostro, sonriente en esta ocasión al ver a Carter. La escena perdió una gran actriz cuando Lil se había lanzado a ser una gran aventurera.

—¡Qué agradable sorpresa, querido Carter! —saludó, tendiéndole su diminuta mano, desde el último escalón.

El cobarde se la besó no sin cierta repugnancia, para no levantar sospechas en el criado, que permanecía junto a la puerta de entrada.

—Pasemos a la biblioteca —propuso la joven, cogiéndose del brazo de Peter.

—¡No tengáis tanta prisa! ¡Hola, Carter! —saludó la voz de Cabot, desde lo alto de la escalera, apareciendo al momento, y descendiendo con la elasticidad de un púgil de peso welter. Sonreía más irónicamente que nunca.

Como en tiempos anteriores, ignorante del cambio de situación, Carter hizo caso omiso del resbaladizo forajido, y siguió con Lil hacia la biblioteca. Pero no pudo impedir que entrase también Cabot, quien, como de costumbre, tuvo buen cuidado de encender la lámpara y pulsar el resorte que movía los mamparos de corcho, aislando la habitación. Se le veía seguro, parlanchín, jactancioso, como el gallo en un gallinero.

Lógicamente, la primera pregunta de Carter, en cuanto estuvieron sentados fue:

—¿Dónde está Gratt? Me han dicho que andaba de viaje. ¿Adónde ha ido?

—Ha ido de viaje a un lugar algo lejano —repuso prestamente Lil, consiguiendo una mirada de asentimiento de Cabot.

—¿Algún nuevo negocio? —preguntó el cobarde.

—Un «negocio perdido» —contestó Cabot, con cierto nervosismo.

—Pues lamento que esté ausente. Venía a hablar con él seriamente acerca de lo que hablamos la otra noche.

—Pues puedes hacerlo conmigo. He quedado en representación de mi hermano, y es posible que por mucho tiempo. Yo mando ahora.

—¿Tu hermano?

—Bueno, mi hermanastro. No lo sabías, ¿verdad? Pues ya lo sabes; y no se te olvide que ahora mando yo. Olvida que Gratt existió, Carter, y ten presente que él te aguantaba muchas cosas. Yo tendré menos contemplaciones.

Rápidamente intervino Lil, cortando la bravuconería del atildado Cabot. Cambió por un momento de conversación:

—Estuviste por fin en Washington, ¿no? Llamamos ayer a tu casa, y nos dijo tu criado que estabas de viaje.

—Sí, estuve allí viendo a mi hijo. Sobre esto quería hablar a Gratt. He determinado apartarme de vosotros. Y si queréis pelea, la tendréis.

—No corras tanto, Carter; repito que yo no soy Gratt. Las contemplaciones se acabaron. Mis proyectos se basan en crear una nueva banda y hacer resurgir el comercio de heroína con más impulso que antes. Podemos ganar el dinero a montones. Y en este juego tú serás una pieza de la maquinaria. Lil me ha convencido de que eres necesario, mejor dicho, tus consejos —expuso Cabot algo nerviosamente, y, sin darse cuenta, excitado más de lo debido en su nuevo cargo de «boss», fue a sacar el pañuelo y con él salió, cayendo al suelo, la «llave inglesa» de Gratt.

Vio el instrumento Carter y quedóse extrañado. Él sabía que Gratt nunca se separaba de la «llave», y le había oído decir en mil ocasiones que ni vestido de frac se la dejaba en casa. Este detalle le hizo sospechar la verdad de lo ocurrido, recordando lo del «largo viaje».

—¿Ha muerto Gratt? ¿Qué ha pasado?

—Por desgracia, ha muerto —confirmó seriamente Cabot—. Hunt lo mató. Y yo maté después a Hunt, y al que se le ocurra ponerse de través en mi camino.

Carter, al oír la doble noticia, quedóse anonadado: esperaba todo menos aquello. Extendióse un pesado silencio en la estancia aislada del exterior. Lil se levantó, dirigiéndose a una especie de «secretaire» y, tomando un lápiz, escribió sobre una hoja de papel:

«Déjame a solas con Carter. Ya sabes lo que es. Le

convenceré. Confía en mí».

Y con un disimulado movimiento de cabeza llamó a Cabot a su lado, dándole a leer el papel. El hermanastro de Gratt lo leyó y, tras meditar un momento, asintió con un gesto. En silencio salió de la habitación, dejando a solas a Peter y a Lil, quien no descuidó pulsar el botón de la pared, corriendo los tabiques de corcho por si Cabot intentaba escuchar desde fuera. Regresó junto al cobarde, y suavemente, hasta con humildad, le preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Peter?

—Marcharme. Lleváis camino del infierno. La fiebre del botín os ha convertido en fieras.

—¡No puedes marcharte, Peter! —dijo ella, aproximándosele y cogiéndole las manos con las suyas, ardientes y acariciadoras—. No puedes marcharte, porque ahora es la ocasión de que tú seas el «boss».

Y a continuación, rápidamente, le contó al detalle lo retorcido de su plan, y cómo su criminal combinación había dado como fruto la muerte de Gratt y de Hunt, quedando por ocurrir la de Cabot, último obstáculo a eliminar.

Carter se separó de ella, cual si Lil fuese, un reptil de contacto viscoso.

—¿Es posible que hayas asesinado de esa forma, Lil? ¡No eres un ser humano!

La reacción de ella fue tan inexplicable como la de la generalidad de las mujeres. En vez de sentirse herida por el insulto, se mostró sumisa y rendida al cobarde. Apasionadamente, expuso:

—Lo hice por ti, Peter, por los dos. ¡Te quiero como a nadie quise! Eres el único hombre que se me ha resistido, que me ha despreciado, y por eso te quiero. Los dos juntos seremos fuertes, nos haremos ricos y el mundo será nuestro. Quiero a tu hijo como si fuese mío...

—¡Calla, maldita, calla! ¡No nombres a mi hijo con esos labios de...! Siempre te he despreciado, y ahora mucho más. ¡Me das asco y lástima! Te espera la silla eléctrica.

Y haciendo caso omiso de las súplicas de la mujer, que por vez primera se hallaba enamorada, a su modo, Carter pulsó el botón, cuyo emplazamiento ya conocía a fuerza de vérselo hacer a los otros, y salió de la habitación y de la casa, presurosamente, dejando

a Lil en la biblioteca, sollozando sobre el mismo diván donde ella había matado a Gratt.

Apenas llegó Carter a su piso escribió el siguiente telegrama a su amigo Barry Cooks, usando la clave más general en el F. B. I.:

«Gratt y Hunt han muerto respectivamente a manos de Lil y de Cabot. Dejaron sus cadáveres en el Parque Lincoln. La Policía metropolitana recogerá la pistola de Hunt. Solicítala. Comprueba en laboratorio la identificación del proyectil y cápsula con lo encontrado en Lincoln Road, cuando lo mío. Hunt era uno de ellos. En cadáver de Hunt habrá proyectil correspondiente al arma de Cabot. Examínalo. Comunícame decisión director. Carter».

Tres días más tarde, en Washington, en los laboratorios de Balística del

F. B. I.,

Barry Cooks, siguiendo la petición de su amigo Carter, entregaba a un técnico la recién llegada arma de Hunt, con munición en el cargador.

Aquella sección del laboratorio de Balística se hallaba en una espaciosa sala con amplios ventanales en tres de sus paredes, viéndose en la cuarta un enorme armario ostentando ordenadamente armas de todas clases y calibres, con sus correspondientes etiquetas. Por todos sitios había armarios-archivos con muchos pisos de cajoncillos a su vez divididos en compartimientos, en los cuales reposaban proyectiles y proyectiles, con unos rotulitos atados. En el centro de la estancia, multitud de aparatos: micrómetros, microscopios, probetas, frascos con distintos productos químicos para las reacciones con pólvora, fluoróscopos, calibradores, máquinas fotográficas y un sinfín de aparatos desconocidos para los profanos.

Trabajando en silencio, varios técnicos del

F. B. I.,

con sus largas batas blancas como si se tratase de un sanatorio.

El encargado de investigar lo encargado por Cooks, se dirigió

con la pistola de Hunt en la mano, a una habitación contigua, de reducidas proporciones y sin luz natural alguna. Veíase que las paredes estaban forradas de vellones de hilos blancos y brillantes sujetos por una red metálica. Cerrada la puerta, el técnico se acercó a una cavidad cuadrangular abierta en una de las acolchadas paredes. Al fondo veíase una superficie algodonosa, de color también blanco. Apuntando al fondo, hizo fuego con el arma entregada. Absorbieron las paredes el estampido.

En silencio, sin hacer comentarios, el técnico metió el brazo, sacando una especie de almohadilla. Le fue fácil hallar el proyectil disparado. Con él y el casquillo expulsado, regresó a la gran sala y, después de escuchar las indicaciones de Cooks respecto al lugar y la fecha donde murieron un inspector y un agente del

F. B. I.,

al atacar a unos «gangsters» en Lincoln Road, frente a una gasolinera, buscó en los archivos, eligiendo cuatro proyectiles que había juntos en un cajoncito, con otras cápsulas.

Con la bala «test» disparada contra la almohadilla algodonosa y las otras cuatro, se puso a maniobrar en un complicado de dobles oculares y doble campo. Al rato de estar investigando y comparando, levantó la cabeza, diciendo con una ligera sonrisa de satisfacción:

—¡Aquí está! ¡Han sido disparadas con ese arma! ¡Puede mirar, Cooks!

El agente especial aproximó los ojos a los oculares y vio parte de la superficie de las dos balas colocadas longitudinalmente, mostrando unos surcos brillantes, de igual profundidad, longitud y desarrollo. No había duda alguna. La misma arma, con las estrías en espiral de su cañón habían dejado las inconfundibles huellas.

Adaptando al mismo microscopio de comparación otro aparato, fue examinando el técnico diferentes cápsulas. Por segunda vez invitó a Cooks a que mirase. Éste vio entonces un gran círculo metálico seccionado de arriba abajo por una línea diametral. Los semicírculos presentaban a su vez huellas semicirculares que se complementaban justamente en el diámetro divisorio. Se trataba de los pistones correspondientes a las dos cápsulas elegidas, con sus idénticos mordiscos dejados por el percutor de la misma arma.

La culpabilidad del difunto Hunt en el asesinato cometido en

Lincoln Road hacía años, quedaba patente. Si hubiese vivido, era prueba suficiente para condenarle a muerte.

Cooks ordenó que se les sacasen las respectivas fotografías ampliadas, y que las enviasen al despacho del director, donde él aguardaría, tratando del caso Carter.

Se encontraba Carter en su casa a las dos de la tarde, cuando su criado, hombre voluminoso y de aspecto bonachón, entró en el «*living-room*», anunciando:

—Le llaman al teléfono, señor.

—¿La voz de esta mañana? —preguntó Peter, sin dejar de hojear una revista.

—No, señor. Ahora es voz de hombre.

Carter se levantó y salió al corredor, en cuyo rincón había una mesita circular y en ella el aparato telefónico.

—¡Diga! ¿Quién es?

—Cooks al habla. Acabo de llegar. ¿Vas a estar ahí?

—¡Hombre, Cooks! ¿Qué haces en Chicago? ¿Qué órdenes traes?

—Ya te contaré. Necesito verte enseguida. ¿Puedo acercarme? Estoy en el aeródromo.

—No, no conviene que vengas por aquí, por si acaso... También yo tengo que contarte algo muy importante. Será mejor que nos veamos a las tres en el «*hall*» del Palmer House, esquina Monroe a State. No me saludes, sígueme hasta que te haga señal de acercarte.

—Allí estaré. ¡Hasta ahora!

En el punto señalado y a la hora citada, ambos amigos se encontraban sin manifestar conocerse. Carter, con un periódico en la mano, echó a andar por la acera derecha de la calle State, Cooks le seguía a prudente distancia, deteniéndose a veces frente a los escaparates, para comprobar que no eran seguidos. Vio que Carter pasaba a un bar, cuyo rótulo ostentaba un gallo colorado, en postura desafiante, y titulado «El Campeón», y allí entró, detrás.

El local era amplio y a aquellas horas había poquísimos parroquianos. En el rincón más apartado se hallaba Carter, sentado a una mesa, solicitando algo de un camarero. Cooks recibió la señal convenida y se aproximó, sentándose enfrente, sin saludarse, como si se hubiesen visto media hora antes. Carter ya había pedido unas copas de «cognac» y en cuanto el mozo las hubo servido, preguntó a

su amigo, sin dejar de observar a los que entraban por la puerta de la calle:

—¿Qué ocurre? ¿Qué habéis decidido?

—La identificación de las balas convenció al director. Traigo poderes especiales para solicitar la ayuda del

F. B. I.

local —manifestó Cooks, y luego haciendo una pausa, mirando a su amigo frente a frente, comunicó—: Tengo una mala noticia para ti, Peter. Sé un hombre y domínate cuando la conozcas. Si te la digo es porque nadie puede solucionarla mejor que tú. Hace tres días hicimos la identificación de los proyectiles. Conseguí del director que me encargase de este caso, y fui a casa de Jane por si querían algo para ti. Me sorprendió mucho encontrar una botella de leche en la puerta. Eran las cuatro de la tarde. No contestaron al timbre. Volví a las ocho y tampoco habían regresado. Extrañado, regresé a las diez de la noche, y estuve largo rato tocando el timbre. No salían a abrirme. Sospeché algo horrible yforcé la puerta con mis gonzúas. Jane estaba atada y amordazada en su alcoba. Me contó que estaba así desde el día anterior. Llegaron dos individuos, la redujeron y se llevaron a tu hijo.

Realmente Carter era un hombre con voluntad decidida a no flaquear una vez tomado el camino de la penitencia. Sus facciones no se conmovieron, pero la piel se le tomó lívida, espectral, y el periódico se arrugó bajo sus crispados dedos. Cooks hubiera querido darle ánimo, pero no sabía cómo. Fue Carter el primero en hablar, con voz muy ronca:

—Entonces, a eso se debe la llamada que esta mañana me hizo Lil. Me llamó por teléfono, citándome en su casa para las siete de esta tarde, anunciándome una noticia muy importante. ¡Ésa era la noticia! Me quiere ligar a ellos por todos los medios. Mientras estuve en Washington estos días pasados aquí sucedió...

Y Carter fue relatando todo lo que sabía por las revelaciones de Lil y Cabot. Era una narración sucinta, destacando los hechos importantes, y su posición, todo dicho en voz muy baja y temblorosa, preso todavía por la noticia del secuestro de su hijo.

Al terminar, Cooks le preguntó:

—¿Qué te parece que hagamos? Con los de la delegación local nuestra y la Policía Metropolitana podemos asaltar la casa, y

obligarles a confesar el sitio donde tienen a...

—No, nos expondríamos a que lo... —Y Carter quedóse mudo, meditando unos momentos hasta proseguir—: Esto lo resuelvo yo sólo ahora mismo, o no dejaré uno con piel. ¡Lil es la culpable, y Cabot! ¿Qué traes para mí del director?

—Tu detención inmediata; y el asalto a la casa, según los datos que me des. Ya he faltado a las órdenes.

Carter se echó hacia atrás, al mismo tiempo que se llevaba la mano rápidamente al bolsillo de la chaqueta.

—¿Vas a detenerme? —preguntó fríamente, con los ojos entornados.

—No, ya has visto que no lo he hecho. Soy amigo tuyo y además comprendo que sería sacrificar a Bob. Por una vez faltaré a mi deber: se trata de la vida de un niño al que quiero como si fuese mío. Yo no te he visto, no he logrado localizarte; no olvides esto, ocurra lo que ocurra. ¿A qué horas has dicho que te citó esa mujer?

—A las siete. Iré antes, para cogerlos desprevenidos. Iré a las cinco en punto.

—A esa hora, cinco minutos después, rodearé la casa con la fuerza, de una forma disimulada. Si tardas más de un cuarto de hora en salir o sentimos disparos, entraremos. Dame detalles del lugar.

Media hora después los dos amigos se despedían a la puerta del bar. Se dieron la mano en silencio; posiblemente alguno de los dos perdería la vida muy pronto. Arriba, en el rótulo del establecimiento, el gran gallo colorado continuaba siendo el amo del imaginario corral, sin saber por qué, Carter lo identificó con Cabot.

Con el corazón en vilo, luchando por dominar su temblor, se dirigió a su casa, donde tenía que coger otra arma de repuesto, repasar los cargadores y decidirse a actuar. Estaba dispuesto a morir luchando, y sabía positivamente que su hijo sería rescatado por él mismo. Esto lo habría asegurado a rajatabla. A él le esperaba la «silla» de todas formas, y un cargo más no importaba.

A las cinco menos diez, Carter se apeaba de su automóvil, parado en el paseo de la Costa del Lago, dos esquinas antes de la casa del asesinato Gratt. Y a pie, sintiendo la dureza de un revólver en el muslo izquierdo y el bulto de la pistola en funda de la axila

del mismo lado, se encaminó en busca de la muerte para salvar la vida de su hijo.

Iba elegantemente vestido, como si se tratase de asistir a una reunión mundana. Nadie de los que se cruzaban con él podría imaginar su tragedia, y es que él había logrado congelar sus nervios a fuerza de repetirse que de todas formas le esperaba la muerte. Marchaba como un autómatas representante de la violencia fría y mecánica, era una máquina vengadora. No veía a nadie ni pensaba en nada que no fuese matar.

Había elegido las cinco, y no más tarde, porque sabía que hasta las seis de la tarde la puerta de la verja estaba siempre abierta a fin de que los suministradores de alimentos no molestasen con sus constantes llamadas. Sabía también que Lil y Cabot espiaban seguros de que él no pediría ayuda a la Policía cuando se enterase del secuestro de su hijo, porque creían erróneamente, que a él le atemorizaba aún presentarse a un tribunal de justicia.

Mientras andaba a lo largo de la verja, miraba al interior con odio, no con miedo, y sólo lograba distinguir las plantas, los árboles, y en lo alto, más lejos, la cúpula de la edificación, una especie de mirador. Llegó a la puerta y, efectivamente, la halló abierta. Pasó al jardín y, apenas había avanzado unos pasos por el enarenado paseo central, le salió al encuentro un hombre vestido de «mono» y con útiles de jardinero en las manos.

—¿Qué desea? —preguntó el individuo hoscamente.

—No me conoces, idiota. Soy de la casa —repuso Carter, y continuó andando, dejando desconcertado al hombre del «mono».

La puerta del «chalet» estaba cerrada, esto ya lo esperaba él. Recorriendo la parte derecha de la fachada, y luego torciendo a la izquierda, hasta llegar a la fachada posterior, se encontró con la puerta de servicio, que daba a una pequeña habitación, seguida de la cocina.

Entró sin pedir permiso, como quien es de la familia, y con un «¡Hola!» seco e indiferente cortó la naciente pregunta del cocinero, acompañado de otro desconocido de Peter, pero seguramente elementos indeseables recién adquiridos por Cabot.

Un pasillo largo y, al fondo, la entrada al «hall». Tres individuos estaban allí, sentados. De aspecto rufianesco y trajes de amplitud exagerada. Tampoco los conocía. Antes que hablasen, les preguntó

secamente:

—¿Dónde está Lil?

Los tres tipos se imaginaron que cuando un individuo se presentaba por la puerta de atrás y preguntaba por la dueña del cotarro llamándola simplemente Lil, es que se trataba de un «pez gordo».

—¡Arriba estará la señorita Lil! ¡Por aquí no anda! —contestó uno de ellos.

—Y ¿el amigo Cabot?

—Hace un momento lo he dejado en su habitación. Estaba echado, leyendo una novela policíaca, por cierto.

Dándoles tranquilamente la espalda, Carter subió con calma los escalones de mármol y llegó al corredor del piso superior inmediato. Conocía la alcoba de Cabot, de haber estado allí otras veces, cuando vivía Gratt, antes del regaño. A ella se dirigió, y, sin llamar, agarró el pomo, girándolo, y empujó.

Cabot, en mangas de camisa, estaba echado sobre la colcha de la cama, leyendo a la luz solar que penetraba por la gran ventana a su derecha. A la izquierda del lecho, colgando del respaldo de una silla, su pistola en la funda. Quedóse como muerto al ver la faz de Carter: faz inexpresiva en sus rasgos, como petrificados, pero expresiva por el brillo de sus pupilas, que sentenciaban con la misma inflexibilidad de un verdugo.

—¡Vengo a matarte, Cabot! ¡Vas a acompañar a tu hermano!

Y mientras se lo anunciaba, Peter dio tres pasos adelante, ganándole por la mano a Cabot que saltaba del lecho a la silla para empuñar su arma. Con ésta en la mano izquierda, y la suya de la sobaquera en la derecha, Carter preguntó:

—Posiblemente haya una probabilidad de que te salves, Cabot. ¿Dónde tenéis a mi hijo?

El «gangster», hasta ahora asustado, lejos de su rostro la antigua sonrisita, recobró alientos: tenía el as en su poder. Carter no le mataría. Y parsimoniosamente, se volvió a echar, despreciando el arma que le encañonaba.

—¡Menos teatro, amigo Carter! Guárdate ese cacharro, y hablemos en paz y hermandad. Si me haces algo, tu hijo no lo pasará mejor que yo.

Carter se esperaba esta reacción de un cínico tan desalmado

como Cabot, y por eso retrocedió, sin perder de vista al otro, a echar el cerrojo de la puerta por dentro. Y después, volviendo junto a la cama, se guardó una pistola en cada bolsillo de la chaqueta, y agarrando en un relámpago por el cuello al forajido, lo tiró al suelo antes de que pudiera defenderse. Tampoco Cabot se esperaba tal proceder del hombre que estaba tachado de cobarde. Cuando quiso atacar, ya le llovían en la cara puñetazos demoledores, que le destrozaban la nariz, los labios, los ojos, hasta hacerle sangrar. Pretendía zafarse de la mano opresora como una anguila, pero no lo consiguió: estaba tirado en el suelo, y Carter tenía la mejor posición, inclinado sobre él. Recibió el forajido tan gran, pisotón en el estómago, que estuvo a punto de perder el conocimiento. Quedó retorciéndose por la alfombra, quejándose, sin ganas de luchar ni resistirse.

—¿Dónde tienes a mi hijo? —volvió a preguntar Carter, cogiéndolo de nuevo por los brazos, levantándolo y mirándole torvamente.

—¡Está aquí, Carter! —Manifestó Cabot, doblándosele las piernas, acobardado como todos los «gangsters» en cuanto se les quitaban sus dientes venenosos, sus armas de fuego.

—¿Dónde es aquí?

—En el piso de arriba. En mi americana está la llave. Sube y llévate, y no vuelvas más por esta casa.

Temiendo, lógicamente, que la habitación donde se hallaba su hijo estuviese guardada por alguno de la banda, Carter buscó la indicada llave y luego ordenó a Cabot:

—Me acompañarás tú. Serás un buen salvoconducto. Como intentes llamar la atención de tu gente, ya sabes lo que te espera — y le apuntó con su pistola a través del bolsillo derecho de la chaqueta.

Como Cabot diese un paso atrás, rehuendo obedecerle, Carter le largó un directo a la cabeza, que le hizo estrellarse contra la mesita de noche. El bandido escupía sangre, dientes y maldiciones.

—Adelante, o te destrozo, Cabot —amenazó Carter, mucho más corpulento y fuerte que el resbaladizo malhechor.

Juntos salieron al pasillo. Cabot delante. Subieron el último tramo de la escalera y llegaron a un corto corredor, el último piso de la casa, donde sólo había cuatro puertas y dos ventanas. No se

veía ni oía a nadie. El hermanastro de Gratt se acercó a una de las puertas, cerrada con un fuerte candado. Carter le entregó la llave para que abriese.

—¡Pasa tú primero! —le ordenó.

El bandido pasó delante a una habitación que estaba a oscuras totalmente, pero enseguida la mano izquierda de Carter le sacó por el cuello, como a un pelele, al iluminado pasillo. El antiguo agente especial del

F. B. I.

se había dado cuenta de que en la oscuridad podría armarse una barahúnda de mil diablos.

—¡Bob, Bob! —llamó en voz baja, pero penetrante.

De las tinieblas surgió Bob, muy pálido, desencajadas sus facciones por el terror de tantas horas a oscuras y en poder de unos extraños, despeinado y desaliñado. Al ver a su padre, corrió a él con los brazos abiertos. Casi le llegaba al hombro, de alto que estaba con sus catorce años.

—¡Papá! ¡Papá! —decía entre lágrimas el muchacho.

Sin dejarse emocionar, sabiendo que todavía le quedaba lo peor: salir indemnes de la casa, Carter abrazó a su hijo con el brazo izquierdo, mientras no perdía de vista a Cabot, apoyado contra la pared, recobrándose a marchas forzadas.

—Escucha, hijo: vamos a intentar salir de aquí. Tienes que ser valiente, y si ves que algo sale mal, obedéceme. Toma esta pistola. No tienes que hacer más que apretar el gatillo. Recuerda que de pequeño soñabas con ser del

F. B. I.

—Sí, papá —afirmó el muchacho, empuñando la pistola animosamente.

Posiblemente, con su fantasía infantil, mas la lectura de novelas de aventuras y la influencia de películas del mismo género, no daba demasiada importancia a la peligrosa situación.

—¡Abajo, Cabot! ¡Vamos a la calle! Si tus compañeros se oponen, procura convencerlos, por tu bien.

Tambaleándose, arrastrando los pies, el «gangster» comenzó a bajar las escaleras. Detrás, Carter, y el último su hijo. Llegaron al piso próximo inferior donde estaban las alcobas. La bajada de la otra escalera se hallaba en el centro del gran corredor, a unos

cuarenta pasos.

De pronto, Cabot, demostrando que su exagerado agotamiento era una comedia para despistar, echó a correr velozmente hacia la escalera, sabiendo que Carter no dispararía por no alarmar. Éste le siguió pero su hijo, metiéndose la pistola en el bolsillo de su chaqueta echó a correr detrás de Cabot valientemente, como si fuese un galgo, y antes de que el bandido llegase a la escalera, se le abalanzó a las piernas en un salto de tigre, en un «plongeon» maravilloso. El ruido y el golpe que se dieron fueron de importancia, y los dos, hombre y niño peleaban furiosamente rodando por los mosaicos.

De las garras de Cabot tuvo que sacar Carter a su hijo, y a continuación cogió al bandido con ambas manos, estrangulándolo casi, porque gritaba pidiendo auxilio. La alarma había sido dada. Carter vio que no podía bajar ya. Miró a su alrededor, buscando un refugio. Acorralado, sacó la pistola, metiéndosela materialmente por el estómago al hermanastro de Gratt.

—¡A tu habitación, o te dejo aquí mismo! —le amenazó.

Oyéronse voces y pisadas en el «hall». Una de las puertas del corredor se abrió, apareciendo Lil, en bata de casa.

—¿Qué pasa?

La respuesta fue de Carter, que la empujó rudamente y en su alcoba se metieron los tres hombres. Lil quedóse pálida al ver a Peter y a Bob. Lo comprendió todo. Quedóse aniquilada su voluntad durante unos instantes, a causa de lo inesperado de la situación aquélla.

Carter había cerrado la puerta por dentro, y arrimado una especie de cómoda, atrancándola.

—¡Apártate de la línea de disparos, hijo! Y vosotros dos sentaos en la cama. ¡Apúntales, Bob, y tira a matar si se mueven!

Y abriendo las maderas de la ventana, Carter hizo tres disparos al aire. Sabía que en la calle ya estaría Cooks con los del F. B. I.

De haber estado libre, sin la preocupación de su hijo y de los otros dos, habría atacado a los bandidos abiertamente, favoreciendo la entrada de los agentes en la casa.

Un ruido a su espalda le hizo volverse. Cabot, aprovechando el descuido de Bob al oír los disparos, se había abalanzado sobre el

muchacho para arrebatarle la pistola. Forcejeaban los dos, llevando el bandido las de ganar. No podía disparar Carter por miedo a herir a su hijo. Lil se había puesto en pie, y ansiaba ayudar a su compañero de crímenes; al ver perplejo durante unos instantes a Carter, se dio cuenta de su problema y quiso aprovechar, metiéndose también en la pelea. Dio un pequeño rodeo, de unos pasos, para atacar por detrás al muchacho, cuando en ese momento los «gangsters» de abajo disparaban desde el corredor contra la puerta, para descerrajarla. Los proyectiles pasaron la madera y el cuerpo de Lil que se encontraba en la trayectoria. Con un quejido de muerte, se desplomó como una linda muñeca de estropeado resorte.

Viendo en peligro a su hijo, que retrocedía inconscientemente hacia la zona batida por los «gangsters», Carter gastó el cargador de su pistola contra ellos, horadando la puerta. Oyéronse alaridos de dolor. En adelante, no se atreverían a acercarse tanto. Y después, el antiguo agente, sin acordarse de sacar el arma que tenía en el bolsillo izquierdo del pantalón, saltó sobre la espalda de Cabot, a la vez que gritaba:

—¡Tírate al suelo, Bob!

Los tres sobre la alfombra, luchando por apoderarse del arma Cabot y Bob, luchando por reducir a Cabot, Carter. Y al fin lo consiguió, atrapándolo de una pierna. Sus manos corrieron veloces hasta el cuello del forajido, que ya empuñaba la pistola, y le sacudió bestialmente la cabeza contra la pata niquelada de la cama. Antes de perder el conocimiento, al mismo tiempo que recibía el golpe Cabot apretó el gatillo. La bala fue a hundirse en el pecho derecho de Carter, que cayó hacia un lado, comenzando a vomitar sangre.

Sus postreras palabras fueron:

—No abras hasta... que... oigas a Cook, Bob. ¡Adiós... hijo!

EPÍLOGO

Dos meses después de los anteriores sucesos, aún seguían los periódicos hablando de la destrucción de la antigua banda de Gratt. El nombre de Peter Carter se hizo popular, y al hospital iban muchos periodistas a verle, mientras se reponía de la operación que le hicieran con el fin de extraer la bala del pulmón derecho; de todas formas, con esta víscera no volvería nunca más a respirar si escapaba de la silla eléctrica. Hasta recibió proposiciones de una importante productora de Hollywood para que les proporcionase datos fidedignos de sus emocionantes aventuras, que serían llevadas a la pantalla a cambio de una respetable cantidad de dólares.

Gracias a sus confesiones, el

F. B. I.

fue deteniendo a los antiguos secuaces de Gratt, los que le ayudaban en el tráfico de heroína.

Cabot y dos más fueron electrocutados, purgando sus infames crímenes. Los restantes fueron alojados en el presidio, como inquilinos casi vitalicios.

Bob Carter alcanzó la admiración popular, siempre simpatizante de los dramas familiares y de los muchachos heroicos, y el mismo Cooks contó a los periodistas cómo lo encontró firme con un arma empuñada, junto al cadáver de Lil y a los cuerpos heridos de su padre y de Cabot.

Jane Leary, enflaquecida y ojerosa por el sufrimiento, trabajaba con su amigo Barry buscando conseguir testigos de descargo para la defensa de Carter, cuando curase y fuese llevado ante el tribunal. Con los datos que el herido les daba, y los arrancados a Cabot antes de morir, lograron detener a cuántos fueron tripulantes del submarino pirata. Todos ellos, también condenados por su desertión y actos de piratería, declararon de buena gana en favor de Peter Carter, afirmando que nunca se manchó de sangre, que

siempre había atacado y debilitado la violencia sangrienta de Gratt, y que él había sido el creador del ataque al acorazado y al destructor japonés, cuando Estados Unidos perdía posiciones en todos los frentes asiáticos.

Carter curó. Parecía otro hombre, de flaco que estaba.

Llegó el día temido, el día del juicio suyo. Su abogado estuvo hablando durante tres horas seguidas, argumentando sobre la inocencia del procesado, desarrollando las causas que le obligaron a desertar, y haciendo hincapié en su repugnancia a derramar sangre inocente y en su gesto heroico de atacar con el submarino a los navíos de guerra japoneses, cuando bien hubiera podido inhibirse totalmente de la contienda.

Fue condenado a cinco años de prisión, gracias a las atenuantes expuestas por su abogado.

Cuando salía de la sala, escoltado, agotado y demacrado, se le acercaron Barry Cooks y Jane Leary. El Agente Especial enseñó su carnet, consiguiendo que Jane hablase unos momentos con el preso. Ella le abrazaba y besaba, luchando por no llorar y no incrementar el dolor de Peter. Él preguntó, visiblemente emocionado:

—¿Dónde está mi hijo?

—No le he dejado venir. Iba a sufrir mucho.

—¿Por qué has venido tú, Jane?

Ella le abrazó por última vez, ante los gestos impacientes de la escolta.

—Te quiero y te querré siempre, Peter. Te esperaré. Iré a verte todos los días de visita.

Carter, con los ojos cuajados de lágrimas, movió lentamente la cabeza:

—No, Jane. Eso es una locura. Tú tienes derecho a ser feliz. Eres joven y... —Peter miró a su amigo Cooks, como indicando a ella que podía ser muy feliz con el agente.

—¡Tu hijo y yo te esperaremos!

—Son muchos años, Jane. ¡Cinco años!

—¡Te esperaré!

El abrazo se rompió después de un beso.

La escolta y el preso se pusieron en marcha hacia una tumba que no se abriría para Carter hasta cinco años más tarde.

Pero durante ese tiempo, él viviría casi dichoso, fortalecido por

la fe de un amor noble y la esperanza de la felicidad.

FIN

CARTA AL LECTOR:

Es una verdadera lluvia de felicitaciones la que estamos recibiendo, como aplauso a nuestra nueva Colección F. B. I., única en el mundo entero por sus temas y exposición literaria. EDITORIAL ROLLAN quiere corresponder al honor que le dispensa su público, y por ello presentará en el próximo número

LUCHANDO EN LA SOMBRA

obra de un argumento cautivador, con aventuras inéditas, personajes humanos y, a la vez, heroicos, e intriga amorosa realista. El creador de esta magnífica novela es FRANK C. McFAIR, autor que domina la técnica de la emoción y que conoce el ambiente tenebroso de los espías.

LUCHANDO EN LA SOMBRA

está protagonizada por dos audaces agentes especiales del F. B. I., encargados de desbaratar la criminal maquinación de unos fanáticos hijos del Sol Naciente, de rostros y espíritus herméticos bajo los diabólicos rasgos orientales. Sucede unos meses antes de la guerra, cuando Estados Unidos duerme ingenuamente en el lecho de su poderío económico

FRANK C. McFAIR

quedará indeleble en la memoria de todos los lectores de buenas novelas.

NOTAS

[1] Izar. (N. del E.). < <

[2] Vigías en cubierta, cuando el submarino navega en la superficie.
(N. del E.). < <

[3] Las interesantes enseñanzas que reciben los Agentes Especiales del

F. B. I.

en la Academia de Quántico (Virginia), han sido descritas por este mismo autor en su novela «¡Culpable!», primer número de la «Colección

F. B. I.».

(N. del E.). < <